

Leonardo Castellani

**HISTORIAS
DEL NORTE
BRAVO**



se

Este libro reproduce una colección de cuentos, forma literaria de la cual el padre Castellani es eximio creador. En este volumen se han agregado al texto de las ediciones primera (1936) y segunda (1970) otros relatos aparecidos en la revista Jauja, hacia el año 1967.

Hay entre ambos grupos de narraciones un intervalo de seis lustros, justamente el período más penoso y sufrido de la agitada vida del autor.

Los cuentos del Norte bravo (parte primera de este volumen) surgen como fresca obra de juventud, con el entusiasmo y la curiosidad de un joven de poco más de veinte años ante la tierra propia y la propia vida. Ellos demuestran irrefutablemente que el bisoño seminarista jesuita era ya un maestro en el arte de narrar. El recuerdo de la tierra, de su infancia en un pueblo campero, del paisano, del inmigrante ya afincado, se ven plasmados en una serie de cuadros que, como lo quería Lugones, buscan definir la Patria.

En los cuentos de Jauja aquí transcritos (partes segunda, tercera y cuarta) hay elementos más complejos. El hombre aparece ahora sorprendente, misterioso, detrás de un descuido formal reprochado por algunos a Castellani, quien en verdad no se interesa por la literatura.

El padre Castellani maneja la forma literaria con una elegancia natural y una grandísima facilidad; la razón es ésta: el conocimiento del habla del pueblo se da en nuestro autor por la posesión del conocimiento de la interioridad del hombre.

En estos relatos se percibe esta característica de Castellani: su inagotable caridad hacia los pobres y los desvalidos, incluyendo entre estos últimos a los desvalidos espirituales e intelectuales, tan numerosos en nuestra juventud argentina desorientada.



Leonardo Castellani

Historias del Norte bravo

ePub r1.0

Ninguno 27.04.14

Título original: *Historias del Norte bravo*
Leonardo Castellani, 1977
Retoque de cubierta: Ninguno

Editor digital: Ninguno
ePub base r1.1



Sobre esta edición

La primera edición de *Historias del Norte bravo* apareció en 1936; la segunda —sin el prólogo de Jerónimo del Rey de la primera, y con uno de Víctor Eduardo Ordóñez— en 1970.

Jerónimo del Rey es uno de los pseudónimos de Leonardo Castellani.

Ésta es, pues, la tercera, una tercera edición grandemente modificada: El texto original de la obra —pero sin el cuento *La cabeza entre los lirios*, que fue incluido en el ordenamiento que hizo el autor de su narrativa en *Las muertes del padre Metri*, ni la introducción de Ordóñez, mas sí el prólogo de Jerónimo del Rey— constituye sólo la *Parte Primera* de esta edición. Las *Partes Segunda, Tercera* y *Cuarta* están integradas por fábulas y cuentos, aparecidos en la revista *Jauja*, pero hasta ahora nunca reunidos en volumen.

PARTE PRIMERA:
HISTORIAS DEL NORTE BRAVO

A la memoria de los finados mi padre don
Luis Héctor Castellani, el presbítero
Santiago Olessio, el tío Félix, don Gabriel
Manito, don Ángel Cisera y toda la gente
de pro de San Jerónimo del Rey, perla del
norte santafesino.

L. C.

Buenos Aires, octubre 1936.

Lector amigo de estas historias del Norte bravo

Estos cuentos desparejos piden prólogo. Dios te ayude a entenderlos si no lo lees. Pero lo leas o no, yo cumplo con escribirlo, pues te debo una explicación por tu peso y cincuenta. Los cuentos no te los cobro, porque nada me costaron. Pero en el prólogo sí que falté gravemente a aquella ley de la preceptiva literaria: *No escribas nunca sino lo que se haga en ti sin ti.*

Muchas veces tomé la pluma para escribirlo, y muchas la dejé; y estando una vez suspenso, con el papel delante, la estilográfica en ristre, el codo en la mesa y la cabeza en Babia, entró en mala hora un amigo a quien tengo por obligación amor y por deber reverencia, el cual venía a proponerme con gran importancia que escribiese una novela de tesis para demostrar la autenticidad de los cuatro Evangelios. ¿Qué le hubieses tú respondido, lector amigo? Pues eso mismo le respondí yo, aunque en términos menos crudos. Picóse él, y me expresó llanamente su extrañeza de que habiendo recibido yo de Dios «*el don de escribir cuentos no lo emplease en defender la Religión*». Respondíle que mal andaría la Religión

el día que necesitase ser defendida por mis cuentos. Repuso que todo buen cristiano tiene la obligación de defender la Religión con todas sus facultades y más en estos tiempos calamitosos. Repuse que en estos tiempos y en todos, yo era el defendido por la Religión y no al contrario. Mi amigo meditó un instante; y cambiando bruscamente de rumbo, me expresó cortésmente que nunca había entendido del todo a los poetas. Le respondí que yo no era por desgracia poeta. Se comió a inquirir entonces que por qué escribía cuentos. Le hice saber que porque no podía evitarlo. Retrucó que, dado que eso fuera verdad, lo cual él no entendía cómo pudiera ser, y suponiendo en mí potencias —mediúmnicas— de escritura automática: que al menos el publicarlos o no estaba ciertamente dentro de la esfera de mi libre albedrío; y siendo así, que por qué los publicaba.

Mi amigo es jesuíta, se llama Leonardo L. Castellani, y se las da de filósofo, aunque hasta ahora nadie ha visto del todo claro en qué se basa. Sin embargo su pregunta me hizo cavilar, sobre todo por una breve exhortación adjunta de no proceder como un irresponsable. Me puse pues a cavilar a fondo sobre el fin y la utilidad de estas historias mías, y por ende sobre su origen, pues lo uno no puede saberse sin lo otro.

Con la ayuda de mi amigo, que se dignó prestarme sus instrumentos de introspección, hallé tres capas concéntricas, cada vez más sutiles, de motivación. La primera podría denominarse *Recuerdos de infancia*, fuertes, recuerdos *eruptivos* como dice mi amigo que dice Bacon. La segunda sería la percepción en olios de dos o tres grandes leyes que rigen terriblemente la vida del hombre. La tercera sería un embrión de sistema de conocimiento interno y experimental de la Argentina por dentro, a través del conocimiento de una región d'ella, a través del conocimiento de mí mismo.

Yo nací en una región argentina que se estaba haciendo, al borde del bosque virgen y del Paraná sin costas, y entre una humanidad también boscosa, que taladraba un poco a tientas sus picadas entre el garabato, guiada por el instinto, los pájaros y las víboras. En mi infancia fui un hombrecillo útil a nada, más bien triste; con una inmensa hambre de no sé qué y una gran potencia de ensueño y de pereza. Era un muchacho inquieto y solo, y mi gran diversión era, después de leer cuentos y contarlos, ver y oír todas las cosas. Todas no se me quedaron en la memoria, sino algunas d'ellas, organizadas en tomo de algunos sucesos centrales, trágicos o tristes. Son esos sucesos sucedidos —uno de los cuales disfracé

de cuento legendario con ropajes ignotos— los que surgen ahora después de 30 años como islotes de enseñanza y ensueño cuando un momento mi ánimo se remansa del duro oleaje de la lucha por ganarme la vida. Surgen así bruscamente delante de mí —es una figura insomne o una escena, casi siempre una persona—; me acaparan la atención y se hacen transparentes por dentro; y entonces yo los escribo para fijarlos y para librarme d’ellos. Llegan sin yo llamarlos y se me hacen sin yo quererlos, y una vez que están hechos es mucho más penoso no escribirlos. No vayas a creer que busco con ellos ni fama ni dinero; al revés, hasta ahora no me han dado más que disgustos.

Andando los años, por mal de mis pecados, y por ese fatal curundú que me acompaña desde que nací, caí a Buenos Aires. Buenos Aires y la Argentina es todo uno, como es sabido; y yo andaba por esos tiempos con una manía en el corazón, un berretín como dicen, y era éste: conocer la Argentina. Pero conocer lo informe es terriblemente difícil, las cosas que están haciéndose; pues nada se conoce sino por medio de una forma. Como el tacho de un japonés tintorero, o la cuba de un alquimista, la Argentina tenía su cabeza grandota en efervescencia y fusión, a no ser que Buenos Aires no sea la cabeza sino la

panza del alambique, como algunos sospechan.

Así pues, en el torbellino de las cosas indefinidas y nuevas, yo aplicaba instintivamente los vidrios de colores de mis impresiones primeras a fin de entender algo; miraba mi tierra con la cuadrícula de las cosas de mi terruño, con los ojos no anteojados aún de conceptos y dichos ajenos, los ojos de cuando yo miraba todo intuitivamente y podía ver con fuerza enorme las cosas más simples, que son las más importantes. Tú verás que en estos relatos hay una preocupación por la religión, por la familia, una obsesión de la importancia sociológica de esas cosas; una obsesión de la muerte, del morir; un odio a la ruindad, al crimen; furor contra la politiquería; una ternura contenida hacia los míseros, los que sufren, los pequeños; amor irrazonable a los niños; admiración de la fuerza, y de la fuerza, más de la que aguanta que no de la que acomete. Y bien, esas mismas cosas primordiales que conocí personalmente de niño, y pocas más

*«... en tantos climas
en tantas tierras siempre son,
si no pretextos de mis rimas,
fantasmas de mi corazón».*

Sí, decía mi amigo, yo también tengo mi filosofía.
Y mi filosofía es ésta.

Según mi amigo, dice Aristóteles que las cosas móviles y vivas las podemos conocer nosotros por analogía y ejemplo, *convertendo se ad phantasmata*. No que un ejemplo se haya de repetir siempre igual en cada caso, sino que nuestro intelecto en el fantasma inte-lee al trasluz, como una filigrana, la marca y la razón y la ley de las cosas. Si algún día se llegara a entender la razón del rumbo de mi vida, tan extraño en su vulgaridad, sin duda en esos fantasmas infantiles y en las leyes eternas que pude leer adentro estará la cosa. La cosa que llama ahora mi amigo por mal nombre la *Weltanschauung*. Porque los tudescos, que son los que mandan ahora en filosofía, dicen que nadie debe publicar un libro sin imprimir en él su propia *Weltanschauung*, que a osadas debe de ser una cosa como el cachascán.

Lector amigo, ésta y no otra es la clara razón de por qué me resigno a publicar estos cuentos del Norte bravo y para que no dudes d'ello escribo este dificultoso prólogo; y de ninguna manera para completar las 200 páginas que piden la editora y el linotipista.

Dios te guarde.

Jerónimo del Rey.

El cuento

Érase que se era una vez —chiquilina traviesa y picara que no te estás quieta por nada y cuando se te antoja un cuento no hay más remedio que contártelo; ¡con las ganas que tengo yo ahora de contar!—. Érase una vez, hace mucho, mucho y allá lejos, lejos, al otro lado del mar, érase un rey muy bueno y muy valiente, que tenía un palacio de oro y una casa de plata y muchas, muchas tierras, como de aquí hasta Rawson, y muchos, muchos peones y muchos soldados y un manto de seda y una corona linda y una hijita monona que era princesa y tenía cinco años y se llamaba Marisabel...

—Yo —dijo la inquieta oyente, sin levantar la cabecita del seno de la madre—, yo también tengo cinco años pero me llamo solamente Isabel.

—... Y había una hada muy buena que se llamaba el Hada Campanita de Plata, que era la madrina de la princesita y le había regalado una campanillita como la que hay en el comedor arriba del salero, pero de plata; que cuando ella quería, la tocaba y venían todos los pajaritos del monte volando y se paraban en el hombro de la princesita que les daba de comer; y no había ningún pájaro que no quisiese venir cuando

oía la campana; porque todos los pajaritos eran obedientes y buenitos y no como una chicuela que yo sé... que algunas veces cuando la llama su mamá no quiere venir. Pero la princesita Marisabel nunca hacía eso, porque es muy feo, y por eso la quería mucho el Hada Campanita de Plata, que era la que se la había traído al rey bueno y valiente, que tenía una casa de oro...

—¿De dónde, mamá, la trajo?...

—Del cielo, mi hijita. El hada la trajo, un día feo como éste, a la noche, cuando era hora de cenar, con mucho trabajo y dolor...

—¿Por qué no cenamos nosotros ahora, mamá?

—Estamos esperando a papá.

—¿Por qué no viene papá?

—En seguida va a venir. ¡Ay, Dios mío!

—¿Y después, mamá?

—Y después... había otro rey que vivía al lado del rey bueno y valiente, pero no tenía tanto campo, ni tenía muchos peones, ni tenía vacas mestizas y unos caballos lindos y ligeros, ni tampoco una princesita, ni hada que lo quisiese, y vivía en una cueva honda, honda y negra como las de víbora y él era negro y barbudo...

—Mamá ¡llueve! ¡Llueve, mamá!

—¡Y papá que no viene!

—¡Se va a mojar todito! ¡Ji, ji, qué *yisa*! ¡Como el Canelo esa vez que se cayó en la tina!

—¡Jesús María! ¡Qué trueno, mi hijita! ¡Que venga ya, Virgen de los Dolores!

—¿Y el cuento, mamá? ¿Qué hizo después el rey negro y barbudo?

—Una vez se le escapó una vaca al rey bueno y se fue a la cueva del hombre malo. Y el hombre entonces fue y la agarró para él y le puso su marca, porque le tenía mucha rabia al rey bueno y valiente...

—¿Cómo se llamaba el hombre malo?

—Se llamaba... Comisario.

—¿Y por qué le tenía *yabia* al *yey*, si era bueno?

...

—Por todo. Por la estancia de los dos, y por el... hada que no lo quiso al malo y lo quería al bueno y porque eran contrarios en la política.

—Mamá ¿qué es la política?

—¡Una cosa triste y loca y estúpida, mi hijita, que vuelve locos a los hombres y los pone inquietos, y los hace salir de casa hasta en las noches oscuras y en que llueve, como es ésta... y deja llenas de susto a sus mujeres y a sus hijitas, que los esperan y los quieren!...

—Y entonces ¿por qué el *yey* bueno quería la política?

—Porque... que se yo; porque los hombres, por buenos que sean, son así; porque... no le hacía caso al hada que le decía que dejase todo eso y viviesen los dos juntitos y felices, sin sobresaltos, en la casita del campo que parecía un nido, con la princesita Marisabel tan linda, que ya estaba por hacer la primera comunión...

—¡Igual que yo, entonces! —dijo la niña arrodillándose sobre las rodillas de la joven madre, delicada y pálida.

—Igual que vos. Y tenía unos bucles rubios, grandes y enredados como vos; y unos ojazos azules, llenos de luz, también iguales, igualitos a los del rey su papá; y unas orejitas así... que me dan ganas de comerlas (*un beso*); y una ricura de boquita de pimpollo, parlanchina y requetebonita (*otro beso*); y una preciosura de naricita ñata (*más besos*), y una barbita, y unas manitas... ¡Huy!

La chiquilla levantada en alto y zarandeada y sacudida y acariciada, y arrullada, y adorada, clamaba entre el desbordamiento de besos:

—Mamá, ¿y el cuento?

—No me acuerdo más dónde íbamos...

—¡Yo sí! —dijo la chica ufanísima—. Una vez se escapó *coyiendo* una vaca; y *coyió*, y *coyió y coyió*; y viene entonces el hombre malo y la agarra de las

guampas y se la guarda para él y cuando el yey bueno fue a buscarla, no la encontró más...

—Así es —dijo la madre con voz temblorosa—. ¿Y qué importa? ¿Qué importa una vaca más o menos, no es cierto, Belita? Entonces yo... entonces el hada le dijo al rey: *«No vayas a buscarla»*. Y él dijo: *«De mí no se va a reír nadie»*. Y el hada, dijo: *«No quiero que vayas, porque es mejor perder todas las vacas que meterse en cuestiones con esa clase de gente»*... Y él dijo: *«Si uno se acoquina, criarán alas y después harán peor»*. Y el hada le dijo: *«Mirá que ese hombre es muy malo; y desde tu casamiento no te puede ver»*. Y el rey dijo: *«¿Ése, a mí? ¡Es un cobarde!... y le tengo tanto miedo como a un perro»*... Y entonces el hada se puso a llorar; y entonces el rey se bajó del caballo y no fue a reclamar la vaca a la cueva del hombre malo... Pero un día lo encontró al hombre malo en el café, y se rio de él, y entonces se pelearon...

—¿Y quién ganó, mamá?

—El hombre le dijo que era un sonso y un pavo... y de todo. Y entonces el rey bueno y valiente le dio un empujón y lo tiró al suelo. Y el hombre malo se levantó y agarró un bastón para pegarle. Pero mi rey se lo quitó y le dio un montón de sopapos delante de toda la gente.

—¡Tomá! —dijo la chicuela batiendo las manecitas—. ¡Me gusta, por malo y *yobón!*

—A mí no me gusta... Porque aquel hombre se levantó echando espuma de rabia y gritó: «*Me las vas a pagar todas, me las vas a pagar todas; acordate de esto, canejo*».

—¿Y por qué el *yey* no se escapó lejos, lejos... y tocó la campanita de plata y vinieron todos los pajaritos volando y él les dijo: «*Llévenme*», y lo llevaron volando, volando por encima de las nubes a una tierra que no había ningún hombre malo?

—¡Ay! —suspiró la joven, tomando entre las manos la maravillosa cabecita de la nena—. Eso le decía el hada. Pero él es valiente, demasiado valiente, ¿sabes? Y se ponía a reír y la llamaba sonsa y miedosa, y le daba un beso, y le mostraba ese caño cuadrado, negro y maldito, que lleva al cinto y le decía: «*Yo estoy seguro. Aquí llevo un amigo que nunca falla*»...

—¿Qué era, mamá?

—Un revólver... que se llama Browning... y sirve para tirar tiros...

—¡Ah! —dijo la pebeta levantándose—. ¡Ya sé cómo se acaba el cuento entonces!... —Y poniéndose adorablemente grave, con el índice levantado, la carita cerca de la de la madre y la mano izquierda

tirando del escote del batón, empezó a imitarla.

—Y fue el *yey* bueno y lo mató ¡pum!, al hombre malo...

—¡No! —dijo la madre tristemente—. Los buenos no hacen eso. Es pecado matar.

—Entonces —dijo la nena sin arredrarse ni dejar de tirar el vestido de su madre— fue el hombre malo con muchos hombres malos y una espada grande así, y lo mató al *yey* bueno...

—¡No, no, no! —clamó consternada—. ¡No digas eso, por Dios, mi hijita!...

—¡Pero sonsa! ¡Si después viene que vino el hada y lo *agayó* y lo levantó y lo hizo vivir de nuevo!
...

—¡No, no! —repetía suplicante la madre. Y le tapaba la boquita con la mano. Entonces golpearon la puerta y se abrió ésta luego, dejando entrar un gran relámpago que bañó de luz blanquísima la gran sala encalada, la mesa, las viejas sillas, los cuadros antiguos y la gran alacena labrada. La joven madre que se había levantado prestamente, con una luz de alegría en los ojos, derribando de sobre la mesa la costura, volvió a sentarse al ver entrar un indiecito flaco y listo, con una bolsa sobre la cabeza a modo de impermeable, empapado y chorreando agua por los cuatro costados... y solo.

—¡Señora! —dijo acercándose anheloso y resoplando y pintando los pies con agua sobre las baldosas—. ¡Dice el señor que ya viene! ¡Cómo llueve! ¡Dice que cenén nomás y que no pase miedo, porque usted ya sabe que está entre amigos... y que no hay cuidado, y que en seguida va a venir!

—¿Pero le dijiste que me parecía que había un hombre rondando por aquí afuera?

—Le dije. Cuando yo salí agarró el paraguas como para venirse. Ahora nomás ha de llegar. Me voy a secarme.

—¿Viene papá, mamá?

—En seguidita, querida, suspiró la madre. ¡Jesús, María, el trueno! ¡Otro, Dios mío! Rezá, mi hijita...

Toda la casa retemblaba a intervalos y sonaba el techo de cinc como si rodaran piedras enormes al compás de las fragorosas explosiones de las nubes, mientras la luz aguda y momentánea de los inmensos fognazos del cielo invadía a cada instante todas las rendijas de puertas y ventanas, haciendo acurrucar a la chicuela en el regazo tibio y entre las manos dulces. La madre la estrechó ansiosa.

—¡Mamá, cómo hace!

La chiquitina se desató, levantó la cabeza del seno palpitante de ella, apoyó sobre él las dos manitas, echó detrás de su cabecita, sacudiéndola, las

madejas de oro y dijo:

—¡Mamá! Hace toc, toc, toc, toc.

—¡Es el corazón, tonta! El tuyo también toc, toc.

—Sí —dijo la nena con una mano sobre el pecho de la madre y otra sobre su propio minúsculo corpiño—. Pero el mío despacito, despacito, y el tuyo fuerte, fuerte, como si uno golpea una puerta.

—Estoy enferma yo —dijo la señora.

—¿Te duele mucho la cabeza, entonces... como a mí cuando me enfermo?

—No —dijo ella sonriendo—. Estoy enferma en el corazón y por eso me golpea así fuerte cada vez que papá viene tarde.

—¡Malo, papá! —dijo la chica dando un sopapito en el aire—. ¿Y no me contaste, mamá, cómo acabó el cuento del yey bueno y del hombre malo?

—¡Ay, chiquita! ¡Déjame! Cuando venga papá...

—¡Ahora, mamita! —decía la invencible, tirándola de la barbilla—. ¡Ahora! ¿Cómo era, mamá? ¿El yey bueno mató al hombre malo con ese yevolve de tirar tiros y después le quitó la vaca?...

—No, mi hijita, así no acaba... así no tiene que acabar el cuento... Después... después de una noche fea y triste, y llena de sustos... vino el rey, y el hada, a fuerza de decirle, y a fuerza de rogarle, y a fuerza de rezar a Dios y a la Virgen lo hizo ir a otra parte a

vivir, a otro pueblo ¿sabes?, lejos, lejos del hombre malo. Y él arrendó todo el campo y toda la hacienda y la casa a otro, y se hizo en el otro pueblo una casita linda, retirada y llena de flores, donde él podía escribir tranquilamente, ya que tanto le gustaba escribir como a papá; y en su casita estaban contentas la princesita Isabel y el hada, cantando todo el día como unos canarios; y ya no tenía dolor en el corazón y se sanó, porque ya su rey bueno y valiente no quería la política ni nada más que a ella, ni con nadie peleaba, y así ella no tenía sustos; y entonces ella le trajo del cielo otros nenitos tan lindos como la princesita: un varoncito, un chiquirritito chiquito como un cachilito y parecido, parecido a Albertito, el nenito que murió. ¿Te acordás de tu hermanito, mi hijita? Y entonces allí vivieron tan contentos y tan felices que no había nadie en la tierra que estuviera tan contento como ellos en aquel cielo... ¡Ay, Dios mío!, ¿cuándo será?...

Y al llegar a este punto se acabó el cuento; y también súbitamente, en un solo sacudón espantoso, con un ¡ay!, desgarrador y un golpe aplomado y retumbante sobre el piso, la vida de la mujer joven, delicada y pálida que lo contaba. Porque en ese momento se abrió la puerta de nuevo entre un tumulto de voces apuradas y entró en brazos de cuatro

amigos, un hombre lívido, con los riñones
atravesados de un balazo.

Esto pasó hará unos diecisiete años...

Buenos Aires, 1928

Caperucita y el lobo — (*Cuento infantil escenificado*)

«... Y el lobo se llevó a Caperucita Roja... Pero unos leñadores que andaban por ahí, la salvaron de sus garras... Sin embargo ello hubo de ser muriendo el lobo...».

Del cuento de Perrault.

Acto Primero

Escena I

(Es la hora en que el sol va a ocultarse envuelto en la dorada luz de una tarde de otoño y una brisa fresca y vespéral llega al claro del bosque moviendo rumorosamente las hojas... Es un bosque de Brabante, de Turingia, o de cualquier otro país de cuento de hadas. La época es la del largo interregno que hubo desde el deceso del Rey Perico hasta la coronación de la reina Maricastaña, por causa de la guerra con los silfos.

Juegan en graciosa rueda niñas aldeanas. Tienen los rostros encendidos y las cabelleras desarregladas. En la de Caperucita, coronada por un bonetillo rojo que no puede abarcar el rebelde oro de los rizos, hay enredadas hojas caídas, de los árboles: Lleva un corpiño negro y faldellín rojo, medias de lana y zuecos... Juegan los niños).

NIÑAS. —*(Cantando en coro).*

*Buenos días, su señoría, mantantiru, lirú
lán*

*Qué quería, su señoría, mantantiru, lirú,
lán*

*Yo quería una de sus hijas, mantantiru,
lirú, lán*

*Cuál de ellas Ud. quería, mantantiru, lirú,
lán...*

CAPERUCITA. —Me voy.

NIÑAS. —¿Te vas?

CAPERUCITA. —Me tengo que ir.

ISABEL. —¡Quédate! Ahora que estábamos en lo mejor se te ocurre irte. Una vuelta más y después te vas.

CAPERUCITA. —La abuelita estará esperando. Le llevo acá la cena. Hace mucho tiempo que estoy acá, culpa de ustedes, y mamá me dijo que volviera pronto y es pecado desobedecer a mamá...

MARUCHA. —Hace dos horas que está acá y ahora sale con que ha desobedecido.

ISABEL. —Por una vuelta más no es nada y así acabamos el juego.

MARUCHA. —Es que ahora a ella le toca corrernos, y por eso...

CAPERUCITA. —¡Mentira! Yo nunca soy como esas que se hacen las señoronas y siempre quieren ser la Reina de los Borbones y nunca correr...

ISABEL. —¿Acabamos el partido, Caperucita, y nos corrés, y después te vas? ¡Sí! ¡Sé buena, Caperucita!

NIÑAS. —¡Quédate!

MARUCHA. —¡Déjenla! Si quiere, que se vaya no más, con su caperuza de terciopelo que le regaló la abuela y se ha puesto más orgullosa... No la precisamos tampoco.

CAPERUCITA. —¡Mentira! ¡Envidiosa! Y para que veas me voy a quedar... Pero si Dios después me castiga...

LISITA. —¡Caperuza! No te quedes, que es tarde y si te pierdes por el monte y te agarra el Lobo...

ISABEL. —No hay Lobo, dijo papá. Son mentiras.

LISITA. —¡No hay Lobo! ¡Te va a arreglar si te agarra! Come chicos. Mi papá es guardabosque y sabe muy bien quién es el Lobo y nos contó en casa todo.

ISABEL Y MARUCHA. —¿Qué cosa?

LISITA. —Es negro y tiene los ojos como fuego, y ninguno lo puede ver, porque si lo ve lo mata. Y si agarra un chico en seguida lo mata, solamente que el

papá le dé mucha plata y entonces lo larga y mi papá le llevó la plata para que largue al chico del señor Barón, y el señor Barón fue llorando a casa.

Y por eso mi papá fue y le llevó la plata y trajo el chico, pero no vio al Lobo. Pero mi papá no le tiene miedo, porque tiene una ballesta.

MARUCHA. —¡Bah! Pero eso fue hace mucho y ahora el Lobo está muy lejos, de miedo del señor Barón...

ISABEL. —Ninguno sabe nunca dónde está el Lobo, y puede estar acá y puede estar allá.

LISITA. —Ahora viene papá.

Escena II

(Dichas, leñadores, guardabosque).

LEÑADOR 1. —¿Aquí están éstas todavía?

ISABEL. —Papá, te estaba esperando a vos.

LEÑADOR 1. —A casa, a casa, chicuela. Y ustedes, todas también, ligero, señoritas.

LEÑADOR 2. —*(A Marucha)*. ¡Cuidadito con salir de casa más, ni de día ni de noche! Dicen que están los ladrones de nuevo por el país.

CAPERUCITA. —¿Por dónde andan, tío Pedro?

GUARDABOSQUE. —*(Tomando de la mano a Lisa)*. Todas a la aldea. ¡Es una infamia que tengamos que vivir así! ¿Y los guardias del rey?

LEÑADOR 1. —¿Y quién puede con el Lobo, que dicen que tiene pacto con Satanás?

GUARDABOSQUE. —¡Ah, si yo lo tuviera al alcance de mi ballesta! ¡Ah, si ustedes me hicieran caso! ¿Hemos de dejarnos despojar de nuestros sudores como borregos? Es inútil confiar en los guardias.

LEÑADOR 2. —Y nosotros, ¿qué podemos?

LEÑADOR 1. —*(A Caperuza)*. ¿Dónde vas,

pequeña?

CAPERUCITA. —A casa de abuelita, que espera la cena.

LEÑADOR 1. —Es que ya es muy tarde. Vamos a casa.

CAPERUCITA. —Me voy a dormir allá. No puedo dejar que la abuela se muera de hambre.

LEÑADOR 1. —Dame la cesta, yo se la llevaré.

CAPERUCITA. —No, no, no. ¿Qué va a decir mamá? Demasiado he desobedecido ya. Me voy por el atajo y llego pronto... *(Se va corriendo)*.

LEÑADOR 1. —*(Siguiéndola)*. ¡Eh, chiquilla! El atajo es difícil y te puedes perder... ¡Caperucita! ¡Caperucita! Se escapó. ¿Y quién la alcanza ahora?

ISABEL. —Siempre es así de caprichosa, papá. Pero es muy buena.

GUARDABOSQUE. —Vámonos. El atajo es corto y llegará pronto. Pero hay que avisar a su madre que no la envíe a estas horas... *(Salen. Un momento la escena sola)*.

Escena III

(Pulgarcito y Ricardo).

PULGAR. —Dice mamá que por aquí vino.

RICARDO. —Nunca ha tardado tanto como hoy.
Seguro se habrá perdido.

PULGAR. —Es una loca.

RICARDO. —Allá abajo por el sauce veo muchas chicas que van con tres hombres.

PULGAR. —Quién sabe si no está allí.

RICARDO. —Me voy corriendo a ver y vos esperáme aquí a ver si viene por el atajo.

Escena IV

PULGAR. —(*Solo*). Mamá, muerta de susto, culpa de esa loca caprichosa que quiere ir ella a la abuela. Y abuela tiene la culpa porque la quiere demasiado, más que a mí... y siempre cuando va le da cosas... Y si mamá me mandara a mí, yo sí que no me perdería nunca, porque conozco todo el monte y sé dónde están los nidos de cachilos y los de palomas y los de cardenales que los hacen arriba, arriba, que ni se ven. Yo sí que no me perdería como esa loca, ni haría asustar a mamá, como ahora que le han dicho que hay ladrones y que el Lobo vino. Y se pone casi a llorar y dice: «*Pulgarcito, andá corriendo por las casas del pueblo a ver si está y yo voy al monte*». Y yo digo: «*Andá vos por las casas si querés y yo voy al monte que lo conozco*», y dice: «*No*». Y digo: «*Me voy con Ricardito, sonsa. ¿Qué te piensas que porque soy chico y me dicen Pulgarcito...?*». Yo no le tengo miedo al Lobo. (*Interrumpiéndose preocupado*). ¿Será cierto que hay Lobo? Y dice ella: «*Vayan pero no pasen del claro: y espérenme allí, y si no está en las casas del pueblo vamos todos juntos a la casa de la abuela, que yo no los quiero dejar a ustedes solos en casa*». ¡Ricardito! (*Gritando*). No lo veo

más. Se habrá ido con las chicas a casa... o habrá encontrado a mamá... ¡Qué oscuro se está poniendo! ¿Será cierto que hay Lobo? ¡Ay! No sé lo que se mueve entre las hojas. ¡Ay! Siento pasos... En el nombre del Padre, del Hijo... ¡Ay!, ¡dos hombres!, ¡dos ladrones! ¡El Lobo! (*Huye*). ¡Mamá!, ¡mamá!

Escena V

(Hernán, el Lobo, Barbarroja, Pedrisco).

BARBARROJA. —Un chiquillo estaba aquí y nos ha visto y ha huido...

LOBO. —Pedrisco, corre tras él, y traénoslo. Allá va. *(Sale Pedrisco).*

BARBARROJA. —Capitán, muchas veces os he dicho que vuestra falta de cautela nos hundiría a todos...

LOBO. —Y yo te he dicho que me ahorres tus advertencias... Espántome de la paciencia que hasta hoy... *(Se sienta en un tronco caído).*

BARBARROJA. —Capitán, la gente del Barón, poca pero bien armada, nos acecha encarnizadamente y los aldeanos de estos lugares están exacerbados... Vuestro antiguo valor hace un tiempo se ha transformado en temeridad...

LOBO. —... ¡Fuego de Dios! ¡Y tú, ¿qué entiendes de valor?!

BARBARROJA. —Es inútil. Vuestra cólera no me asusta. Si entiendo o no de valor la banda lo sabe, que me ha hecho segundo vuestro y vos lo sabéis... Y si por ventura no lo sabéis y queréis saberlo...

LOBO. —(*Con calma tremenda*). Muy bien. Vamos, teniente mío... Decías... Acaba. Decías que si quiero saberlo...

BARBARROJA. —Decía que yo no estoy dispuesto a...

LOBO. —Acaba, mi amigo.

BARBARROJA. —(*Tartamudeando*). ...Que yo... estoy... dispuesto a...

LOBO. —¡Acaba, ira de Dios! (*Levantándose imponente sin tocar un arma. Barbarroja retrocede espantado echando mano a las suyas. Expectación. A sus espaldas aparece Caperucita llorando*).

Escena VI

(Dichos, Caperucita).

CAPERUCITA. —Me he perdido, ya es de noche y no sé volver a casa. Señor, ¿quiere decirme dónde queda el camino de mi casa?

BARBARROJA. —*(Furioso)*. ¡Maldición! ¡Otro renacuajo aquí! Pero éste no irá a denunciarnos a la aldea. *(Va a ella cuchillo en mano)*.

CAPERUCITA. —¡Ay perdón! ¡Jesús María! ¡No me mate, señor! *(Corre al capitán y se abraza a sus rodillas)*. ¡Perdón! ¡Señor, defiéndame que ese hombre malo me mata!

LOBO. —Déjala.

BARBARROJA. —¡Fuego de Dios, capitán!...

LOBO. —¿Quién eres tú?

CAPERUCITA. —Caperucita Roja.

LOBO. —¿Eres rica? ¿Quién es tu padre?

CAPERUCITA. —No tengo padre. Mi madre es pobre. ¡Señor, mírela que viene!

LOBO. —Es pobre. Degüéllala.

CAPERUCITA. —¡No! *(Gritando)*. ¡Mamá, mamá, papá!...

LOBO. —Espera. (*Deteniéndolo*). Yo también tuve una niñita mía que me decía *papá*. (*Levanta a la niña*). ¿Mía?... Ah, ah. (*Riendo convulsivamente*). No era mía. No sé si era mía. Y por eso la maté y a su madre también. Degüéllala. Y después me eché al monte y fui el *Lobo*. Ninguno sabe mi nombre ni lo sabrá nunca. *Soy el Lobo*. Así era, como ésta. Todas las noches la veo y me muerdo las manos de dolor. Hice mal en matarla, no tenía la culpa... ¡Pero no! ¡Son víboras todas, son hijas de víboras... Mátala!

CAPERUCITA. —(*Llora*). Perdóneme, señor, no me mate.

LOBO. —Déjala. Niñita ¿quién es tu padre? ¡Responde!

CAPERUCITA. —No me mate, señor. Yo seré buena y no desobedeceré más...

LOBO. —Niña, dame un beso...

CAPERUCITA. —No quiero. (*Secándose las lágrimas*).

LOBO. —¿Por qué?

CAPERUCITA. —Porque usted es feo y barbudo y malo...

LOBO. —¡Dame un beso o te mato!

CAPERUCITA. —Me voy a ir al Cielo y usted al infierno... (*El capitán desenvaina la daga*). ¡Perdón!

¡No, no! ¡Papá, papá!

LOBO. —¡Maldición! Es la voz de la otra. Todas las noches la oigo gritar. Perdóname, pequeña. Bésame para que yo crea que me perdonas...

CAPERUCITA. —¿Yo?

LOBO. —(*Alzándola*). Bésame, pequeñita, como la otra. Ten piedad de mí. Diez años hace que nadie me besa. Diez años que derramo sangre y recojo odio y maldiciones ...

CAPERUCITA. —Pero si me deja ir a casa, sí. Si no, no.

LOBO. —Bésame. Sí, te irás, harás lo que quieras...

CAPERUCITA. —Pero en la frente si quiere, porque hay mucha barba fea. (*Haciendo ascos*). ¡No! Bueno. (*Lo besa*).

LOBO. —Otra vez...

CAPERUCITA. —Déjame ir...

LOBO. —¡Otra vez! ¡Oh labios de ángel, más dulces a mi corazón que el agua al sediento; boca pequeñita y santa que refrescas mi pobre corazón incendiado! ¡Oh ángel, tú me besaste! ¿Cómo has podido besarme a mí? Niña, ¿estás segura que tu padre?...

Escena VII

(Dichos y Pedrisco).

PEDRISCO. —*(Entrando precipitado)*. Capitán, viene gente.

LOBO. —¿Dejarte ir? Nunca. Eres mía, mía, más mía que la otra. Me has perdonado.

PEDRISCO. —Viene toda la aldea armada de hachas. El chicuelo encontró una mujer y la mujer empezó a dar gritos y empezaron a salir de las casas mocetones furiosos... Yo me escabullí corriendo. Son muchos para nosotros, capitán...

CAPERUCITA. —*(Llorando)*. Mamá, mamá, tío Pedro... me llevan.

PEDRISCO. —¿Pongo un letrero exigiendo rescate?

LOBO. —Sí, ahí en ese tronco. Cien doblas. Si quieren rescatar la niña, cien doblas de oro.

PEDRISCO. —¿Cien doblas? Capitán, imposible. Es gente pobre. No las tiene.

LOBO. —Mejor. Eso quiero. Que no la rescaten. Es mía. Más que la otra. Me besó, *(Sale)*.

CAPERUCITA. —¡Mamá!

BARBARROJA. —*(A Pedrisco)*. El capitán me

parece... La cabeza del capitán... ¿Qué es esto que hace? La lleva en los brazos hablándole dulcemente. Parece una mujer.

PEDRISCO. —¡Pssst! Calla. Si te oye te matará, como a Gazul.

BARBARROJA. —Todas las noches sueña y grita y ve fantasmas. Está enfermo. No sirve ya para capitán. Yo, en cambio... (*Salen*).

Escena VIII

PULGARCITO. —(*Entra corriendo, mira hacia donde han salido los ladrones*). ¡Caperucita, Caperucita! (*Grita*). Allá, allá. Los he visto. Se llevaron a Caperucita. Eran tres y el más barbudo se llevó a Caperucita. Mamá, mamá. A mí no me van a engañar. Aquí está en el suelo un zapatito de Caperucita. Aquí, mamá.

Escena IX

(*Pulgarcito, su madre*).

MADRE. —¿Dónde está? ¿La viste?

PULGARCITO. —Allá, mamá. Por entre aquellos árboles vi el vestido colorado de Caperucita. Aquí hay un zapato también. La llevaron los hombres ladrones.

MADRE. —Vamos, hijo mío.

PULGARCITO. —Mamá, tienen espadas...

MADRE. —Quédate aquí. Yo iré y me devolverán mi hija.

PULGARCITO. —Mamá, en ese árbol hay un letrero... (*La madre toma el pergamino y mira*). ¿Qué dice, mamá?

MADRE. —«*La niña*»... No sé. No veo nada. Léemelo tú.

Escena X

(Dichos, Pedro el guardabosque, leñadores armados, mujeres y niños de la aldea).

PEDRO. —A ellos, a ellos. Es preciso atacarlos y exterminarlos.

LEÑADOR 1. —Es imposible. Ya no los alcanzamos más.

PEDRO. —O ahora o nunca. ¡Muerte a ellos aunque todos muramos! Nos roban nuestros hijos...

MADRE. —Por amor de Dios, perseguidlos, quitadle mi hija, devolvedme mi hija. Corred, corred, pronto.

PULGARCITO. —El letrero dice: «*Hernán el Lobo se lleva la niña*»...

PEDRO. —¡Yo se la arrancaré de las uñas!

PULGARCITO. —«*Y exige cien doblas de oro por su rescate*».

PEDRO. —¡Cien doblas! ¿Lo oís? ¿Por qué no piden también nuestra sangre?

PULGARCITO. —Y dice después: «*Si nos persiguen, mataremos a la niña*».

MADRE. —¡Dios mío! *(Cayendo de rodillas)*.

PEDRO. —¡Asesinos! ¡A ellos, amigos!

MADRE. —¡No, no! ¡Detente, hermano! ¡Matarán a mi hijita! ¡Por amor de Dios, no los persigáis! (*Interponiéndose de rodillas*). ¡Dejadlos, dejadlos! ¡Deteneos os digo, malvados! (*Hecha una leona*). Yo les llevaré cien doblas. Yo juntaré cien doblas, venderé mi casa, las iré a pedir al señor Barón, al Rey mismo. ¿Quién me puede prestar cien doblas de oro?

PEDRO. —Cálmate, pobre hermana mía...

MADRE. —Pedro, dame una dobla de oro por la memoria de nuestra madre.

PEDRO. —Si no la tengo.

MADRE. —Dame lo que tengas. (*El guardabosque le da algunas monedas. La madre empieza a recorrer el círculo de aldeanas pidiendo limosna entre sollozos*).

PULGARCITO. —(*Mirando compasivo a su madre*). Ah, yo salvaré a Caperucita. Yo tengo la culpa de que le pase esto a mi hermana. Yo iré al Lobo y la traeré. Yo no volveré a casa sin mi hermana. (*Sale hacia el bosque*).

MADRE. —Una limosna por amor de Dios para una pobre madre desventurada. ¡Cien doblas! Un florín, amigo mío, un solo florín.

LEÑADOR 1. —(*Pobre mujer*). No tengo dinero, señora. Tomad esta hebilla, es de plata.

MADRE. —Que Dios os lo pague. Una limosna para el rescate de mi hijita, señora.

JUANA. —No tengo nada.

MADRE. —¡Por amor de Dios! ¡Juana! (*Reconociéndola y abrazando sus rodillas*). Juana, perdóname. Yo te he ofendido. He sido orgullosa y vengativa, te he negado el habla cuando yo no era aún desdichada, cuando no sabía qué cosa era ser desdichada. ¡Qué insensata fui! Pero no hagas pagar a mi hijita los delitos de su madre. ¡Salva a mi hija, Juana, tú que tienes hijos también!

JUANA. —(*Llorando*). No digas eso, ¡por amor de Dios, María! Si yo no te guardo rencor. ¿Cómo podría guardártelo? Es que no tengo nada, nada... Mira, toma mi anillo de bodas...

MADRE. —(*Le besa la mano*). Haga Dios por este don que nunca pierdas un hijo. Una limosna para rescatar a mi niña.

LEÑADOR 2. —Es imposible que reúna usted cien doblas. No las hay en toda la aldea.

MADRE. —(*Tendiendo la mano*). ¿No son éstas cien doblas?

LEÑADOR 2. —Ahí no hay ni siquiera dos doblas.

MADRE. —¡Mentira! (*Cae desmayada, desparramándose las monedas. Gimen las mujeres, lloran los niños*).

PEDRO. —¡Hermana! (*La levanta*). ¿Está muerta? ¡No! ¡Respira! ¡Vámonos! ¡Ay de ellos, ay de los asesinos! ¡El rayo de Dios los abraza! ¡Dios haga justicia de sus crímenes! Seguidme todos. Isabel, recoge esas monedas. (*Salen lentamente*).

Escena XI

ISABEL. —(*Recoge del suelo las monedas, corre a mirar al extremo de la escena por donde salió Caperucita, vuelve y dice:*) ¡Pobre tía! Pobre Caperucita... ¿Ve? Eso le pasa por caprichosa y desobediente, y a su mamá por ser un poco orgullosa. ¡Caperucita, Caperucita! (*Gritando. Luego, apoyada en un árbol, recita lentamente:*).

—Caperucita, la más pequeña
de mis amigas ¿en dónde está?

—Al viejo monte se fue por leña
por leña seca para almorzar.

—Caperucita, di ¿no ha venido?
¿Cómo tan tarde no regresó?

—Al monte todos tras ella han ido,
pero ninguno se la encontró.

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Qué es lo que
pasa?

¿Por qué se salen todos de casa?

—¿Por qué esos llantos? ¿Por qué esos
gritos?

¿Caperucita no regresó?

—Sólo trajeron sus zapatitos...

Dicen que un lobo se la comió...

(Villaespesa).

Acto Segundo

Escena I

(Campamento en el bosque. Una hoguera. Sentados a su amor en troncos tumbados, Barbarroja y Pedrisco. A un lado, Pulgarcito, tiznado y desconocido, con traje de Madroncillo, limpiando las enormes botas de Barbarroja. Habla éste recatando la voz y espionando desconfiadamente las espesuras del bosque milenario).

(Pedrisco, Barbarroja, Pulgarcito).

BARBARROJA. —No está. ¿Quién sabe donde está? No tenemos capitán.

PEDRISCO. —No grites. Ya sabes que siempre duerme apartado de nosotros y a veces falta dos o tres días. Y ahora que tiene esa chiquilla que lo ha vuelto loco, loco... Pero yo aún le temo.

BARBARROJA. —Es que es necesario acabar de una vez. ¡Eh, tú, mocosuelo! ¿Qué estás escuchando ahí?

PULGARCITO. —Yo, nada. ¿Qué me importa a mí lo que ustedes dicen? ¿No me han dicho que limpie las botas?

BARBARROJA. —¡Renacuajo insolente, yo te enseñaré a responder como es debido! ¡Ira de Dios! ¡Desde que el Lobo se ha metido a nodriza, aquí los que mandan son estas cucarachas! ¡Al infeliz le han limado los colmillos y son ahora los capitanes nuestros!

PEDRISCO. —Y éste todavía no sería nada, porque nos cuida los vestidos, hace la comida, guarda los caballos y en fin... Lo encontramos solo en el monte, dijo que se había perdido y que quería ser ladrón y andar con nosotros... Al menos éste es varón. Pero ¡la chiquilla esa! ¡Ha sido una barbaridad no querer admitir el rescate que ofrecían! ¡Esas cincuenta doblas las ha defraudado el capitán a la cuadrilla!

BARBARROJA. —¡Claro, el capitán Lobo necesita una muñeca para jugar a las muñecas! ¡Andad, borregos! ¡Andad, gallinas! ¡Andad, mujeres! ¡Andad a hacer mimitos a la nena con vuestro capitán que juro a Dios que si no hay un hombre entre vosotros, yo soy hombre, y no quiero dejarme vender a las gentes del Barón, que nos acosan, por ese imbécil enloquecido!

PEDRISCO. —Alto ahí, señor Barbarroja, que en eso estamos conforme todos, y en cuanto a ser hombres... yo soy tan hombre como el hombre que

por más hombre se tenga. Eso es. Pero ¿quién es el primero que le alza el gallo al Lobo? ¿Dónde está ese guapo? ¡Oxte, diablo! ¡No en mis días! ¡Un rayo es cuando se encoleriza! ¡Prum, plaf... y el pobre Gazul, como un borrego, redondo al suelo! ¡Barrabases!

BARBARROJA. —Eso se llama miedo, cobardes.

PEDRISCO. —¿Miedo? ¿Y vos, Barbarroja? ¿Por ventura vos...?

BARBARROJA. —¿Yo? ¿Yo miedo? (*Viendo a Caperucita fuera, y asaltado por una idea súbita*). ¡Caperuza, Caperuza, aquí! ¡Aquí, te digo, perra!

Escena II

(Dichos, Caperucita).

PEDRISCO. —¿Qué vais a hacer? *(Pulgar se levanta)*. *(Aparte)*. Esto revienta.

BARBARROJA. —¡Ven aquí, te digo, acércate! *(Aparte)*. ¡Maldición! ¡No puedo! ¡Siempre me pasa lo mismo! ¡Se me cae el cuchillo de las manos! Si fuera un hombre... o si ella me provocara, me resistiera... o al menos, si huyera, si huyera de mí... por detrás... sin verle los ojos... ¡Pero así, como un corderito, con ese mirar de ojos!... ¡El demonio me ayude! Hay que acabar.

CAPERUCITA. —*(Asustada)*. ¡Capitán, capitán!

BARBARROJA. —Sí, llama a tu papaíto. *(Saca el puñal)*. ¡Tonta, esto te ha perdido! ¡Vas a morir!

PULGARCITO. —*(Parándose delante, una piedra en la mano)*. No, señor. Deje a mi hermana.

BARBARROJA. —¡Hola, hola! ¿Con que es tu hermana? Y tú estabas aquí para... ¡Ah, traidores espías! ¡Cuánto me alegro! Pedrisco, corre a la cuadrilla y diles que vengan; y verán como Barbarroja acaba con el Lobo y su camada.

CAPERUCITA. —*(Gritando)*. ¡Capitán, capitán!

PULGARCITO. —Si da un paso adelante le salto un ojo...

PEDRISCO. —A otro perro... En la cuadrilla hay todavía amigos del capitán y... ¡Muchas gracias! No me meto yo en líos. Primero veamos en qué para esto. El capitán no debe estar lejos... ¡Huye, chiquilla!

CAPERUCITA. —(*Huye amenazada por el asesino*). ¡Capitán!

Escena III

(Dichos, el Lobo).

LOBO. —¿Qué es esto? *(Imponiéndose de todo).*
¡Atrás, cobarde! ¡Deja ese puñal!

BARBARROJA. —¡En tu pecho! *(Se precipita sobre el Lobo; y lo va a herir cuando Pulgarcito le descarga una pedrada en la cabeza).* ¡Ay de mí!

LOBO. —*(Lo desarma y derriba).* Suelta, traidor. *(Acogotándolo y quitándole el puñal).* Y ahora, al infierno, donde te esperan.

BARBARROJA. —Perdón, capitán.

CAPERUCITA. —¡No, no lo mates! *(Agarrando espantada la ropa del capitán).*

PEDRISCO. —Hasta luego. Esto reventó. ¡Virgen Santísima de la Esperanza... que no vaya a creer que yo fui cómplice! *(Vase corriendo).*

LOBO. —¡Quieto, cobarde! No te mato. No quiero verter más sangre. La niña que ibas a asesinar te ha salvado. Por ella vives. ¡Quieto, digo! Pero escucha bien lo que voy a decirte. Ahora mismo saldrás de mi presencia, saldrás de la cuadrilla y no te veré yo nunca más, pena de la vida. Porque si te encuentro otra vez en mi camino te mato como un perro. ¡Fuera!

¡Fuera de aquí! (*Desarmándolo*). ¡Fuera!

BARBARROJA. —¡Maldito seas, capitán!
¡Malditos sean éstos! ¡Maldito el que me golpeó de
atrás! ¡Condenación a mí que no lo hice antes...!
(*Vase*).

Escena IV

(Dichos menos Barbarroja).

CAPERUCITA. —*(Se abraza al Lobo llorando. Éste la alza).*

PULGARCITO. —Gracias, señor. Usted es muy bueno...

LOBO. —¿Yo bueno? Gracias a ti, pequeña.

CAPERUCITA. —¿Ahora me vas a llevar a casa? Aquí está lleno de hombres malos.

PULGARCITO. —Me he metido aquí para defenderla a ella. Es mi hermanita.

LOBO. —Llévate a casa... Y esos hombres...

PULGARCITO. —Voy a espiar qué hacen. Tengo miedo. Ese Barbarroja... *(Se va).*

LOBO. —¡Cuidado, que no te vean. Anda, sí, pequeño, que todo lo temo de ellos... más por vosotros que por mí!

Escena V

(Caperucita, el Lobo).

CAPERUCITA. —*(Llorando)*. Yo quiero irme a casa porque aquí está lleno de hombres malos.

LOBO. —*(Rudamente)*. ¡Cállate, chicuela, calla!

CAPERUCITA. —¡Me quieren matar a mí y a Pulgarcito, y a vos también!

LOBO. —¡Nunca! ¿Quién dijo eso? A mí no me pueden matar.

CAPERUCITA. —Pulgarcito me dijo que los oyó y sabe todo. ¡Y ahora van a matar a Pulgarcito! Yo me quiero ir, ir.

LOBO. —¡Yo no puedo dejarte ir! ¿Qué sería del Lobo sin ti? Tú me has besado, tú eres mía, el ángel que ha bajado del cielo para que yo me salve... o me pierda. ¡Tú has trocado al Lobo! ¿Ves estas manos? Antes eran crueles y se bañaban en sangre y no perdonaban. Desde que te han tocado a ti ya no han matado más. ¡Oh, pequeñita, tú no entiendes esto que digo ni yo tal vez tampoco! ¿Qué hoguera devoradora ha encendido un beso tuyo en mi corazón? ¡Es el beso de la otra, es la otra que se venga por ti, la otra es la que ha encendido estos remordimientos

inaguantables! Y me atormentas y me quitas el sueño y el valor y el esfuerzo, y sin embargo no puedo odiarte, ni puedo estar sin ti. Yo creía que ya era fuerte e invencible y que era de piedra mi corazón y has venido tú, tú pequeña, tú frágil, tú inerme y me has enloquecido. ¿Qué es esto que me pasa a mí?

CAPERUCITA. —Lobo, llévame a casa. Antes me dijiste que sí. Cada vez que te beso, me dices que sí, y después, mentira.

LOBO. —¿Quieres irte? ¡Vete! (*Sujetándola*). ¿Y quieres dejarme aquí? ¿Quieres dejarme morir?

CAPERUCITA. —Mamá no te va a ahorcar. Mamá es buena.

LOBO. —¡No hay lugar para los lobos en las moradas de los hombres! Yo lo quise, yo me perdí...

CAPERUCITA. —Hay lugar en casa, hay una cama de papá que se murió. Te daremos la cama de papá...

LOBO. —(*Sonriendo tristemente*). ¡Tontuela! El Lobo se muere. Se acabó el Lobo. Se acabó el Lobo. Has de irte de aquí ¿sabes?... El Lobo se irá y se arrojará al barranco donde arrojó a su hija, antes de...

CAPERUCITA. —¡No! ¿Te vas a matar? Es pecado matarse.

LOBO. —Yo estoy lleno de pecados...

CAPERUCITA. —Pero matarse es un pecado que Dios no puede perdonar.

LOBO. —¿Y acaso Dios me puede perdonar a mí?

CAPERUCITA. —¡Claro que sí! La cuestión es arrepentirse y pedirle perdón a Dios y decir: *Señor mío Jesucristo...*

LOBO. —¡No hay perdón para mí! ¡No hay Dios! ¡Si Dios quisiera perdonarme no hubiera permitido que yo arrojase a mi hija! Me hubiera cegado, me hubiera muerto antes. Ella no tenía la culpa y yo estaba fuera de mí... Y pequé, y Dios me condenó...

CAPERUCITA. —(*Llora*). Si dices otra vez esas cosas tan malas, yo me voy de aquí y no te quiero más...

LOBO. ¡Quiéreme! ¡Bésame! ¡Bésame, Caperucita! ¡Bésame y se calmará esta horrible tormenta de mi corazón! ¿Ves? Allá está *la otra* que viene. ¿Ves cómo se reía cuando la maté? ¡Papá, papá! ¿Ves cómo se agita mi corazón? ¡Es la sangre! ¡Es un mar de sangre! Si tú me besas se calma. ¡Si tú me perdonas, la otra se va! ¿Ves cómo viene? ¿Y Dios me puede perdonar a mí? Mentira, mentira. Bésame, Caperucita.

CAPERUCITA. —(*Huyendo*). ¡Ay, Virgen María! Ya le dio otra vez la locura. ¿Y qué hago yo ahora sola?

¡Pulgarcito, Pulgarcito! ¡Me va a matar como a la otra! Dios te salve María, Virgen Santa...

LOBO. —(*Con los ojos saltados*). ¿Qué haces, mi hijita?

CAPERUCITA. —Rezo...

LOBO. —Bésame. Ya se me pasa el mal. Bésame, por amor de Dios, hijita mía.

CAPERUCITA. —... ¡No! ¡Pulgarcito, Pulgarcito!

...

Escena VI

(Dichos, Pulgarcito).

PULGARCITO. —*(Entra corriendo)*. ¡Vienen todos aquí! ¡Escápese, capitán!

LOBO. —¿Qué? ¿Qué dices?

PULGARCITO. —¡Vienen todos los ladrones con hachas y Barbarroja adelante y dicen: Muera el Lobo. Fue Barbarroja y les habló. Y gritaron todos y vienen!

LOBO. —Huid, hijos míos. Salvaos. Corred a la aldea.

PULGARCITO. —Vamos Caperucita. Dame la mano. Vamos a buscar los soldados del Barón y los leñadores. Yo sé dónde están. Yo los vi el otro día. Corre.

CAPERUCITA. —Yo no puedo correr. Me duelen los pies de tanto caminar.

LOBO. —Vete, vete, hijita, corre, que ya llegan, los oigo gritar. Pulgarcito, corre, llama a los soldados...

CAPERUCITA. —¿Y usted?

LOBO. —Yo me quedo a morir... a salvaros.

CAPERUCITA. —Entonces yo también me quedo...

PULGARCITO. —Vamos, loca, (*Salen*).

Escena VII

HERNÁN EL LOBO. —(*Empuñando el hacha de armas*). Venid, cobardes. Venid a arrancarme una vida que ya no deseo... que me repugna. Pero juro a Dios que la venderé cara. Ven a vengarte, Barbarroja, que ahora no está la niña, ahora te puedo matar.

Escena VIII

(Dichos, Barbarroja, Pedrisco, Ladrones).

—¡Muerte al Lobo! ¡Viva el nuevo capitán!

BARBARROJA. —*(Al Lobo)*. ¡Soltad esa hacha! Es inútil. Estáis perdido... Entregaos a la banda, Hernán el Lobo.

LOBO. —*(Aullando)*. ¿Quién quiere probar los dientes de Hernán el Lobo? ¿Quién acomete primero a este hombre solo, al capitán degenerado y enfermo? Ánimo. Pedrisco, tú, mi escudero tanto tiempo, tú a quien salvé de la horca... Ven a matarme... ¿No decís que estoy chocho? Avante Barbarroja. Ven a quitar la vida al que te perdonó la tuya. ¿Qué, vaciláis, valientes? ¿Queréis que yo sea quien acometa, no es cierto? *(Enarbolando el arma)*.
Aguardad.

LADRÓN 1. —¡Vamos a él todos juntos!

BARBARROJA. —¡Ríndete, capitán, o te quemamos vivo!

LOBO. —¡Ah!, ¿teméis mi furia? Yo no os temo a vosotros. Vosotros sois asesinos, sí. A vosotros sí que Dios no os puede perdonar. Vosotros matáis sin necesidad y sin valor. ¡Repugnante canalla! A mí me

trajo aquí una pasión enloquecedora, un demonio aposentado en mí. Yo no soy de vuestra calaña, ahora lo veo, ahora que no quiero asesinar más, ahora que voy a morir para salvar una niña. ¡No, no los alcanzaréis más, hienas! ¡Han huido y están lejos de aquí! ¡Al Lobo, al Lobo, al Lobo! (*Revolea el hacha aullando su grito de guerra*).

LADRÓN 2. —(*Entrando*). Aquí está la pollita. La he alcanzado. El otro se escapó como un rayo. (*Trae agarrada a Caperucita que solloza*).

LOBO. —¡Dios mío! ¡Estoy perdido! ¡La niña! ¡Suéltala!

LADRÓN 2. —Si das un solo paso, la degüello. ¡Quieto allí, Lobo!

BARBARROJA. —¡Muy bien! ¡Eso, eso!

LOBO. —Ya me estoy quieto. Suelta esa niña. Déjala ir. Suéltala, te digo.

LADRÓN 2. —Cuando tú sueltes el hacha de la mano.

LOBO. —¡Infames!

LADRÓN 2. —Y la degollaremos antes que a ti si no te entregas. ¿La degüello, capitán Barbarroja?

BARBARROJA. —¿Te entregas, Lobo?

LOBO. —¿La soltaréis si me entrego?

BARBARROJA. —Sí. De otra manera morirás tú y

ella. Somos muchos.

LOBO. —¿Juráis ponerla en libertad si me entrego?

BARBARROJA. —Lo juro.

LOBO. —(*Arrojando las armas*). Soy muerto; pero la pequeña se salva.

BARBARROJA. —Amarradle a aquel árbol... Así, bien fuerte. (*Átanlo los ladrones*). Ahora verás, Lobo, la venganza de Barbarroja. Me has derribado, me has abofeteado...

LOBO. —Despedázame, no me arrancarás un gemido.

BARBARROJA. —Lo veremos. (*Desenvaina*). Traed acá a la niña...

LOBO. —¡Horror! ¡Qué vas a hacer, perjuro! ¡Huye, huye Caperucita! (*Caperucita se desase y huye espantada*).

BARBARROJA. —¿Y creías que iba a cumplirlo? ¡Imbécil! Te rociaremos las manos con su sangre...

LADRÓN 1. —La chiquilla huye... ¿La atrapo?

BARBARROJA. —No. Pedrisco, acá el arco, las flechas, ligero... Lobo, mira cómo cazo pájaros al vuelo.

LOBO. —Perdón, perdón para ella, querido Barbarroja. Perdóname la ofensa que te hice.

¿Quieres que me arrodille a tus pies? ¡Deja ese arco!
¡No tires! (*Barbarroja tira*).

LADRÓN 1. —¡Cayó!

BARBARROJA. —Cayó. Mi pulso está firme todavía.

LOBO. —¡La ira de Dios sea sobre ti y te pierda!
¡Tráguete el infierno, asesino! ¡Tú no eres un hombre, eres un demonio!

LADRÓN 1. —¡Se levanta! ¡No la tocó la flecha!
¡Había tropezado!

BARBARROJA. —Esta vez no se levantará.

LOBO. —¡Dios mío, que no la toque! ¡Dios mío, que se salve! ¡Huye Caperucita!... ¡Es un crimen!
¡Dios mío, si es verdad que aún me puedes perdonar, que no la toque! En eso, Señor, que lo conozca yo...
¡Gracias, Dios mío! ¡Falló!

BARBARROJA. —(*Furioso*). La escudó el tronco del árbol.

LADRÓN 1. —Y ahora la esconden las zarzas.

BARBARROJA. —Pero ahora ha de cruzar el claro.
¿Veis? ¿Ves Lobo? Reza, reza a Dios a ver si aparta la tercera flecha.

PEDRISCO. —(*A Barbarroja*). Capitán, déjela ya. Después de dos flechas... Perdemos tiempo aquí y estamos en peligro...

LOBO. —(*Abandonándose*). ¡Mátala, demonio. Dios te castigará! Es un ángel y tiene que volar al cielo. Pero tú...

BARBARROJA. —(*Alzando el arco*). Muera...

LADRONES. —(*Gritan*). ¡Los leñadores, los soldados! ¡Huyamos!

LOBO. —¡Dios sea bendito! ¡Está salvada!

BARBARROJA. —Pero tú estás perdido. (*Vuelve el arco a él y lo atraviesa de un flechazo. Arroja el arma y huye*).

Escena IX

(Lobo atado, Pulgarcito, el guardabosque, y después leñadores, soldados, Caperucita y su madre).

GUARDABOSQUE. —Aquí, aquí, a ellos. Huyen. He aquí a uno amarrado a un árbol. ¡Muere, malvado!

PULGARCITO. —*(Interponiéndose)*. ¡No, no! ¡A éste no! Éste es bueno, es bueno... ¡es un santo!

LOBO. —Me muero ya.

GUARDABOSQUE. — Está herido. Corramos a los otros. *(Salen con los leñadores y soldados)*.

PULGARCITO. —¿Quién te hirió, Lobo?

LOBO. —Dios.

PULGARCITO. —Aquí, mamá, Caperucita. Se muere el Lobo.

CAPERUCITA. —¡Pobre Lobo! Desátenlo...

MADRE. —¿Vos sois el hombre bendito que ha salvado a mi hija?

LOBO. —Yo soy un hombre maldito. Es inútil, no me desaten... Caperucita.

CAPERUCITA. —Lobo... *(Llora)*.

LOBO. —No me llames así. Yo no soy el Lobo.

Yo soy Tristán Gunther.

MADRE. —(*Un grito*). ¡Tristán! ¡Tristán de Gunther! ¡Dios mío! ¡Usted es el que quiso matar a su hija!

LOBO. —(*Otro grito*). ¡Jesús, Dios mío! ¿Qué dice? ¡Quise matarla! ¿Por ventura no murió mi hija?

MADRE. —No murió, no pudo matarla, asesino. La recogieron viva, está viva, se llama Teresa...

LOBO. —Mentira, mentira. No engañen a un moribundo.

MADRE. —Por Dios que nos ha de juzgar, que así es.

LOBO. —¡Es Dios quien lo ha hecho! Dios que me quiere perdonar... Ahora conozco que Dios me puede perdonar.

CAPERUCITA. —Claro que sí.

LOBO. —Caperucita, dame un beso... El último... Por mi hija que no está aquí.

CAPERUCITA. —Si quieres que te bese has de decir conmigo: *Señor mío Jesucristo...*

LOBO. —Señor mío Jesucristo...

CAPERUCITA. —Dios y hombre verdadero...

LOBO. —Dios y hombre verdadero...

CAPERUCITA. —Yo me arrepiento de todos mis pecados...

LOBO. —¡Sí, sí, sí!

CAPERUCITA. —Y me pesa por ser Vos quien sois...

LOBO. —¡Sí!

CAPERUCITA. —... de haberos ofendido.

GUARDABOSQUE. —(*Entrando*). ¡He aquí la cabeza del asesino! (*Arroja rodando por el suelo la de Barbarroja*).

MADRE. —¡El Lobo ha muerto!

TELÓN

Un crimen

Ya lo había confesado, el último de todos, y mi hombre —un viejo de greña entrecana, poblada barba en punta, rasgos duros— no se iba. Se demoraba por la sacristía, dirigiéndome sin mirarme una serie de preguntas indecisas, que me iban dando impaciencia, porque tenía que rezar el breviario. «*Que cuánto me salen tres misas por las ánimas. Que si se las pago, que si usted me las puede decir por la ánima [pronunciaba hánima] que yo quiera. Que si me las puede decir antes de usted irse y a una hora que yo alcance... yo vivo lejos...*». Hasta que se me ocurrió de repente que el viejo tenía algo costoso que decirme, que *no había dicho todo*. Conozco a mi gente criolla.

—¡Oiga, amigo! Usted se ha callado algo en la confesión ¿no? Tiene una cosa que no se ha animado a decirme.

—¿Yo, don? ¡Canejo! —dijo el viejo con un movimiento de sorpresa que era toda una confesión.

—Vea, viejo, desembuche —le dije—. ¿Se cree que no lo conozco? Siete leguas se ha venido para confesarse y ahora se va a ir con todos sus pecados y con uno más grande encima, un sacrilegio, un

crimen...

—¡Yo no tengo ningún crimen! —clamó el criollo aterrado.

¡Pobre gente criolla supersticiosa, ignorante y brusca, pero buena en el fondo! El viejo bajó la cabeza y comenzó a tartamudear.

—Padre, yo he hecho una gran barbaridá.

Y luego:

—Yo no sé si es pecao, a ratos se me hace que no debe ser, pero me trabaja pior que si fuese el pior de los pecaos. ¡Canejo, que juí animal...!

—Cuéntemela, amigo, para ver si se va en paz. Pero si usted no sabe si es pecado, no tiene obligación de confesarlo.

—Padre, ¿usté se recuerda cuando murió la Inés Fuente, la hija'e la viuda Fuente, hace dos años?

¿Cómo iba a recordar yo eso, un sacerdote llegado días antes por primera vez al pueblo para dar una misión? Lo hice sentar. Le dije: «*Adelante*».

—Padre, yo soy sepulturero. Yo no le tengo miedo a los muertos. No he tenido miedo más que una vez en la vida... no, dos veces. A los vivos sí les tengo miedo... porque soy demasiado tímido... y por tímido me callaba ahora... y por tímido hice aquella barbaridá...

Pues jué la noche misma en que enterraron a la

muchacha aquella, que se había muerto en flor, lo que se llama en flor, joven y linda como una rosa, y rica... ¡rica, canejo!, porque su madre, así como usted la ve mal vestida, es la más rica del pueblo. ¡Viera cómo lloraba en el cementerio, padre! ¡Cómo gritaba! ¡Hasta de Dios creo que mal habló y lo insultó, porque le había quitao aquel amparo, que era la única hija que tenía, y tan jovencita...! Es que era para llorar, cuando uno la vía por el vidrio que tenía el cajón, llena de flores por el pecho y por las trenzas rubias y con la cara tan serenita como la tenía en vida o como si estuviera...

El viejo se detuvo de golpe.

—Como si estuviera nada más dormida —acabó bruscamente—. ¡Esa misma noche que la enterraron! ¡Esa misma noche jué! ¡Ojalá que hubiera sido otra noche, pero no! ¡No me olvidaré en mi vida! Como si lo estuviera viendo ahora, me acuerdo que me juí al atardecer —porque la habían enterrado de mañana—, a buscar al pantión no sé qué herramienta, para volverme a casa. Y ansina que me arrimé y andaba por ahí buscando, porque me demoré un rato al lado de la puerta, me parece que oigo a modo de un quejido largo, un quejido raro, como si viniera de lejos, lejos... o fuera de alguna alma en pena o un chiflido suavcito del viento. ¡Pero no había viento!

Me paro y se para; arrimo la cabeza a la puerta y nada... «*Los oídos me están zumbando*», dije entre mí. Y cuando mismo me estaba por dir, dejándome de sonceras, ¡de nuevo el ruido! Pero un ruido tan raro y tan matrero, que uno no sabía si era ruido o si era sueño, ni de adónde venía, ni qué es lo que era, porque a veces parecía gemido de hombre, y a veces golpe en una paré, y a veces raspidos, y a veces gritos de perros que aullaban lejos, ¡y a veces todo junto! Pero lejos, lejos. Entonces pegué la güelta al pantión, que es grande y el mejor del pueblo, y anduve además por el camino de las casuarinas, porque de ahí parecía venir el ruido, para buscar la causante; porque yo en las ánimas y en las luces malas, padre, como soy hombre curtido... no creo mucho. Pero ni encontré nada, ni cuando volví sonaba ya el ruido.

Si me hubiera dormido aquella noche y dejado de pamplinas, creo que hubiera sido mejor. ¿Pero quiere creer que no podía dormir? Al ñudo, decía despacito yo, todo el tiempo de la cena: «*Sosegáte Aranda, que ha sido un puro engaño y ahora te estás julepiando con lo que mismo vos te has fingido*». No me parecía que eso juera fingido. Y me levanté no más de la cama, y me largué al cementerio que está ahí cerca de casa, llevado por esa curiosidad loca que le dan a

uno las cosas peligrosas o las historias de dijuntos... Óigame todo esto, padre, con paciencia, para que se dé cuenta de lo que pasó después; ¡de lo que jué, padre!... Era una noche de cerrazón, sin una mala estrellita en el cielo. ¡Válgale que yo conozco de memoria el cementerio y así en seguida llegué al pantión de los Fuente!... ¡Noche fea, noche negra, llena de ruiditos que daban miedo!...

Me agarré de los fierros de la puerta, enojao conmigo mismo, porque noté que tenía las manos temblequiando y un sudorcito frío por el espinazo, y en este mismo punto pegó un chiflido una lechuza, que me sacudió todo el cuerpo, como si se viniera el pantión abajo...

Pero me sosegué y puse la oreja a la puerta y escuché callao, parando hasta el aliento. Oí un rato cantos de grillos, chirridos de langostitas, goteras de agua, ruiditos de árboles, chillidos del viento y otro montón de esos ruiditos callaos que uno no sabe de quién son ni de dónde vienen, y que en las noches serenas le hacen a uno pensar en las cosas del otro mundo... ruiditos del campo, ruiditos del cielo, ruiditos de todas las cosas... y de golpe, después de un rato, como si saliera de abajo la tierra o del medio mismo de todos esos ruiditos mansos, pero bien claro, que no había modo de negarlo, padre, ¡el

quejido!...

¡El quejido! ¡Me dejó frío como un muerto! ¡El quejido mismo, y los golpes, y los raspidos, y las paradas de un rato, y güelta a empezar de nuevo! ¿Cuánto tiempo estuve escuchándolo, con los pelos paraos, un sudor más frío en la cara que los fierros donde la tenía pegada, y dando sacudones furiosos a la puerta'e fierro que estaba cerrada con llave? ¿Cuánto tiempo forcejié por abrir, sin saber qué hacer y muerto de miedo?... No sé... ¡Hasta que oí el último quejido, tan juerte como si me lo pegaran al oído, largo y triste, como pidiéndome auxilio! ¡Entonces solté los fierros, corrí ajuera del pantión, corrí hasta la puerta del camposanto, y seguí corriendo, loco, desbocado, nervioso, corriendo, corriendo, en la mitad de la noche oscura, por el camino del pueblo...

Corriendo me debí de calmar un poco, y en la mitá del camino, cuando iba a llegar al pueblo, pienso un poco y digo yo, sin dejar de caminar a tranco largo; —«*Y ahora ¿adónde vas, Aranda? —A la casa de la viuda Fuente. —¿Y a qué? —A pedirle la llave de su pantión. —¿Para qué? —¡Porque hay un ruido adentro...! —¡Un ruido! ¡Te van a tratar de loco! ¡Juna fresca!*».

Acorté el tranco y ya empecé a titubear. Yo soy

tímido, padre, y más con esa gente rica y mandona. Uno es pobre, canejo, y a juersa de recibir desprecios al fin se hace como esos perros mal trataos, que siempre se arriman cobardones, de miedo que les suelten una patada. Y yo decía *«¿Y si te crén y se vienen todos al cementerio y abrimos y después no hay nada? ¡Juna, que papelón! ¡Y a esta hora, que debe ser el filo de medianoche! Y al fin y al cabo ¿a vos quién te mete en estos líos, que a lo mejor son pura figuración del miedo que tenés en el cuerpo?»*...

Pero no por eso me paré ni volví ancas, porque me retemblaba en el oído aquel quejido largo, como pidiendo auxilio, parecido a los que yo había oído pegar en la guerra del Paraguay a los moribundos, y aquel quejido malo me pinchaba, y me perseguía, y me picaneaba de atrás para que siguiese. Pero cuanto más cerca estaba, más iba perdiendo el coraje, y cuando llegué a la puerta de la casa de la viuda, que estaba callada y oscura, como todo el pueblo... miré todas las ventanas a ver si había luz, tosí juerte, pasié por la vereda, y al fin me arrimé a un poste y pensé qué haría... ¿Cré usté que me animé por fin a golpiar el llamador de fierro que hay allí mesmo? ¡Di ande! Dije: *«Como están todos durmiendo me voy... hasta mañana»*... Y me quise volver.

La casa estaba a la mitá de la calle, y cuando llegué a la esquina, me suena en la memoria el chillido, pego la güelta y... paso por delante de la casa sin llamar, hasta la otra esquina; y allí güelvo a acordarme y güelvo a la casa... y paso de largo de nuevo, sin poder irme, ni tampoco poder llamar, como atado con cadena; y así me pasé un rato déle vueltas por la calle... ¡Perra cobardía de un hombre, canejo! ¡Vergüenza me debía de dar! ¡Y entonces hice un esfuerzo y me pegué un empujón a mí mesmo y digo: «*Aranda, no sías gallina, que vas a despertar a toda la calle y te van a sacar a palos!...*».

Y agarrando el llamador, llamé. Sonó el golpe como un tiro. Y llamé otra vez más juerte.

—¡Qué hay!

Conocí la voz rezongona del Petizo, un pión de allí que abría un postiguito de la puerta, y le dije:

—Soy Aranda, el sepulturero...

—¿Y qué carancho te come... a estas horas?

Yo casi le grito de sopetón: *Gritan adentro del pantión de los muertos*; pero me di cuenta y me atajé, y le dije:

—¡Necesito hablar con la señora!

—¡Con la señora a estas horas... a cobrar, seguro!

¡Juna! ¡Vos estás borracho, la gran perra! ¡Marchá

a tu casa, canejo!...

Y va y hace seña de cerrar el postigo.

—¡Petizo! —le grité yo con toda el alma—. ¡No cierre! ¡Por favor! ¡Preciso hablar con la señora! ¡Es cosa urgente! ¡Por amor de Dios, la gran flauta, no me vaya a...! ¡No cierre, le digo!

Entonces mismo oigo abrir una puerta y una voz enojada que decía:

—¿Qué pasa allí abajo? ¿Ni este rato que me había sosegado me van a dejar dormir?...

—Es el viejo Aranda —gritó el peón—, que debe de estar tomado y viene a pedir no sé qué historias... pero que va a ligar un rebencazo, si embroma mucho...

—¡Señora! —le grité yo desesperao—: ¡Atiéndame, que preciso hablar con usted! ¡No me deje ajuera, que es muy importante! ¡Por su hija se lo pido! ¡El pantión! ¡Óigame un momento, señora, y no me cierre! ¡Óigame! ¡Por su hija! ¡Por amor de Dios se lo pido!...

—¡Dios! —gritó allá arriba la voz enojada y filosa como un chiflido de víbora—. ¡Dios me quitó mi hija! ¡El único amparo que tenía! ¡Yo daba limosna a los pobres y a la Iglesia! ¡Que vayan a pedirle ahora a Dios que los mantenga... si es que hay Dios en el cielo! ¡No hay! ¡Que vayan a pedir

amparo a otra parte... a otro techo que los cobije... o que se yelen ahí afuera y se mueran de frío... como se quedó mi hija! ¡Nunca más doy limosna! ¡Ya lo dije! ¡Nunca más!...

¡Plamm!

Sonó un portazo arriba; y en seguida se cerró retumbando también la ventanita; y lo mismo seguí sintiendo un rato allá dentro los gritos de la mujer.

¿Por qué me huí entonces, padre? ¿Por qué me escapé? ¿Por qué no insistí? ¿Por qué salí corriendo avergonzado y furioso, despechado con el desaire y maldiciendo a la viuda y al piñón y a mí y a quién me metió en la cabeza la ocurrencia de ir allá? ¿Por qué me acosté si no iba a poder dormir, de todos modos? ¿Por qué no juí al otro día al pantiñón, ni me arrimé siquiera, de rabia? ¿Por qué procuré olvidar todas esas cosas, y las olvidé no más, y no pensé más, y me pasé los dos años sin querer recordar ni hacer decir una misa siquiera por el alma?... Yo veo que he hecho mal, padre, y desde hace un mes que no duermo porque he visto la barbaridad que hice y ahora sí que he hecho decir misas, pero no se me va por nada de la conciencia ese peso... y ese ahogo... y esa pena...

Yo interrumpí al viejo sepulturero. Estaba cansado y yo estupefacto. No entendía muy bien

aquello, ni en qué diablos consistía el pecado del pobre hombre, qué demonio de temor le había entrado de un mes acá ni qué valor había de dar a aquella narración del cementerio, como a todas las historias que me contaba la supersticiosa gente criolla. Empecé a consolarlo y a animarlo, diciéndole que no fuese más de noche al cementerio, que supiese que no tenía obligación de hacer decir ninguna misa, por más gemidos que oyese y... al fin, viendo que me escuchaba callado, le dije que ésas eran supersticiones y que eso le acontece a un hombre por valiente que sea, figurarse ruidos o quejidos cuando está asustado... y que en fin, todo aquello «*le había parecido no más*»...

—¡No! —dijo el viejo con un verdadero grito—. ¡No, no, no! ¡No, padre! ¿No sabe? ¿No sabe que hace un mes abrimos el pantión de la viuda, que se quería llevar a Buenos Aires las cenizas de su hija, y estaba adentro del cajón toda retorcida, con los vestidos rotos, un brazo quebrado y los puñados de pelos arrancados en las manos güesudas? ¡No ve, padre, que la enterraron viva... y que yo tengo culpa... y que no lo sabe nadie más que Dios, que me está viendo!... ¡Jesús, María y José, y el ánima bendita de la pobre que murió desesperada, me quieran perdonar lo que hice, porque jué sin querer...

y porque soy un pobre paisano tímido... y me rechazaron de su casa!

Y dando un sollozo, dejó caer la cabeza sobre mi brazo, aterrado.

Los muertos

Una vez una pobre india subía cansadaza la cuesta de la serranía. Portaba ojotas y un viejo batón negro, y cuatro o cinco sayas y enaguas encimadas contra el frío. Su casa quedaba lejos, allá arriba, más arriba l'última casa del último carbonero, por donde la roca cabra no tiene más pinos, y cerca donde el glaciar derrite en vano su vidrio horrendo. ¡El pico de Las Ánimas! La vieja sabía muy bien que allá arriba en el glaciar de acero penaban los espíritus, y que por eso se veían resbalar sus sombras pálidas sobre el campo de hielo las noches con luna. La abuela se lo había contado, y su padre cuántas veces lo habrá visto. La pobre vieja no tenía más a nadie en el mundo, y era más vieja que el hambre, nacida allá por los tiempos de Ñaupá. Pateándola ligero hasta arriba cada día se calentaba, y allá encendía una gran hojarasca y se ponía a hilar vicuña. De eso vivía hacía años, y de resignación y humildad. Qué lejos, qué lejos quedaban los días de su niñez, y cuando supo haber un rayo de sol en su cuarto, que casi siempre fue en alegrarse del contento de otros, rejuntar huesos de la mesa'l banquete ajeno. Y aquel domingo era muy por demás tristón, como todos los domingos.

El cura había predicado de cosas tristes, de la muerte y del infierno. La Chacha siempre le había temido a los muertos. La india Chacha pensaba en su vida trabajosa, y encima la muerte y el infierno. Se le había ya muerto todo lo suyo, y la vida del pobre sabía decir el finao su padre era un infierno. La Chacha sabía pensar mucho todos los sermones, no teniendo con quién hablar, pero aquel día todo se le volvía amargura. «*Poder hacer algún bien mientras estamoh en vida*», era el final, que el cura había escandido reciamente. Y la mujer empezó a hablarse en voz alta, como era su costumbre desde que estaba sola.

«*Si al menos pudieses hacer algún bien a alguno, sería vida, Chacha —dijo—. No has hecho ningún bien en tu vida, y por eso ahora no tienes nadie. Si al menos tuvieses alguna amiga con quien hablar los domingos, si no mejor morirse*».

Su Juan en vida le supo alguna vez pegar, pero qué tiene que ver con estar sola. Su padre había muerto ella muchacha, Dios le haya perdonado, y su madre ella no llegara a conocerla. Supo tener unas ovejitas y crio un guanaco. Pero ahora para no morir de hambre tenía que hilar todo el día cuando las vecinas le daban qué; y los dedos partidos y los ojos viejos eran más bien los que ya no daban.

Si tuviese plata para criar un perrito o un gato, un pobre cuzco sarnoso y guacho. La vieja comenzó a pensar amargamente que debía haber hecho su rancho allá abajo, contra el camino. A lo mejor un día habría podido dar alojamiento a un *perdiosero*. Si su casa estuviese en poblado, un día un señor de afuera podía haber entrado a pedir un vaso de agua. Si estuviese entre gente podría ayudar en su enfermedad a alguna vecina pobre. Las tres cosas que el cura dijo que hasta el más pobre podía; ¡y ella cuándo! A causa de su padre que había abandonado el pueblo, y hecho en la soledad su asiento.

El desespero es una cosa que crece cayendo, nos libre Dios de un resbalón por él. «*Para qué vivo: yo para qué vivo*», decía la vieja torciéndose las manos: y el abismo junto al cual corría, la llamó. Ella sabía que una vecina le maldeseó que muriese: más de una quizá. Aunque ella no podía negar que había muchas que hilaban mejor qu'ella. Ni eso sabía hacer. Las lágrimas le caían manso por toda la cara. Siempre había sido fea, fea y sonsa. Le daba gana de tirarse al suelo allí mismo y dejarse morir de pena. La cuesta se le hacía insoportablemente dura y enhiesta, como las cosas que se deben hacer sin saber por qué. Tiró el trozo de pan que no había acabado, pues ni siquiera podía tragarlo. La vieja no tenía muchas

ideas, pero esa del cura de hacer algún bien en la vida no se le iba de la cabeza, y se le iba remolinando de suerte que ella misma tuvo miedo. «*El que estás allá'rrriba* —gritó con una voz que ella misma malconoció—, *para qué me has puesto aquí bajo si no puedo hacer bien denguno. Para eso sería mucho mejor volverse piedra como estas piedras...*». ¿Y cómo no malconocerla, si no venía de su garganta, mas del hontanar más hondo del alma allí donde Dios está y las puertas de la Muerte, cargada de esa tensión violenta que hace intervenir a Dios o al diablo automáticamente? Como cuando Job dijo Maldito Sea el Día que Nací, que Dios le supo contestar desde el turbión.

No había trepado arriba 10 jadeantes pasos, huyendo su deseo de mal morir, cuando vio venir la Chacha por el lao la cuesta Las Ánimas donde camino no hay, quién sabe donde, a modo de un árbol seco o una figura. Se paró a mirar medio desconfiándole. Era un franciscano que viene a paso tranco, ojos bajos, y, cosa rara, no se le veían los pies, como si los escondiera. Alto, flacón, moreno, nunca lo viera ella, ni lo conocía: supo conocer el padre Montilla y el padre Cano; pero él la miró y tenía ojos negros, duros. «*Ave María Purísima*», dijo ella, pero él la paró; y le preguntó muy afable, siendo

seguro de pajuera, para dónde iba.

Ella le contestó que nunca se había casado ni amigado con nadie, que había trabajado todo sus posibles, que había rezado hasta de sobra, que cada domingo de Dios en el último banco de la iglesia no faltaba a misa, y que estaba segura que si allí mismo se caía muerta, el cura ni siquiera notaría el otro domingo que faltaba ella. Pero eso no le importaba, hecha como estaba al llanto. Lo triste era que allí donde vivía no había nadie, persona ni alimaña viva, ¿y a quién poder hacer algún bien de Dios? Merecían morir, había dicho el señor cura, los que se iban de este mundo sin por nadie haber hecho nada.

Pero el franciscano le dijo:

«—*Eso dices vos que no hay nadie*».

Juntó la yema al pulgar y el índice el fraile, y a ella se los puso delante del ojo como un antiojo, diciéndole que mirase para el río de hielo, para el lado el Horrible glaciar donde están los espíritus dañados. Pero la vieja cerró rápido los ojos diciendo: «*Habrá allacito alguien, pero no desos que el verlos sea permitido. ¡No en mis días!*». Y apretaba los párpados. Porque no es nada seguro meterse con los muertos. Mas el fraile porfiaba, y le dice con una voz que daba miedo:

«—*Si no esta vez, ya nunca tendrás ocasión,*

mujer, de ver lo que estoy yo viendo agorita. ¡Mira!».

Mujer era pero curiosa, y así a pesar del temor abrió los ojos; y vio algo blando y blanco que contra Lo Blanco bullía. Primero no alcanzaba a discernir nada, pero ya se movió toda la nieve, y picachos de hielo y chafalonía. Eran los espíritus de los dañados penando en aquel frío. Miles y miles. Unos enterrados en el hielo hasta los pechos, otros sacando no más las mechas, otros que ya querían volar, y caían de nuevo sobre la nieve pluf con un tumbo blando. Había unos turbios y grises, la figura ñublosa e incierta como neblina, y éstos tenían como grillos de fierro y pataleaban por liberarse; otros eran blanco mate, y estaban inmóviles como piedras de sal, sólo a ratos se retorcían; pero otros, y eran los que ya querían volar, eran a modo de cristal transluciente.

Vea usted. La Chacha siempre había pensado que eran cubos nomás de hielo, agujas salvajes, resquebrajones puntudos, aristas y rombos arropados de nieve y revueltos y que los grandes gases grises durmiendo eran nubes de lluvia asentadas; y eran en vez racimos de muertos más blancos que un agua al sol, prendidos todos de la barranca bruta como témpanos. Quién sabe por qué, les daba por colgarse en cadena de los pies uno de otro, y dormirse en

columna de cristal. Otros en vez se descoyuntaban como ciempiés y se amontonaban en forma de geometría: historia de buscar la vuelta de aliviar el frío. A veces se abrazaban entr'ellos, pero se soltaban súbito como quemaduras, a causa de lo helado que estaban. Habían viejos y jóvenes, niños y también muchachas y también indios. Pero los jóvenes sin juventud. Combados como viejos y cara pajizos; los viejos en vez alegres y vivarachos: todos tiritando azules los pies de helor. La Chacha sabiendo lo que es descalza sobre la nieve, se sentía estar que de lástima se le redetía el alma. ¡Qué tenía que ver lo que ella sufría!

«—*¿Hay permiso para hacer algún bien a esa gente endolorida?*» —preguntó al fraile.

«—*Nunca está prohibido bienhacer al bienhechor, ni amar al que ama*» —respondió él con voz de trueno. Y la vieja tembló, porque esa voz como un cuchillo, al sonar barrió todos los espíritus, y los dejó otra vez de hielo. Miró al lado, y el fraile se había ido sin más explicaciones; pero ella lo que viera visto estaba.

La viejuca d'entró en casa piensa que te piensa. Quería hallar cómo acudir a aquella gente que sufrían. Se sentó en su tablar, esponjó la lana, tomó la lanzadera y le dio con el pie a la rueda, asunto de

hacer un ponchito para la mujer del comisario. Pero apenas telar y manos comenzaron a marchar solos, volvió a pensar en los espíritus, que le parecía no había manera. ¡Quién iba a subir hasta'llá, y menos ella! De tanto pensar y pensar, no tenía tiempo para sentirse sola, y el tiempo se le fue aquel día con el hilo; y al atardecer halló que había tejido doble, y sabía ya lo que hacer por los espíritus pecadores.

Al día siguiente qué hace: bajó al poblado, entregó el trabajo, y se proveyó de una entera brazada de velas benditas y el doble de leña; y como todo pesaba mucho, cuando volvió era de noche. La puerta del rancho parecía hielo. Adentro el frío cortaba. Moverse no cuesta plata, y la vieja era flacona y enérgica. Llevó su cama a la cocina, encendió una hoguera inmensa en el fogón, barrió su cuarto y lo adornó con santos, cirios y flores como para visitas. Al fin prendió todos los cirios y abrió la puerta de par en par al tremendo frío; y un rectángulo de luz tendió adelante una alfombra rojiza sobre la nieve. De mientras no hacía más que rezar todos sus rezos, y cantar todos los cánticos del Mes de María y el Tantú Mergo y el Adorado Sea para darse coraje. Alzó su rosario, se metió en la cocina, se acostó como siempre vestida, y esperó... Era un lunes dedicado a las Benditas Ánimas del Purgatorio.

Apenas comenzaba a adormilar, oyó un crujido sordo, y algo que venía del glaciario abajo. El hielo crujía como pasos sordos, apagados. A pesar de su sordera, la Chacha oyó claramente que *Eso* se arrimaba a su choza, y lo oyó chocar contra el ángulo sur donde no hay paso. *Eso* era muelle y sigiloso, y caminaba a saltitos. Rodeó todo el rancho. Tembló la ventana. Tembló la india, de miedo. *Eso* se recostó despacito por la puerta, como quien no se anima' entrar, y se quedó delante los quebrachos crepitantes encogido. Croó dos veces un lechuzón.

La vieja se sintió enloquecer de miedo, saltó de la cama y se lanza dentro la claridad roja, a cerrar la puerta de un golpe. «*No puedo tanto —decía—. Por qué dios me han de ocurrir a mí sola estas cosas tan fieras*». Trancó tiritando. Y ya se volvió a la cama. Pero no empezaba a quererse dormir, cuando la alcanzó el arrepiento. Oía tristes resuellos, y crujidos de cosas que se iban, y un momento le pareció que había un largo sollozo en el viento. Pobres, con este frío. «*Vieja bruja —empezó a decirse alto—, se ve que no tienes hijo, porque no sabes tener lástima del que sufre*», que era lo que le había ayer una vecina dicho.

La única vez en su vida que alguien le hacía caso, la tentación fue muy mucho fuerte. «*Te vas a levantar*

ahora mismo, y le abres la puerta aunque sea el diablo, amalaya después te caigas muerta del susto». Hablando sola despalancó los batientes; y llamaba los horribles muertos alejándose, tiernamente, como cuando pastoreaba en el valle: *«Vengan mis corderos. Dónde se han ido ellos».*

*«Mis corderas mis corderas dónde están.
Vengan p'acá ricura.
Porque el sol y las nubitas ya se van.
Y cái la noche oscura»,*

y otros cariños, con la certeza brutal que si veía el diablo, se tumbaba redonda en el umbral.

Ganó de nuevo el colchón, se arrebujó y esperó en silencio.

Un largo quejido suspiroso. ¿De ella?

Pero esta vez no fueron pasos sino Algo inmenso que se colaba por la puerta a empujones, tan lleno el cuarto que zumbaban las endijas. Otro bufido, y otra manga que entra, apretujando los otros, que el techo quería saltarse haciendo cancha. El fogón se hizo un incendio, y la vieja sintió el calor llegar hast'ella. Y se durmió serenita rezando el rosario.

Al romper el sol la mañana, alguien cantaba en el rancho; y era la Chacha que barría la ceniza, pues ni

un pucho de vela ni un sebito habían los espíritus dejado. Era poco. ¿Cómo procurarse más leña? La Chacha se puso al quehacer. Y ya se había acordado de una relación que supo cantar cuando moza al ruido del telar.

El anillo que te truje
nunca te lo vi pusido
si nunca te lo poniste,
ay, para qué te lo he trujido.

El anillo que me diste
tiene forma de serpiente:
La cabeza de oro fino, ay
y en la boca está la muerte, ayayay
y en la boca está la muerte.

Así, hasta el resol. Y entonces, bajar al poblado saltando a lo cabra. Su vida transfigurada tenía ya un objeto. El trabajo rendía doble, y no lo sentía, por poder calentar sus hijos los desamparados muertos. Las muchachas blancas y rosadas y las mujeres con hijos no tienen tiempo para los que sufren; pero ella estaba libre y vacía. Los jóvenes tienen que vivir la vida, pero los viejos, si no se acuerdan ellos de Dios, quién se va acordar. Ella nunca había sido

joven, desde la cuna había nacido y siempre vivido vieja. Su hermano Juan le había dicho eso, y después se fue a la conscripción y no volvió jamás, y ella había perdonado y olvidado. Ahora le venía de nuevo a mientes, pero ahora con alegría. Siempre vieja. Siempre vieja seca desierta y vacía. Vieja siempre. Vieja sonsa.

Por supuesto que el Leñero y la Santera repararon por las compras de la vieja ya dobladas, y charlando un día maliciaron la causa: de puro vieja se iba enfriando, y menudeaba el trabajo y el fuego. D'ende la Santera le vino la idea de no cobrarle nunca sino la mitad del importe sin decirle nada —ganaba lo mismo—; y pensó que acaso Dios le tendría en cuenta eso para sus muertos, y por su lengua de víbora que había dicho cosas horribles muchas veces a la india chiflada, borrachona, hija de borracho, india inútil, y cuando se murió su hermano Juan, bruja. Mas la india parecía olvidada. Tan levantada y contenta ya vivía, que le había pasado el miedo a los insultos. Hasta el cura mismo la trató con cariño, el sábado al confesar le empezó a hablar, y le dio dos consejos: uno, huir las ocasiones; otro, acordarse que la muerte no anda lejos, justamente lo único que la Chacha había toda la vida hecho. Mas la vieja se repetía una y otra vez palabra a palabra los dos

consejos misteriosos y dulces.

Así le pasó el invierno como un soplo; y fue ese invierno la única primavera que en esta vida conoció. Ahora hablaba con las vecinas, y como estaba alegre, ellas contestaban bien. Ahora el trabajo cundía y sus ojos cegatos no se sabe cómo, no erraban punto. Se dio cuenta que los hombres en el fondo son buenos, sólo no tienen tiempo para hacer el bien; pero cuando otro lo hace, reconocen. Todas las noches cantaban los gozos de San Antonio, y al levantarse ni una astilla, ni una gota de sebo que los espíritus no se hubiesen comido, barría la ceniza y listo. Y así acabó.

El primer domingo de primavera sería cerca el día de las Ánimas, su puesto en la capilla vacó. El segundo domingo igual, y entonces dos hombres, Fabián Conde y Guadalupe, subieron al glaciar a ver. Por supuesto estaba muerta, y era la primera vez que faltó a misa en su vida. Dos semanas muerta, enterrarla cuanto antes; aunque de puro seca hueso y piel, nadita hedía.

La enterraron la noche misma, y natural sin funeral de primera. Era una noche argentina y clara, comienzo de octubre, lunes. Y está bien que la india, que como hija de alcohólico, era según dicho del poblado, medio dada a ver lo que no era, viera un día

en pleno día un fraile flacón, alto, negro, de ojos de diamante. Pero los dos hombres, juna maula, don Fabián Conde que estaba en ayuna, y Guadalupe el sepulturero que en su perra vida probó la chicha a no ser en algunos bautizos y fiestas grandes, vel'hai otra vez al fraile entre las cruces, con un gran libro negro en la mano, muy garifo y templado él. Venía a echarle los oremos y kirielejos a la muerta, qu'ellos por no despertar al cura se habían olvidado. Canturreó inacabable, de aquí p'allá, meta responsos, y le aguantaron horas y horas, respondiendo a destiempo *AMÉN* cada y cuando el fraile frenaba; porque ellos del Padre Nuestro y Santa María no sabían más que el final.

Y cuando acabó, levantó despacio el fraile la diestra como para bendecir, y les señaló la cuesta de Las Ánimas, el glaciar fragoso y la eterna nieve.

La nieve había hecho una mortaja de virgen. Encima d'ella, había miles y miles de velas prendidas, candelitas de oro, candelitas de oro. ¡Las ánimas! Y había detrás una inmensa hoguera rubia, una invasión tibia de fuego y plata, toda la plata en fusión del Famatina. «*¡Vean nomás la vieja —gritó Guadalupe— uá ella! En su perra vida se supo hacer querer de nadie, y ahora cad'ánima bendita le ha prendido cien velas pa festejarla*».

El fraile se fue. La aurora rompía, y toda la nieve
y el hielo estaban color rosa.

Innsbruck, Día de Muertos, 1934.

Nuestro Señor y San Pedro

Nadie puede negar —y así empieza el dicho de Nuestro Señor y San Pedro— que arriba no es como abajo. Bien lo supo Nuestro Señor y San Pedro cuando después de su vida trabajosa acá abajo llegaron allá arriba.

San Pedro se acordaba de cuando andaban pidiendo limosna de puerta en puerta y cómo predicaban sin que nadie les hiciese caso. Recordaba las noches sin abrigo, las comidas escasas o dudosas, las grandes trotiadas, y los patrones que no pagaban el trabajo o regatiaban ruinmente. No era lo mismo estar ahora vagueando por el cielo sin hacer nada, gozando la fresca. Una de las cosas de más gusto del cielo para él consistía el sentarse en un tronco o tajo con su guitarra, el mate *aláu*^[1], y una fuente de tortas fritas, jamón, cañadoble y otras golosinas: y ponerse a milongear las horas muertas desta suerte:

*Afanosamente voy
por una mina de fe
a una cosa que no soy
que no quiero y que no sé.*

Desde la cuna y la nana

afanosamente voy
buscando un cierto mañana
que sea mejor que el hoy.

Pues mi madre me asegura
que por un túnel de fe
se llega hasta la ventura
de la luz que no se ve...

Despojado, ciego, inerme
sin lázaro y sin convoy
tengo que llegar a hacerme
una cosa que no soy.

Una cosa que no quiero
porque tengo que tirar
cuanto soy y cuanto espero
al albur de un grande azar.

Y comprar echando el resto
una cosa que no sé
la gema que no se ve
y el tesoro inmanifiesto:
oh mi Dios que entiendes esto
y en mí estás y tan lejano
mete de una vez la mano
pues yo me confieso lodo

rómpeme una vez del todo
cirujano soberano
insoportable gusano
de una vez... ¡Qué importa el modo!

O a veces más a lo criollo ansina:

Quien me diera quien me diera
aunque fuese manco o rengo
que tenga lo que no tengo
y lo que tuve tuviera,
ay y lo que tuve tuviera.

Lo que tuve me ha gustado
y lo que tengo me gusta
tener y *tuvir* no ajusta
caduno va por su lado.

Lo presente es de mi agrado
pero lo pasado lloro,
lo que ha de venir imploro
y así estoy siempre colgado
del presente del pasado
y del porvenir que añoro,
ay y del porvenir que añoro.

Y todo lo demás que se sigue. ¡Vida grande!

San Pedro se reía pensando cómo una vez quiso bajar fuego del cielo. ¡Bastante fuego había en la tierra! Le daban ahora lástima los hombres. San Pedro no acababa de comprender cómo diablo no se venían todos, sin restar uno, al cielo. ¡Qué les cuesta sufrir un poco!

Es que él tuvo también la oportunidad de un milagro llamado la Figuración. Un día que estaba rezongando con otros tres, Nuestro Señor lo sacó aparte y empezaron los dos a subir una montaña muy alta —porque San Pedro debía ser el jefe de la postolicidad—. Cruzaron monte y quebrada, valle y cuesta. Tenían que subir a ratos trepando a cuatro patas, y a ratos con un peligro bárbaro, al'ao de *precipisos* angostitos, en sin-zás, sin ver nada, entre árboles. Dejaron abajo la arboleda y el camino y se fue derecho Nuestro Señor a un punto, y recogió un pajarito helado. Se ve que sabía dónde estaba, pues cuando cae muerto un pájaro, ya Dios lo supo. Era uno desos pancita colorada, que llaman pitirrojo. San Pedro ya daba mediavuelta creyendo listo el viaje, y le dice Nuestro Señor que hay-subir lo menos el doble todavía. El pobre San Pedro se cinchó rezongando y lo seguía a resoplidos, las piernas duras, que se boleaban borracho, los riñones endoloridos; pensando que todo el rancho del día iba

ser un pajarito para dos, y a cada rato con gana de preguntarle a Jesucristo si no era hora de volver a casa. Pero les faltaba la mitad del monte Josef-Maní.

Y bueno. Después de un camino horroroso, que no cuento por no alargar, llegaron a un muro de piedra, que nadie podrá franquiarse. Allí le explicó Nuestro Señor que ese muro circunvalaba veinte leguas, todo igual, y que era inútil rodiarlo, no había entrada, y atrás dél estaba el cielo. Pero a San Pedro se le hacía dificultoso. Todo aquel que haya sufrido con paciencia en esta vida, pasará el muro de un modo que nadie puede saber. Pero San Pedro es desos que si no toco no creo, como consta por la Resurrección, y no acababa de convencerse. Ahora mismo estaba en el Paraíso, pensaba San Pedro riendo, y todavía se le hacía mentira.

Entonces Nuestro Señor para convencerlo bolió el pajarito helado y lo arrojó arriba el tapial como un cascote. Y vel'hai, apenas el chingolo d'entró al cielo, comenzó a volar en cercos, y San Pedro oye un cantito milagroso, un gorjeo de dulzura que ni calandria ni urú que fuera, y era el chingolo resucitado apenas ni olió el cielo, que ensayaba su primer trino. Gran flauta. San Pedro le dijo al Señor: *«Nos bajamos y nos volvemos, y lo que haya que sufrir se sufrirá con aguante, pues ahora he visto*

que realmente en el cielo está el triunfo de la Vida».

Ajayay maula. Pero algún día hay que volver la tortilla, pues no hay valle sin cuesta, ni taba sin... basta. Sin eso: que yo ya veo que hay criaturas entre mi oiditorio. Y eso sucedió casualmente en este día que cuento. Era al atardecer. Y Nuestro Señor estaba en su sillón de oro, dentra un ángel, y se le arrodilla siete veces, con la noticia que a San Pedro le pasaba algo serio. No come, anda pálido, huye la compañía, no va a las funciones, y sus vecinos de cama le oyen a modo'e quejido, él que nunca hizo más que roncar, y un dormir de angelito. Se le ha preguntado en efecto, y no quiere abrir la boca. Dónde está, Dios lo sabe: no se le ve ni en misa.

Salió Nuestro Señor a campiarlo por todo el cielo y nada. Ni rastro.

Al fin de los fines lo aguaytó allá por donde el diablo perdió el poncho, tirado en un rincón de un modo lastimero: pues había roto sus talaes, y derramado ceniza por toda su cabeza, con el rostro en las manos y entre el polvo.

«—Qué te pasa, San Pedro».

Cómo estaría de triste que ni contestar supo. Entonces vieron los ángeles algo grande, cosa de asustar. Nuestro Señor sentado 'nel suelo a la vera dél, como cuando estaban los dos en vida,

preguntándole con mucho cariño lo que tenía; pues es sabido que cuando el Señor estuvo en vida, jamás supo ver sufrir alguien sin tomar parte. Entonces San Pedro agarra su corona de oro y las llaves del cielo y las arroja rodando hasta los pies de Nuestro Señor, mesmo como un pibe maleducau; mas Nuestro Señor no se le enojó por eso. *«Éste es el premio que me esperaba después de tantos afanes»*, dijo San Pedro furioso; y Nuestro Señor le dijo a ver si podía tan siquiera contestar una vez que se le pregunta a las personas. Pero San Pedro estaba tan mal que lo desacató como seis veces a Jesucristo. *«Yo lo único que quiero es que me dejen solo y d'irme de aquí. Eso es lo único que quiero»*.

«—Te irás del cielo —dijo Jesucristo— dónde y cómo te agrade, del momento que me hayas dicho qu'es lo que te duele. Ésa es la cuestión». Y Jesucristo a lo mejor lo sabía; pero Él gusta que hable la gente: porque hablando se entiende uno. *«Éste es el cielo que me ha tocado —rezongaba el otro—. No sé qué clase de ley de Dios puede ser ésa»*. Y Jesucristo: *«Ya t'hé dicho que la puerta aquí no hay llave, y aquí no nos gusta nadie por fuerza; pero eso sí, no te habrás de ir antes de decirme qué te come. Para todo hay remedio, hombre, menos para la muerte. Y para Dios, ni la misma muerte es*

muerte...».

Al fin se abrió San Pedro, y era que tenía su madre todavía viva, y su madre había muerto, y no había ido al cielo. Ahora le tocó la vez de entristecerse a Jesucristo. ¿Quién va a pagarse una madre? Fue inútil que tratara de consolarlo, y no era para menos; porque San Pedro decía que amor de madre, lo demás es aire. Resulta que la viejita había sabido ser medio arrimada a la plata, y así no había pobre que tocara a su puerta que no lo sacase a tiros; y eso lo sabía muy bien Jesucristo, aunque no quisiera decirlo por no afligir más a San Pedro. Los dos vareaban un camino del cielo, ida y vuelta, entre canteros floridos y árboles de naranja en flor, pero San Pedro sin contestar y cabezbajo, que no sé siquiera si escuchaba; y eso que las palabras de Jesucristo son siempre de vida eterna. Pero palabras son siempre palabras; y San Pedro quería envez que su madre en el punto y hora entrase al cielo. «¿Y quién sabe si se alegrará de vivir en el cielo?», decía Cristo. «¿Y quién no se va a alegrar en el cielo?», decía San Pedro. Y eso que San Pedro debía saber, que quien no se alegra del bien ajeno, no se puede alegrar tampoco de ver la cara de Dios, que es el Bien de todos. Pero Jesucristo pacientaba, porque veía que San Pedro estaba tan triste que hablaba lo

que no sabía.

Asunto arreglado. Jesucristo mandó un ángel para el infierno, con encargo de traerse la madre San Pedro. Y San Pedro desconfiado siempre queriendo verlo —pues so trataba de un caso ya nunca visto—, se salieron los dos para la orilla del Abismo, que era un precipicio de piedra bruta, y se tendieron con cuidado al borde. Era tan temeridá de hondo, que los rayos del sol no llegaban al fondo, y así el piso era una pura felpuda tiñebra; y San Pedro no veía d'entrada nada. Sólo el ángel, que todavía estaba en camino, se divisaba por la mitad como una taca, como una luztérniga, como un gusanoluz con una orolia de resplandor contra la barranca negra; allá mismo. Con eso y todo que se había dejado caer como bala, no había llegado aún a la mitad; sólo de vez en cuando soslayaba un poco el ala, para no caer tan seco: y su claridad de ángel a medida que él llegaba, iba echando un poco de fulgor en aquel boquerón de tinta.

Millanares de gusaneras de dañados, prendidos a las paredes y afelpando el suelo como murciélagos empezaron a dibujarse d'entre la oscuridad del antro. Era aquello un inmenso galpón de rocas negras de cuarzo o de basalto angulosas, horriblemente duras y lustrosas, cuadradas o triángulo o estrella, con todas

las formas de la geometría menos redondo. Y allí estaban. ¡Carancho! Todos inmóviles. Sólo alguno que otro quería torpemente trepar la barranca como una lumbriz, y caía enseguida redondo sin un grito y sin ruido. Y vuelta a querer subir de nuevo, agarrándose con manos, pies y dientes, y vuelta a caer, y vuelta a querer desesperar subir en silencio rabioso. Había uno parado sobre un montón de cadáveres alzados los ojos y los brazos al cielo, inmóvil, como una estatua de la tristeza y el inútil arrepentimiento. Era Judas. Había miles de panzas al suelo, como heridos de una batalla, como sabían estar los pescados en las redes del pescador. Pero lo que más le dolió a San Pedro fue la cantidad enorme d'ellos.

De repente uno percató al ángel, que flotaba como una palomita sobre el negrerío, y dando un salto prodigioso empezó a gritar «¡A mí! ¡Arriba, arriba!». En todo aquel cienagal prendió la vida como un incendio. Todos gritaban a la vez, y arriba llegaba como el ruido del mar. Una ola inmensa recorría la charca, hinchándose por donde el ángel pasaba, porque todos corrían allá como un rayo, y se apilotaban como esos nidales de arañas que se ven entre árbol y árbol. Pero el ángel se cernía serenito, patinando en caracol, buscando cómo sacar a la

madre San Pedro. San Pedro dijo que se ha de ver todavía que no la encuentra en tanto burdel, pero Cristo le dijo que se estase quieto, que no debía tener el menor cuidado, porque vel'hai el ángel la había divisado en medio un montón flacón de avarientos. Ya en eso, cataplún, como un tiro de fusil el ángel sihunde, la ciñe a la vieja como una pareja, y de un solo avalance se alza al aire como un halcón con su presa lo menos 200 metros. Pero por ligero que el ángel fuera —y fue una luz—, dos docenas de malditos se le había ya prendido a la vieja de los garrones, exactamente según dicen el número que se salvaran si la vieja hubiera sido limosnera. Porque los ricos está escrito que no pueden ir al cielo de a solos. Dos docenas de malditos se le habían ya prendido a la vieja de los garrones. Y el ángel levantó no más todo el racimo. Y qu'iba hacer, digamén.

Como un puntito blanco subía a todo galope aumentando por instantes. Entonces divisaron San Pedro y el Señor que la viejita estaba haciendo algo que a mí no me gustó, y a ustedes no les va a gustar tampoco. Comenzó a sacudirse la pollera para tumbarlos los colados, a manera cuando en el pericón la pareja simula limpiarse el barro. Creerán que fue por descargar al ángel no fuera con el peso a

quebrarse, pero ¡qué!, si el ángel subía sin mayor esfuerzo, sólo a ratos metiendo un alazo al costao a lo sáballo cuando salta, o como aguilucho que se levanta una culebra. En mitá'camino la vieja sacudió un rodillazo haciendo volar cuatro. Y todo el pelotón que quedó le pedía a la madre San Pedro por amor de Dios los dejase subir con ella.

Quién ablandará el corazón de un judío: y eso que ésta no fue judía sino cristiana y madre de cristiandad. Pero yo les certifico que la angurria de plata hace un cristiano peor que judío. A los cimbrones los hacía saltar a los malditos de sus pies de sus rodillas de su cintura uno a uno, y el ángel a medida que caían, esto era lo raro, volaba más lerdón como si el peso creciera en vez de amenguar, él se iba cansando y quebrantando todo, grandes aletazos como quien nada contra corriente. De modo y manera que cuando no quedó más que uno, el ángel se quedó inmóvil cerniendo casi al ras del cielo.

Ésta era una mujer perdida, que al cuello le iba prendida, como se ve un hombre de un caballo en un río, y con la boca en la oreja de la vieja tupidamente le iba rogando que por su santo hijo y por sus senos de madre no la lanzase a ruina. Que ella era madre también como la señora. Cuentan que esta misma mujer le pidió limosna en vano a la vieja el mismo

día que se dio a la mala vida, allá en la otra vida. Sea como sea, tal envi6n le dio la usurera con las manos y tal corcovo con el espinazo que la avent6 a la otra hembra abajo, s6lo que 6sta manoti6, y se le qued6 prendida apenas del ruedo del vestido con una uña. Y al mismo tiempo el 6ngel, que estaba ya atracando al cielo, como que San Pedro lo estaba casi por tocar, zaf6... y se hundi6 abajo cosa de cinco varas.

San Pedro se desprendi6 el cinto, y le grit6 al 6ngel, como quien anda salvando un augao. Pero el 6ngel alz6 la testa y San Pedro vio estremecido que sus ojos estaban m6s negros que la noche. ¡6guila divina, no la sueltes! En ese punto la madre San Pedro le plant6 a la otra una gran coz en la cara, 6sta se llev6 la mano al ojo, y se desplom6 maldici6ndola. En el mismo punto y parpadeo, el 6ngel solt6 todo, y las dos malas mujeres cayeron para siempre al abismo, dando aullidos largamente y tumbos. «*Se hundieron desaparecidamente*», como dice el alem6n, sin poderse traducir al criollo. «*Sie die beide Dirne versanken*».

San Pedro demor6 un tiempo cabeza abajo con las manos sotendidas, gimiendo. Despu6s se incorpor6, se limpi6 la tierra, y volvi6se al Señor con bilis. «*¡Qu6 cielo es 6ste —dijo—, donde no se*

puede ayudar a sus semejantes! ¡Qué paraíso puede ser esto, que yo ni a mi misma madre pueda traer conmigo!».

Pero aquí San Pedro vio que se había pasado. La mirada de Nuestro Señor estaba aún tan triste como cuando murió en la cruz, pero un relámpago de diamante en ella que San Pedro vio —Jesucristo estaba aún más furioso que triste—. Como dicen que va a volver. Así como es de bueno, así también cuando se enoja Nuestro Señor es un tigre. «*Parece mentira San Pedro, siempre habrás de ser cabezudo —le dijo—. ¿Qué más quisiera Yo que todos viniesen al cielo? ¿No comprendes que Yo para eso sólo bajé al mundo, para posiblar el Amor a los hombres, y que se quieran un poco un al otro? ¿Y que cuando ellos después de todo esto amarse todavía no puedan, ni la tierra ni el cielo, ni un ángel, ni San Pedro, ni Yo mismo podemos sacarlos de su infierno?».*

Innsbruck, 1934.

Vidas sin luz

Reverendo padre:

... De ninguna manera quiero que vaya a ver a mi familia... Yo no sé cómo ha sabido usted que vivía en esa ciudad donde lo han mandado. Pero yo le prohíbo que vaya a hablarles de mí —me he muerto hace mucho para ellos— o a intentar *unirnos*, como usted dice, porque hay cosas que una vez rotas, nunca más se pueden soldar. Nada de lo que existe fuera de estas paredes negras y eternamente cerradas, de estos viejos corredores, estos patios tristes y descuidados y este cielo aburrido que contemplo a través de las rejas tiene ya nada que ver conmigo; ni yo quiero saber nada con el mundo y los hombres y mi *familia*. Si me han hecho algún bien, Dios se lo pague; y el mal que me han hecho, yo ya se lo he perdonado...

¡El mal que me han hecho! Ellos no lo saben, ni creo que puedan saberlo nunca... Yo fui, padre, la penúltima hija y la única de todas que nació fea y pecosa y debilucha, así como soy todavía ahora. Mis tres hermanas no lo eran y mis hermanos tampoco. Y por eso, desde chica, mis hermanas siempre se burlaban de mí y me llamaban la *Pecosa* y ninguno se

ponía a favor mío, si no es mi hermano Pedro, algunas veces...

Y como yo era tímida y sensible, por eso creo que crecí así siempre, retraída, esquiva y mustia, como una flor con poca agua. Así que me han hecho mucho mal, padre, sin saberlo ellos tal vez; pero por ventura ¿no tenía yo derecho a que me quisieran?... Mi padre sí me quería, y recuerdo que cuando pequeña, cuando todavía me duraban las ilusiones de mis triunfos escolares —porque era la más adelantada de la clase y les ganaba a mis hermanos, y estaba muy ufana de eso—, salía yo todas las tardes corriendo a esperarlo en la esquina con mis notas en la mano, mientras él llegaba, ¡el pobre diablo!, con su paso lento y desgachado, de la escuela donde era profesor...

Pero él tampoco nunca se ocupó demasiado de mí ni me pudo entender, y mi triste vida me fue separando paso a paso de él, como de todos, y llegué al fin a despreciarlo y reírme, igual que mis hermanas, de sus largos discursos contra los curas y la religión y de aquella frase famosa que siempre decía: «*Lo he dicho y lo diré. ¡Los nuevos tiempos barrerán con todos los tiranos del pensamiento!*».

Mi madre lo trataba mal y lo retaba; y él se pasaba las horas fuera de casa en el club, con cuatro

o cinco amigos, maestros como él de la Normal, que también se burlaban de él, como conocí dolorosamente un día, desde una mesita cercana a donde estaban ellos: «*Llamálo a Mendizábal* —dijo uno. —*¿Para qué? ¿Para que venga a fregarnos con su perorata?* —*¿Para hacer que hable del pensamiento libre y después que pague el vermouth...!*».

Le digo esto no por hablar mal de nadie, sino para que vea que yo no tuve en esta vida nadie que me llevara de la mano. Y muchas veces me sentía muy sola y desamparada y sentía la necesidad de alguno que me defendiera contra las cosas duras de esta vida y en cuyo corazón yo reclinara la cabeza, que sentía débil y cansada... Pero nunca encontré ese apoyo, sino despego y frialdad, porque ya en la escuela todos me decían *Pecosa*, como mis hermanos; y como yo me ponía colorada y lloraba por cualquier cosa, me embromaban para reírse de mí, y ninguno me defendía; y mi corazón se replegaba cada día más en sí mismo, como una sensitiva, en esas dos casas donde no hallaba calor... No me gustaba jugar con nadie, no iba al cine con mis hermanas y mi madre —mi madre era loca por el cine —, me resistía a ir a las fiestas y a las visitas, pues que me mirase nada más la gente me daba vergüenza,

y así todas me decían que era una pavota y una corta... Y por eso yo no quería a ninguno de los de casa, sino a la Antonia, la sirvienta, que era una muchacha mala, y me hizo mucho mal y enseñó cosas malas. Pero yo ¿qué iba a hacer, padre? Yo creo que no sabía que había Dios; nadie me había enseñado a rezar. Y por eso quiero tanto a la madre Clemencia, que me enseñó que hay Dios, que es padre nuestro, y que hay la Virgen María, Madre de los grandes pecadores; que me tuvo cariño, que me llamó Lucía y no *Pecosa*, que me enseñó a confesar y comulgar, en ese tiempo terrible en que recién había llegado a esta sombría cárcel, y la idea de matarme se clavaba en mi cabeza como un clavo de fuego que no me dejaba ni de noche ni de día...

Hoy día estoy mejor, padre, y ya no llamo a la muerte sino que la espero; porque eso no es pecado. Porque yo he sido muy mala y lo soy todavía. Recuerdo cómo me pasaba las horas muertas en el jardín, cada vez más solitaria y retraída; y echaba maíz a las gallinas y cuando se acercaban, de golpe, con una varita larga y flexible, les daba un guascazo fuerte, y salían cacareando y volando despavoridas entre un alboroto de plumas arrancadas. Así que pronto todas huían de mí como del zorro; y mi madre que me pilló un día, me castigó y retó mucho, y a toda

la casa y a las visitas les contaba el caso, muy indignada: —«¿Sabes quién me desplumaba las gallinas? Creíamos que era el perro, jugando... ¡Pues esta señorita! ¡Jesús María con la zonza!»... Y era que yo sentía, padre, una especie de placer en hacer sufrir, y me gustaba; y cuando cazaba una mariposa, la pinchaba con un alfiler, no para guardarla, como nos decía la maestra, sino para verla sacudirse, y aletear y ajarse; como si quisiera que pagara los alfilerazos que yo recibía cada día en el corazón. Y así se hizo maligno mi corazón; hasta ahora, que quiero ser buena y comulgo, siento a veces que me invade, que me impregna toda, como una oleada agria y triste, ese placer mórbido, agudo y cruel de hacer sufrir, de hacer mal... ¡Pobre de mí, padre!

Pero a mí nadie me ha defendido, nadie. Una vez —qué tristeza me da acordarme de estas cosas—, una vez me llevaron a un picnic que hacía mi familia con otros amigos, porque Clotilde, mi hermana mayor, se había comprometido esos días. Yo le tenía envidia a ella, que era tan linda, y festejada, y era tan querida de mamá, que le hacía siempre hermosos vestidos; pero no la odiaba, porque entonces tenía yo 13 años y no odiaba a nadie todavía. Y aquel día me puse contenta, jugando con mis primas y otras chicas bajo

los grandes árboles sombríos y florecidos de la Isleta del Tiro, donde estábamos; corriendo como una loca sobre el pasto verde y húmedo y buscando caracoles en el arroyo y niditos de cachilos en las matas de paja brava... ¡Qué lindo vivir así siempre, si una tuviera con quién jugar, que no la ofendiese ni avergonzase nunca!... Había hecho un gran ramo de margaritas y helechos y pensaba volver a casa cantando por el camino como una locuela, y que desde entonces todo sería de otra manera, porque yo me haría amiga de mis primas y saldría con ellas... ¡Pero qué diferente fue mi vuelta!

¡Cuando una no tiene suerte, padre, donde quiera que pone el pie se hunde! Por la tarde, una señora que llaman «la casamentera», se empeñó en armar un *baile infantil* y juntó a todos los muchachos ariscos que andaban travesando con las hondas y pescando; y a las niñas que jugábamos sentadas en un grueso tronco caído para hacernos bailar, decía ella, el pericón. Todas encontraron en seguida pareja; menos yo, la pecosa, la tímida, que quedé sola contra el tronco, haciéndome la desentendida y mirando a otra parte, pero con los ojos llenos de lágrimas. Entonces oí que la casamentera, la zonza, decía:

«—Roberto, ¿por qué no acompañás vos a Lucía?

—¿A ésa? —dijo el muchacho— ¿a ésa fea y pecosa? ¡Muchas gracias...!».

Yo me fui de allí, de miedo que me vieran llorar; porque todos, todos se echaron a reír... ¡Y mi madre también!

Aquel día me asesinaron, padre.

¡Qué vuelta aquella, con mi hermana Regina y otras niñas, acurrucada en un rincón del coche, devorando en silencio mi amargo y feroz desconsuelo, que casi ni me dejaba oír las carcajadas alegres y los gritos de ellas, las felices!; hasta que se fijó en mí mi primita María y dijo:

—¡Qué callada viene Lucía!

—Mirá —me dijo mi hermana—: tenés sangre en los labios. Limpiátelos.

—¿Sangre? —pregunté aturdida—. ¿De qué?

—De mordértelos, seguramente, tonta.

—¿Por qué se los muerde? —interrogó la niña.

—¡De vergonzosa que es, la zonza! ¡Es una pavota! No sabe conducirse delante de la gente. A mí me da rabia tener que estar con ella delante de la gente...

Un sollozo mío cortó el diálogo, y las lágrimas que había tragado toda la tarde se desbordaron por fin y corrieron por mi cara pecosa, roja de vergüenza...

Y lloré de nuevo en casa, en un rincón de la huerta, esperando inútilmente que alguno, echándome de menos, me buscara y consolara... y lloré otra vez por la noche en la cama, sin poder dormir, toda estremecida de dolor y de rabia, ahogando en la almohada los suspiros que parecían bramidos y sintiendo en mi pobre corazón, que el dolor hacía perverso, unos inmensos deseos de desquitarme, de ser mala, de hundirlos, de tramar una venganza cruel, como las que leía en las novelas.

¿Le dije, padre, que yo leía muchas novelas? Desde chica empecé a leerlas, para divertirme. Las leía ávidamente, desesperadamente, todo el día; primero las de Carolina Invernizzio y Carlota Bronté que tenía mi madre, después otras que yo compraba a escondidas... Me sumía en ese mundo encantador y dulce, tan distinto del que yo vivía, y lloraba mucho a veces, cuando encontraba algunos personajes que se parecían a mí. Esos dulces y palpitantes libros me daban placer, un placer ficticio y engañoso, como un sueño que pasa; pero al fin el único placer que tuve en mi vida. Las leía hasta acostada, desojándome a la luz de una vela, y luego, a oscuras, me ponía a soñar despierta largas horas, soñar que yo era como aquellas muchachas hermosas y felices y que también me querían, y que venía el amor, rubio y gentil y

llenaba de luz rosada toda mi vida pobre y oscura.

Y me parecía más pobre y oscura aún, cuando dejaba el libro y tenía que volver a trajinar, entre las importunaciones de mi madre y mi hermana, que me llamaban *holgazana* y *princesa*, porque las dejaba solas en los trabajos de casa. Y así cada día me fui separando más de ellas y hallando más lejos y más extraña la casa... Era una cosa triste; pero irremediable y fatal, que yo no podía evitar ni sabía cómo... Era como si hubiéramos echado por dos caminos en ángulo, que a cada paso nos separaban más y aumentaban el abismo entre nosotros. Yo tenía la sensación oscura pero indudable de ese abismo, cada vez que pensaba; pero había que tener paciencia y seguir caminando adelante, adelante, sin saber adónde. Padre, una vez leí un verso muy triste, que me hizo llorar muchas lágrimas, porque me parecía la historia de mi vida. Yo lo sé de memoria, aunque lo leí aquel día y nunca más. Decía así:

*«El búcaro en que muere esa flor pura
un golpe de abanico lo quebró;
y tan ligera fue la rozadura
que ni el más leve ruido se advirtió.*

Pero la breve imperceptible grieta

*con marcha lenta y precisión fatal
prosiguiendo tenaz su obra secreta
rodeó todo el circuito de cristal.*

*El agua fue cayendo gota a gota
y la espléndida flor marchita veis;
aunque nadie lo sabe ni lo nota
roto el búcaro está; ¡no lo toquéis!*

*Así a veces la mano más querida
nos roza sutilmente el corazón
y lenta se abre la secreta herida
y se mustia la flor de la ilusión...*

*Todos lo juzgan sano, entero, fuerte,
mas la oculta lesión creciendo va;
nadie su mal desconocido advierte,
pero no lo toquéis ¡roto ya está!».*

No vaya a creer, padre, que yo quería este estado tan triste... Muchas veces tenía yo desesperados deseos de encauzar mi vida que se torcía... Me daban unos ataques de ternura a veces y pensaba en ir a mi madre, y abrazarla y besarla llorando y decirle que era mi madrecita y yo su hijita, y que la querría mucho, y no sería holgazana más, y la obedecería, y no me casaría nunca con nadie, sino que me quedaría

para cuidarla a ella y a papá, viejecitos; con tal que me quisiera y no me dijera nunca, nunca *Pecosa*; y después contarle todo, todo lo que me pasaba hasta que sentía algunas veces rencor contra ella... ¡pero que yo lo echaba, lo echaba siempre!...

¡Pero qué vanos e impotentes planes! Toda mi ternura se deshacía como un humo ni bien tocaba la realidad, ni bien veía a mi madre y oía sus agrias palabras o sus recriminaciones injustas... ¡Y ella me quería sin duda, que al fin era mi madre y tal vez todos sus reproches querían curarme de ese negro alejamiento que su corazón de madre debía ver o presentir en mí!... Pero era para peor. Yo no la adulaba ni le andaba atrás como mis hermanas, para conseguir vestidos y sombreros, sino que recibía los que me daban con orgullosa indiferencia, y ella siempre decía: «*¡Pero qué despegada y malquerida es esta hija! ¡Jesús María! ¡Yo no sé a quién sale! ¡Tan cariñosas como son sus hermanas...!*».

Y así fue inútil y nunca pude derramar el corazón en ella. ¿Y en mis hermanos?... ¡Mis hermanos! Los dos eran groseros y malcriados; y hablaban en la mesa, a pesar de las señas imperativas de mi padre, de cosas que avergonzaban a nosotras... hasta que nos acostumbramos... ¿Y mi padre?... Con él sí tenía ocasión de hablar, porque quedábamos largas horas

juntos y solos cuando mi madre y mis hermanas iban a la función o al baile... Porque mi madre iba mucho; y bailaba muy bien, y como era muy hermosa y bien conservada, muchos se extrañaban cómo se había ido a casar con mi padre, «el pobre Mendizábal»... Y algunas veces murmuraban de ella. Una vez llegó a mi padre un anónimo, de letra de mujer, y mi madre lloró, y mis hermanas gritaron y mi padre no sabía qué hacer. El pobre, todo indignado, quería llevar el infame papelito a la comisaría, para procesar a la que sospechaban autora, sin ver que así lo daba a la publicidad y se cubría de vergüenza... A mí me daba asco ese barullo y no me metí y seguí leyendo mi novela, CONFESIÓN, de Hugo Conway. ¡Que se arreglaran!... Mi padre, ¡qué sabía! Mi padre no vivía en este mundo, sino en el mundo de sus libros, de sus amigotes, y de sus discursos anticlericales.

Y así, aunque largas horas estábamos juntos en la biblioteca, apenas hablábamos, porque yo veía que no me iba a entender y ¿por dónde iba yo a empezar? Y así pasábamos, yo leyendo y él leyendo o hablándome de cosas que no me importaban nada...

Así se arrastró mi juventud, turbia y sin luz y sin quien me guiara; y de ese modo ¿cómo no había yo de perder el camino y caer en algún pozo?... —Usted sabe, padre, la sangrienta historia. Me engañaron y

maté al engañador... ¡Maldito sea él, que venía a mentir, y yo pensé que era por fin el amor, rubio y gentil, que venía!... ¡Oh, los días de fiebre, la resolución furiosa, el trueno de aquella arma, el horror de la sangre, la gente, los tribunales, la vergüenza!... Mejor es que no piense en eso, porque me pongo loca y pienso por qué Dios... ¡No, Dios es bueno y yo sola soy la culpable!

Y justamente padezco y sangra mi corazón tanto.

¡Que esa sangre, junta con la de Cristo, borre mis pecados! La religión que usted, padre, me enseñó, vendó mis heridas; pero no las curó, porque no se pueden curar, y todos los días chorrean sangre las vendas. Con sangre escribo esta carta, porque ¡sufro tanto contando esto!, pero necesito hacerlo, necesito contar mis tristes cosas a alguno, porque me oprimen el corazón como un montón de escombros, y me ahogan. ¿Y a quién mejor que a usted que fue padre compasivo de mi alma y a quien no voy a ver nunca jamás? Porque si hubiera de verlo de nuevo, me moriría de vergüenza de contarlas...

Pero no se empeñe, padre, en sus proyectos locos. Aunque me llevaran donde nadie me conozca o se olvide la gente de mi infamia, mi alma, padre, está cansada; no quiere salir de aquí y verse de nuevo en tumultos ciegos; porque no retoñará nunca jamás,

como un árbol podrido... No tengo ganas, ni fuerzas, ni ilusión ya. Es como si todos los resortes de mi alma estuvieran quebrados. ¡No quiero, no quiero, no puedo! Convéncese y agradezca por mí a esa santa señora, que quiere recibirme. Así como en el cuerpo, hay también enfermedades incurables en el alma: heridas que no se cierran, úlceras que no se cicatrizan... La mía está muy llagada; está manchada, está turbia, y toda el agua del mundo no bastaría para clarificarla... Está turbia hasta la raíz, impregnada de tristeza y vergüenza, y nunca, nunca, recobrará su virginidad juvenil... Es inútil, padre, roto el búcaro está; no lo toquéis...

Si mi hijito hubiera vivido, por él estaría yo aún unida al mundo. Pero ahora no hay nada en él que tenga que ver conmigo. Deje en paz mi familia, padre. Mi familia son pobres mujeres criminales como yo, náufragas como yo, borra de la sociedad, vaso de todas las vergüenzas, con quienes me une la comunión de una misma inagotable tristeza... Yo me quedaré siempre entre ellas procurando hacerles bien y salvarlas, para que Dios me perdone y me salve... Algunas son muy malas, pero lo prefiero... vivir con ellas antes que con mis hermanas... ¡Ellas son peores! Algunas veces, cuando las olas perversas invaden mi pobre corazón, yo pienso que ellas, que

me insultaron cuando vieron mi deshonra, y me abandonaron cuando caí en la cárcel, ellas son peores; que ellas tienen la culpa de la muerte que yo hice, y además, de haber asesinado mi corazón... ¡Oh, perdón, padre, yo las perdono, pero sufro tanto!

Déjeme aquí escondida, esperando el sueño eterno, único que ha de dar descanso a mi dolor sin remedio. Ruegue a Dios mucho que tenga yo fuerza para aguantar y esperarlo.

Hasta el cielo.

Córdoba, en la Cárcel del Buen Pastor, 10 de octubre de 19...

Un criollo

—¿Y vos, en qué te fundás?

—En nada, patrón. En que es un hombre malo.

—¿Malo el negro Rojas? Salí de áhi. Cobarde será.

—Si usté hubiera visto la cara que puso el otro día, cuando usté se jué... los ojos cómo le relumbraban... ojos de gato onsa...

—Y yo ¿qué diba hacer? ¿No hice bien?

Un rebencazo es cosa triste y le duele a un hombre hacerla, pero ¿quién sino él tuvo la culpa?

—Él dijo: esto no le vi a perdonar, porque esto no se puede perdonar, él dijo. Y dice Sandalio: —*¿Y pa qué le lastimas el tordillo del patrón, vos? ¿No está prodibido usarlo los piones, nosotros?* —Y él no dice nada... Pero es malo, malo, no más... Tené cuidao, patrón, vos... Es como iguana, patrón, que muerde cayao, pero una vez que muerde, no larga...

El indiecito Cleto estaba hasta enloquecido porque se ve que le tenía cariño a don Policarpo Castro. Pero don Poli era valiente, demasiado valiente y tenía mucha confianza en sí mismo para hacerle caso. Alto, delgado, bien hecho, barba negra y rala, derechito, tranquilo, algo pachorriento, el

capataz de la estancia Las Garzas era un hombre. Me acuerdo la primera vez que lo vi —yo era un chico—, fue en el puerto de Goya, bajando de un vaporcito, con la mano vendada y los ojos chicos y negros ardiendo de fiebre. Le preguntaron:

—¿Qué le pasa, don?

—He perdido un dedo...

—¿Cómo ha sido?

Entonces contó que había ido, estando en la isla, a cuerear un vacuno que se había muerto, y, cortándolo, se lastimó un dedo. Y al estar estaquiando el cuero, viene un peón y le dice:

—Oiga, patrón. Usté está perdido.

—¿Qué?

—Se ha cortado en el dedo grande y ese animal ha muerto de grano malo.

—¿De carbunclo?

—Eso es. Y usté ya está contagiado, fundido.

—Vas a ver —dijo don Poli.

En Las Garzas todos los hombres de campo llevan machete paraguayo, grande y pesado, para *picadas* y cortar la caña de azúcar.

El capataz apoyó la mano encima de un poste, lo desenvainó, vaciló un momento, revoleó y ¡paf!, hizo saltar el dedo pulgar de un hachazo. Se puso barro en el dedo y salió aullando, machete en mano.

—Y lo mejor hubiera sido cortar toda la mano — concluyó— porque creo que ha corrido la ponzoña, y tengo jiebre y ardo. A lo mejor me muero...

No se murió. Ni de ésta ni de la del negro Rojas. Éste era un mulato petiso y morrudo, ojos atravesados, que habían admitido meses antes en la estancia, y no servía, por descuidado y matón. Así que lo iban a echar y el capataz se lo había dicho. Y lo vio venir un día a caballo, estando él rodeando la yeguada para elegir para las hijas del patrón unas potrancas lindas, mansas y *deandar*. Le gritó:

—¿Qué querés? Bajate a ayudar.

—Arrímese acá, capataz, que tengo un mandato urgente del patrón pa usté. Tome —dijo el correntino humildemente.

Y cuando lo tuvo junto a él, con su sombrero y unas riendas en la mano, todo sudado, echó Rojas a un lado de un sacudón el poncho, sacó la mano con el machete empuñado, y le tiró a la cabeza, de arriba abajo, un golpe furibundo. El capataz se vino al suelo redondo y el asesino salió disparando a todo escape, con la precipitación desesperada del criminal, que no se anima ni a mirar a su víctima.

Pero don Poli se levantó al rato, se encasquetó fuertemente el chambergo, alzó los puños y gritó:

—¡Te ví a agarrar algún día a vos! ¡Te ví a

agarrar en limpio! ¡Dispará no más! ¡Correntino tenías que ser!

Y se fue a donde estaban las yeguas escapándosele.

—¡Asujetáte, lobuna! ¡Quieta, negra! ¡Atajáme por aquel lado aquella reyuna, vos, apurate ¿querés? —al peón que acudía presuroso—. No, si no jué nada, me caí... porque me caí, vos atendé aquí ¿querés? ¡Demonio! ¡A-ni-ma-les! ¡Aura vas a dejarlas escapar por ese lao, esués. ¡Por ese lao, te digo, animal!

Y después que acabó la tarea, se fue tambaleando al patrón y le dijo:

—¡Había sido traicionero el correntino! ¡Demonio! ¡Quién iba a creer!

—¡Qué fue!

—Esto.

Y agarrando el sombrero se lo sacó de un tirón; y un enorme cuajarón de sangre descendió por el pelo y los hombros. El machete no había partido el cráneo, como debió; instintivamente el capataz se había agachado y no le había alcanzado más que un tajo atroz, del occipucio a la frente, un refilón, como una caladura de sandía.

—¡Había sido traicionero el correntino! ¡Pero algún día va a cáir! Ahí ajuera están las yeguas,

patrón.

Y por eso mi abuela me decía, cuando yo me hacía una lastimadura y me iba deshecho en lágrimas:

—¡Llorón! Si sos varón de esta tierra, tenés que ser como don Policarpo Castro.

Y me contaba después este sucedido.

Santa Fe, 1923.

Tren de carga

Estas vacaciones he encontrado un payador. Yo creía que ya no existían y he encontrado uno legítimo y de primer orden. Es un viejo de nuestra estancia a quien dicen no sé por qué, *Tren de Carga*, muy bueno y muy piadoso, cosa rara en un criollo, que suelen ser, por ignorancia religiosa, o supersticiosos o descuidados. Ha rodado por el mundo y ha sido todo, desde tropero hasta sacristán, y ahora es puestero y esquilador. Debe ser un poeta, porque algunos de los versos que le oí son a mi parecer bastante buenos. Yo no le conocía la habilidad y solamente sabía que era buen guitarrero; al revés, me parecía el viejo medio zongo, por la manía que tiene de querer contestar en verso a todo lo que le dicen. Por ejemplo:

—¿Cómo va su vida, amigo?

—Mi vida va como el higo —contesta el viejo y explica después—: «*Que cuanto más arrugado y viejo, más dulce*». Otras veces dice: «*Ando como Juan Barriento, fundido pero contento*». Para decir que sí dice: «*Es cierto, dijo el escuerzo*», y para decir que no: «*Lo dudo, dijo el peludo*», o si no: «*No hay caso, dijo el picaso*». Algunas fórmulas de éstas las sabe de memoria, como cuando uno estornuda,

que siempre dice:

*«Salú y gracia y vino tinto
y un patacón en el cinto»,*

que son las cosas que él desea al interlocutor, y las que, según su opinión, bastan para ser feliz un hombre.

Otras las improvisa *in promptu*, como ésta que le oí:

*«¿Adónde va tan apurao, compadre
como potrillo atrás de la madre?».*

Tren de Carga tiene un ejemplar de MARTÍN FIERRO, bisunto de tanto usarlo, y creo que se lo sabe de memoria. Dice que Martín Fierro fue el mejor payador del mundo, y que su padre, que fue de Dolores y murió en la del Paraguay, lo conoció.

El cura que lo crio y del que fue monaguillo le enseñó a leer y a ir a la iglesia. Yo lo encontraba todos los días a la salida de la misión que daba en la estancia un padre redentorista, pensativo y serio, y me extrañaba, hasta que un día Nacho, mi hermano, le dijo:

—*Tren*, ¿por qué viene tanto a la misión, si usted ya es santo?

—Yo no soy santo, niño. Y yo no vengo a la misión para ser santo sino para hacer milongas.

—¿Cómo?

—Sí, de cada sermón que oigo, hago una milonga. ¿Usted creé que se pueden inventar versos a cualquier hora? No, sino cuando uno anda entusiasmado y el mate le hierve con las cosas que usted ha óido a un hombre sabio o ha léido...

Porque también la yerba no da jugo, sino con el agua hirviendo. Eche agua fría en el mate, y verá...

Y entonces lo comprometimos, aunque se hizo mucho de rogar, a que nos dijese a los dos los sermones que sabía en milonga, y fuimos un domingo a la tarde al puesto. Se sentó muy remolón y reacio, agarró la guitarra y nunca empezaba. Al fin dijo:

—Ahora va un sermón de un padre jesuita, muy bien plantao y con una voz de trueno que no me acuerdo cómo se llamaba.

Y cantó:

No debe el hombre pecar
aunque el mundo se desplome
debe perder lo que come

y hacer, si se ve impelido,
como el zorro perseguido
que escapa aunque se deslome.

—¿Y se acabó el sermón? —dije yo.

—¿Y qué más quiere, niño? Esto jue el sermón, déle vuelta por aquí, déle vuelta por allá, pero siempre tocante a eso. Claro que el padre, como era léido, le ponía más *firuletes* y palabras lindas, y un cuentito ahora y un grito después; pero esto jue el caracú del sermón. Ahora, que yo lo digo en pelo y el padre con sobrecincha.

—Adelante.

—Otro:

Todo bicho tiene padres
porque así Dios lo ha previsto,
¿qué hará un pichón desprovisto
si ni puede alzar el vuelo?
Yo padres tengo en el cielo
que son la Virgen y Cristo.

—¡Bravo!

—Va otro:

Para sanar el resfrío
la malva blanca es sigura
y para sanar el alma
confesarse con un cura.

—Éste no me gusta —dijo Nacho—, porque ¿qué
tiene que ver el resfrío con el alma?

—Ahí va otro, niño:

Nunca pequés con decir:
«*Me confesaré mañana*», ay, ay, ay,
Me confesaré mañana,
¡Quién sabe esta noche mesma,
no traiga la muerte en ancas! Ay, ay, ay.
No traiga la muerte en ancas...

—¡Ése sí!

—Lo hice cuando murió Selaya de una rodada de
caballo. ¿Quieren otro?

Esta vida es un camino
que el hombre va caminando,
va pa sus pagos rumbiando,
va pal cielo o pal infierno
y llegará... ¡Dios eterno!

pero naide sabe cuándo.

Y aquí el viejo resbaló la mano de arriba rapidísimamente sobre los trastes e hizo con la otra llorar a la guitarra un estilo bordoneado y dormilón, que llenaba el corazón de dulce melancolía.

—¡Ah, viejo! ¡Quién iba a decir...!

—Y va la última, niño.

Tiene el güeno la esperanza
que el penar se va a acabar,
que su premio ha de llegar
que será dulce su muerte
¡Canario, y se pone juerte
como un tigre pa peliar...!

Hay que peliar con los trances
desta vida toda engaño.
Ayer es gusto y hoy daño.
Hoy dulce y mañana cruda
¡como culebra se muda...
y más de una vez por año!

Con el temor del infierno
que nunca se ha de apagar
enfréname, Cristo mío,

pa que no pueda faltar
porque soy duro de boca
y me suelo desbocar.

Hay que saber manejarse
y saber tomar las cosas...
al gato por el pescuezo
y a la iguana por la cola;
al conejo, las orejas,
la víbora por la boca,
la lechuza por las alas
y el mancarrón por la sogá.

a Dios se lo agarra, amigo
por el rezo y por las obras
y por el Santo Rosario
que es un lazo que Él no corta.

Y después, por haber tenido *Tren de Carga* la
paciencia de repetírmelas todas para que las apuntase
en la libreta, en recompensa le enseñé a corregir los
versos...

—Mirá, *Tren*, este verso es largo, no consta, tiene
nueve sílabas. ¿No notás?

—Es cierto, niño.

—Se cuenta así, con los dedos...

—Ajá, niño.

Santa Fe, 1924.

Secundum simile huic

En mi pueblo supo haber cuando yo era chico — ahora está todo cambiado, es una ciudad como la gente fina— una paraguaya llamada *Anestasia*. Tuvo un hermano llamado Estacio y ella se llamaba precisamente Anestasia, o como le decía el doctor Malueña, el médico socialista, Anestesia, lo cual la enfurecía, sin saberse por qué. Ésta era una mujer caritativísima. No tenía ninguna otra virtud, ni casada por la Iglesia quizá fuera, pero tenía un corazón que de compasivo llegaba a la absurdidad. Hacía bien por hacer bien. Una vez le regaló una quinta entera — media concesión— a un italiano con cinco hijos solamente porque sí, y esto es certísimo, lo sé por mi madre. Tuvo que venirse la india a Santa Fe para una operación y dejó su espléndida quinta-frutales, para que la cuidaran, a una pareja de italianos con cinco criaturas que no tenían donde caerse muertos, donándoles todo el alquiler y el usufructo lo cual ya era generosidad y no pamplinas. Mas cuando volvió del sur sana, le dio tanto gusto ver a los gringuitos prendidos a la tierra como suelen los aquí venidos, como garrapata mosca; tenía el corazón lleno de Dios por su salud recuperada; tenía otra quinta, hijos no

tenía ni la plata la hacía feliz demasiado; qué caray, como le contaba ella a mi madre, «*me dio lástima echarlos viéndolos tan acomodaditos*»; ¡les regaló la quinta! Los dejó que siguiesen viviendo y ellos no tardando en pedirle escritura, los obedeció puntualmente. Pues esto, que NO se ha de llamar limosna de ningún modo, pues es una cosa muy más alta, es un gesto señorial, un ademán de señor de sí mismo y de las cosas —que en griego Aristóteles llama nada menos que megalopsiquía y sobre ello discurren mucho los doctos («*magnanimitas dicit respectum ad magna. Magnanimitas est ornatus omnium virtutum*»)—, esto que hizo con toda naturalidad con el italiano, se lo contó Anastasia a mi madre, y quizá a nadie más en el mundo, por pura casualidad un día, y como si tal cosa. Si alguno le dijera que eso estaba bien, ella ya lo sabía. Si alguno de aquellos doctos le dijera que eso era algo grande, más que una virtud una amplitud de ánimo que es ornato y fuente de todas las virtudes, no lo hubiera entendido.

Lo mismo que no se entendía del todo con el cura. Tenía sus devociones que ella aprendiera de sus tatas, los cuales a su vez de los *Payís* del Paraguay, de los legendarios *Payís* misioneros de antaño que ella nombraba con veneración infinita: primero iba a

dejar la misa del domingo que la oración al señor San Antonio, por ejemplo. Las cuales devociones al cura no siempre le parecían muy canónicas: como el *candombe* a San Baltazar, o el uso bastante sospechoso de los cuadros, medallas y aguas benditas, en cuya procura asomaba cada dos por tres por la sacristía, y en lo cual era mejor no la tocasen, pues se ponía como una furia.

El cura era un italiano, el padre Gandassi, muy buen hombre, muy entendido, muy honesto, un alma de Dios. Habrá sido un poco goloso y un poco arrimado al dinero, como buen cura de campaña, pero aun eso yo no lo creo, digan lo que quieran, porque yo de mi niñez recuerdo todo lo contrario, es como un perfume suave lo que se alza en mí al pronunciar su nombre; y además al morir dejó la mitad de sus pocos bienes a dos hermanos que tenía, la otra mitad a la Beneficencia para una sala en el Hospital; y que los hubiera juntado, unos 5000 ó 6000 pesos, qué tiene que ver, un hombre viejo y solo, nadie se lo puede achacar a avaricia, pues nadie sabemos lo que nos puede acontecer, Dios nos libre y guarde, en cualquier momento.

Digo esto para hacer entender las tribulaciones que pasó el padre Gandassi con la china Anastasia. El padre Gandassi era como si dijéramos el símbolo

de la religión canónica, jerárquica y jurisdiccional: la india, que era muy «religiosa» pero muy «religiosa», en el sentido especial que la gente del campo da a esta palabra, *más religiosa que el cura* como se atrevían a decir algunos insolentes malhablados, era como la «representanta» de la religión tradicional, familiar, natural e instintiva. Yo sé que en el catolicismo estas dos se funden en uno. Pero digan lo que digan los teólogos, a mí nadie me quita que se dan o pueden darse casos de disocie. La india tenía arrastre religioso sobre una cantidad de gente del bajo. En la canina vida ni el cura ni el concilio de Trento la iban a hacer creer a ella y a sus adherentes que una oración para este mal u otro, aprendida de su tata Gregorio, el cual la supo del tata viejo Bonifacio, el cual la repitió en la selva años y años habiéndola recibido de un *Paí* de las antiguas reducciones, iba a ser cosa mala. Ahora bien, la oración en su origen secular debió estar en latín; pero el latín del padre Gandassi —premio de Latín no obstante del Seminario de Chieri—, no llegaba ni de lejos a identificar esa serie china de sonos guturales pronunciados con una fuerza que tumbaba, que la india le recitó inocentemente un día sin sospechar que el cura la estaba examinando. El padre Gandassi, asustado por protestas de la gente fina de la

parroquia, por vagas descripciones —quizá exageradas— de *candombes* orgiásticos y velorios despampanantes, por rumores de medicaciones hechas con remedios fantásticos más oraciones, y otros murmurios de beatas, va y deja escapar imprudentemente algunas palabras mayores como «*Superstición*» «*prohibición absoluta*», «*puede llegar a pecado grave*», «*obligación de informar al obispo*», que debía ser verdad todo lo que quiera, mas produjeron un efecto espantoso. Simplemente, espantó para siempre la caza: levantó la liebre antes de cargar la escopeta.

La india se cerró en seco. Todo su ser suspicaz de bicho de monte irrumpió como un río. Cerró con llave al control del cura toda la confusa región de su religiosidad ruda pero intensa. En tanto su influjo sobre el pobrerío era cada vez mayor. Al cura nunca lo habían visto los *tapes* de por el Puerto ni la *negrada* de la Carbonera rezando dos o tres horas seguidas inmóvil al lado de una púérpera: muchos no lo habían visto ni en misa, la iglesia del pueblo siendo una cosa demasiado *caté* para sus motas, sus piojos y su haraperío. El cura nunca había curado un borracho crónico, con un agüita verde que echarle a hurto en el vino haciendo una crucita (zumo de flor de ombú). El cura sin pagar no casaba ni bautizaba,

mientras que para morir se es más importante que casarse —los *tapes* le tienen una aprensión cervical a las ceremonias del Registro Civil, por lo cual de ordinario en vez de casarse se *juntan*. Dios les ha de perdonar—. Doña Tasia para morir bien, apenas sonaba un agonizante estaba a su cabecera los días y noches enteras haciéndole toda clase de consuelos. Finalmente, el «mal». El cura no quería ni oír nombrar un «mal» y sin embargo el «mal» (neurosis) existe, y el que lo tiene sufre espantosamente, y el médico se ríe, y el cura no quiere saber nada.

Resultado: que después del susto de Ña Tasia oyéndose llamar «curandera» y «bruja» y su rompimiento con la religión oficial, empezó a surgir otra religión en el pueblo: al lado de la religión de los *copetudos*, que van a misa y si acaso matan de hambre al peón, la religión de los que malsabían el padrenuestro, si acaso, pero siendo pobres y brutos sospechaban vagamente que existían *cosas* detrás de las apariencias de esta nuestra vida dura, que había también otra vida, que los muertos no se acababan del todo, y que esto sabiendo —y era toda su Dogmática— en los días que la suerte los maltrataba, que eran unos 6 por lo menos cada semana, tenían el instinto de ayudarse entre ellos uniéndose y apretándose, como majada en intemperie. Y ésta era

toda su Moral. De esta religión primitiva, la fautora y jefa era, tal vez sin ella quererlo, doña Tasia.

El cura se desesperaba.

Ver que se le iba justamente la parte aquella de su rebaño que Jesucristo dijo ser primera, los míseros; y eso no a la deshilada, como se le van según creo a todos, o casi, los curas de esa zona, sino en masa y alzando bandera contra bandera —«*ña Tasia era milagrera y el cura no lo era; ña Tasia tenía remedios para todo, ña Tasia era buena como la ruda*»— el cura, no podía sufrirlo, pues como dije era un santo hombre. La china venía a la iglesia lo menos posible; y cuando venía era capaz de estar escuchándolo dos horas con sumiso continente pero sin hacer después lo que le predicaban más que si fuese un palo. Tentó el cura una salida desde el púlpito en un sermón dominical y la acabó de embarrar. Nunca lo hiciera. El golpe no tocó a los que visaba y desparramó en vez la noticia y el escándalo en el pueblo. El médico socialista se enteró, y lo hizo su comidilla apetitosa. Los alacranes que se reunían a despellejar al mundo en el café Leandro N. Alem tuvieron para semanas de chistes. La Logia Benjamín Franklin hizo el caso objeto de una solemne tenida, secreta por supuesto. Hace poco supe —entre paréntesis—, por confidencia *in*

articulo mortis, de uno de sus fundadores, que esta Logia Benjamín Franklin, hoy disuelta, que aterrorizó en su tiempo a nuestras abuelas —la mía creía firmemente que en ella aparecía el diablo—, no tenía sino estos tres objetos exclusivos, y en el fondo, si bien se mira, inofensivos:

1. Mandar plata a Buenos Aires, a la Logia Central Lautaro.

2. Ayudarse mutuamente en política, cuestión «puestos», «cuñas», etcétera.

3. Jorobar lo más posible al cura. Y a veces lo conseguían ¡vive Dios! como en ésta.

Yo era monaguillo el gran día en que el padre Gandassi se reconcilió por fin borrascosamente con ña Tasia, que no sólo volvió al redil, mas se convirtió dehoramás en una especie de diaconisa. Se reirán, pero para mi pueblo fue un gran día; hoy soy filósofo y sin embargo sigo creyéndolo grande. Lo que fue la cesación del Gran Cisma de Occidente (1377), para el Occidente, eso quizá fue ese día en proporción para la historia religiosa de mi pueblo; que hoy día, no es por alabar, pero, es una ciudad muy religiosa. Pasó así. La india vino a bendecir una Virgen del Carmen. Tendría sus cosas, pero eso sí: la india no iba a prescindir del cura para ello; y por ahí le llegó su acogote. Así como era de aferrada a no

dejar ni un punto de su religión tradicional, así tampoco era capaz de añadirle un punto, justamente como debe ser en una religión tradicional, según San Ireneo de Lyon: «*Nihil innovandum nisi quod traditum est*». Si ella llegara a bendecir el cuadro en vez de su enemigo, ella sabía perfectamente que «no valía». El porqué no lo sabría decir, pero ella categóricamente sabía (por su tata Gregorio y el Tata Viejo, y el Retata anterior y etcétera, etcétera, hasta el Paí de la Reducción), que no valía. Y basta.

Así que cuando el cura se le negó rotunda e inesperadamente («*aquí te tengo*»), a bendecirle más nada a no ser que ella prestase *juramento* de no hacer en adelante no sé cuantas cosas, aquí fue Troya. Se vio perdida, lloró, suplicó, alegó y gritó. Su comitiva (pues había venido como siempre con media tribu), reforzó el ataque, y se armó un batifondo en la iglesia, junto a la pila bautismal, por suerte solitaria. El cura mandaba latines y teología como sarampión. La vieja santona, que le daba tres vueltas con su lengua ladina, al habla cocoliche y tarda del cura, atrincherada en que «*naides podía negarle a ella, por ser una pobre china, la bendición de un cuadro Santo, comprado en lo doña Tinata y conforme a toda lay*». La cosa iba brava y para largo, porque era el duelo clásico del águila y la

ballena, que no puede terminar nunca pues pelean en distinto elemento. Pero eran dos almas de Dios; y los dos vieron después de enredadísimos y batifondales discursos que se podían entender, con esta condición: que se *tradujeran*. El cura fue el que lo vio primero; y cortando por lo sano, la llevó a su despacho para cortarle los *aliados*, adonde entré también yo solemnemente invitado como era costumbre cuando hablaba con mujeres.

Me parece estarlos viendo.

El cura sentado en su escritorio, gordito, cara redonda. La otra hecha una estantigua, con aquellas sayas sucias y aquel gran manto negro que la arropaba como una Sibila, más fea que un demonche. Pero no carecía de elocuencia a su modo. He aquí lo que dijo al cura, apenas pudo hablar que fue todo el tiempo:

—*Mi* padre, le voy a contar nada más esto — omito todas las zalameras frases de cumplido de criolla vieja bien hablada, que sería no acabar—: Las otras noches cuando la muerte de la pobre Ulogia, que usted la recordará, aquella del mal parto, que yo mesma lo llamé para los olios, cansada de dos noches sin dormir, que fue una piedad aquella criatura, me dormí como un tronco al lado mismo de la cama'e la muerta. Yo sabo soñar mucho, *mí* padre

—pronunciaba el *mí* muy acentuado, como si fuera pronombre personal; con todo lo demás del tonillo paraguayo—, y siempre sueño cosas de *vinificación* —el cura hizo aquí un gesto—, y aquella noche soñé algo que le va gustar. Fui, y un derrepente vide al Ángel... («*ma qué ánquel, qué ánquel, hay mucha clase de ánquele, doña Nastasia, y alguno son bueno y alguno son malo*», pero era inútil, la vieja le hacía tanto caso como oír llover), vide al ángel, vide al ángel, ¿y qué hacía el ángel? Estaba escribiendo una lista en un papel de seda. Y yo le dije, digo:

—¿Qué está escribiendo, mi Ángel?

—Estoy escribiendo —me dice—, todos los que aman a Dios.

—¿Y está mi nombre en la lista?

—¡No!

—Entonces —voy y le digo— mi Ángel, escriba mi nombre en la lista de los que aman al prójimo.

El Ángel se sonrió y se desapareció.

Yo me desperté asustada. Al lado mío la muerta Ulogia con una sola vela y un mal trapo encima. Solita su alma. Todos se habían ido, dejándome sola a velarla. Pero yo no tenía miedo porque estaba como *dormidiita* la pobre m'hija. No se sentía ni un solo ruido, estábamos en la mitad de la más negra noche, que parecía no haberse más de acabar. Me dormí de

nuevo, y derrepente veo otra vez a mi lado el Ángel ¡de lindo! Estaba escribiendo una larga lista en otro papel de seda.

Y ya voy y le digo:

—¿Qué está escribiendo mi Ángel?

—Estoy escribiendo —me dice—, esta vez el nombre de todos los que Dios ama.

—¿Y está mi nombre en la lista?

Y el Ángel no me dice nada, se da vuelta sonriendo, y me muestra su papel escrito de oro, que es nada menos según dicen el Libro de la Vida.

—¿Y estaba el nombre de usted? —preguntó el cura muy interesado.

—*Mí* padre —contestó ella solemnemente con la precisión y la tranquilidad de un oráculo—, *mí* padre: ¡estaba uno de los primeros!

—*¡Superbia luchiferina!*

El cura se quiso levantar de un golpe con este anatema de los labios: pero entonces ocurrió una cosa insignificante, una cosita de nada, una nonada que ocurre mil veces en la vida, y más al que es algo duro de lengua como el cura, y que sin embargo le dio qué pensar mucho tiempo. Se confundió de palabra. En vez de fulminar la fórmula condenatoria *¡Superbia luchiferina!*, le salieron, sin saber él mismo cómo, dos palabras latinas que había leído

esa mañana en el Evangelio de San Juan:

«*¡Secundum simile huic!*».

(Y el Segundo Mandamiento que es amar a los hombres, es semejante, es análogo, es irrompiblemente yunta del amar a Dios que es el Primero).

Habrà sido casualidad, habrà sido el recuerdo de todas las obras buenas que se narraban de la pobre bruja, su aspecto actual hierático de estatua inmóvil, la bondad natural del padre Gandassi, su propio interés de combatiente medio en retirada, la idea de que no había nada que hacerle, o una inspiración de Dios, o al menos «*del Ángel*» como decía doña Tasia, el caso es que yo vi caer de golpe su cólera como un telón cortado, y pronunciar el pastor en un tono no menos sacramental que el de su reacia oveja éstas o semejantes palabras:

—Doña Nastasia, vamo a hacer un corte por el medio como dicen. Usté ese cuento de ese sueño, no me venga con sueño aquí, a usté se lo ha enseñado el doctor Malueña o cualquiera de eso farabute del café que se le dan de ilustrado. Pero yo le digo una cosa: usté es una muquer buena, sí señor, y con toda esa maldita bruquería que no se la voy a sacar ni a tiro, yo a usté la necesito, la necesito, la necesito ¿capite?, y si usté no me ayuda a mí, se me va al infierno la

mitá del poverío. ¿Vamo a hacer un corte por el medio, sí o no, doña Nastasia?

Y era un hecho. En aquel tiempo era un hecho y hoy se ha vuelto también teoría y lo llaman Acción Católica. Era un hecho, como el cura había acabado de verlo —para todo el que conociere el Bajo del Rey, la Carbonera, la parte al otro lado de la Estación, el lado del Garabatal que queda atrás del Tiro Federal yendo hacia la Isleta— que sin ayuda de la magnánima Anestasia, con todos sus defectos, sus manías, su religiosidad arrevesada, su terquedad y sus atávicos, ni el cura ni su teología llegaban ni a mil leguas de la mitad por lo menos, qué digo, de la mayor parte del poverío.

Don Germán

Don Germán Rymberg era un alemán terrible, alto, de hombros cuadrados, grave barba blanca y dos ojos como dos florecitas de lino. Había llegado muy joven con los colonizadores del norte, con un Winchester y un par de bueyes por capital, y sabía de indios, de fieras y de aventuras. Por generoso, por descuidado o por confiado, a pesar de sus trabajos nunca llegó a enriquecer y odiaba cordialmente a los opulentos advenedizos que habían llegado después y se habían «comito sus sutores». «¡Pirratas! ¡Yo quisiere que polpieren los tiempos de Rosas! Yo los llamaría a totas así en este moto: usted venga, señor, que está potrito en la plata... ¿Usted ha comito los sutores del pobre? Muy pien: ¡cuatro tiros! ¿Usted cómo tiene tanto hacienda, capallos y pacas, señor? ¿Acaso las pacas te usted poter tener derneros cinco peces al año? Muy pien: otros cuatro tiros. Así en este moto. ¡Pirratas!».

Una vez, contaba él —y de esto hace ya una punta de años—, tuvo que viajar solo de Ocampo a Florencia, pasando por el puente del río Amores. En la casa de Duffar, que estaba a medio camino, donde cenó, lo asustaron un poco. Contábase cosas

temerosas de robos y asaltos y el puente era designado como lugar sospechoso. La Forestal había despedido una cantidad de peones, y la necesidad empujaba a aquellos vagabundos del abigeato al robo y del robo al asalto. Pero el alemán era tozudo y no quería saber nada.

—Oiga don Germán ¿no le da miedo el puente del Amores?

—Yo tiene que llegar a Las Toscas este noche mismo.

—Rialmente, el lugar es de mi flor para atajar un cristiano.

—Lo que es yo, si llego a saber que usted venía, me iba a apostar allá, pa alzarme con ese tostao, lindo flete...

—¿Entonces uno no pueta caminar en este tierra atonte uno quiera?

—No, don Germán, por lo meno hasta que la polecía limpie el pago de ladrones —dijo uno.

—La polecía bastante que hacer tiene con cobrar coimas y juntar libretas pa las votaciones —exclamó otro.

—Yo lleva aquí cinco policías —dijo don Germán, mostrando el enorme Colt, calibre 44, viejo compañero suyo.

Y salió al trotecito. Como la noche estaba tan

clara, pronto olvidó los miedos. Los charcos que bordean el terraplén hasta el río brillaban como interminables espejos azulados y millares de ranas, sapos y grillos cantaban desapoderadamente bajo el azul oscuro lleno de estrellas. Y el alemán también iba cantando perezosamente al compás del trotecito, muy resignado a concluir el largo viaje, a pesar del sueño y del cansancio.

Y el caso fue que cuando llegó al puente temible, un individuo surgió sin ruido a su frente, o de debajo del maderamen o de los matorrales del lado y parándose ante el caballo que se había clavado en seco a un tirón de la rienda, dijo:

—Espere, don. ¿Me hace el servicio de darme fuego pal cigarro...?

Don Germán que contenía apenas el inquieto tostado, ni podía soltar la rienda, ni quería soltar el revólver, que empuñaba bajo el poncho su derecha. Así que sacó el arma bruscamente y encajando en el caño niquelado su cigarro, lo puso a la cara del incógnito, diciendo:

—Sírfase...

El nocturno fumador dio un salto y se precipitó rapidísimo hacia la baranda del puente, descolgándose como un gato por los tramos. Y entonces el alemán, con toda la tranquilidad, le pegó

un tiro.

—Pero, don Germán —saltaba uno de los oyentes
— ¿y si a lo mejor fue un viajero inofensivo?

—Pa que aprenda...

—¿Y no se encontró nada, bajo el puente, al otro día? —preguntábamos todos.

—No. El palazo, pegársela yo se la pegó, porque yo no erra tiro. Pero como en el río Amores hay tantas... ¿cómo ticen ustetes?...

—¿Tantas revueltas, tantas lagunas, tantas totoras?...

—No. ¡Como hay tantas... yacareses!

Santa Fe, 1923.

Los tres paraguayos — (*Cuento correntino*)

Cuando yo jugaba al *rescate* en Reconquista —lindos tiempos aquéllos— y uno de los compañeros se dejaba agarrar muy fácilmente, nos indignábamos todos los otros y le gritábamos a coro:

—¡Idiota! ¡Se ha dejado agarrar como *los tres paraguayos*!

Un día que el Marucho Ibarra, a quien llamábamos nosotros los muchachos el *loco del Paraguay*, vino a pedir limosna a casa, yo le pregunté súbitamente:

—Dígame, Marucho, usted que sabe, ¿cómo los agarraron a los tres paraguayos?

—¿Cómo, niño —dijo el loco— usted no sabe eso? Eso pasó, pero mucho tiempo antes que la guerra del Paraguay. Es un cuento.

—Cuenta, Marucho.

—¿Cómo no? En aquel tiempo, un acontecimiento inesperado vino a interrumpir la marcha incesante del progreso: la guerra del Paraguay. Ocupaba la presidencia... de la República el general Bartolo Memitre. La cuestión de límites entre el Brasil y Paraguay se había esar... *esarcebado*. Esto está en

libros imprimidos...

El loco Ibarra, cada vez que empezaba un cuento de la guerra espantosa que le había puesto esa ancha cicatriz en la cara, empezaba de ese modo y había que tener paciencia. Eran unas líneas de la *Historia Elemental* de Grosso que estudiaba su hijito en la Escuela Fiscal, y que el viejo había aprendido de memoria cuando las vio, todo extasiado de que estuviese en «libros imprimidos», este suceso que él «había hecho» y cuyo recuerdo le perseguía de tal modo que le había quitado la razón, obsesionándolo con sus visiones imborrables.

—Esto está en libros imprimidos, niño.

Pero el cuento pasó mucho antes de la guerra porque me lo contó a mí en un campamento enfrente de Curupaití el negro Moraiba, que a los tres días después por ahí fue alanciado en una chumbera a causa de que...

—¡El cuento, Marucho! —decíamos nosotros que sabíamos lo que era perderse el loco en el monte de sus recuerdos.

—El cuento pasó de esta suerte.

Sucede que tres paraguayos salieron de su tierra para ir a hacer un viaje al país de la gente...

—¿Cómo, los paraguayos no son gente? —decía yo.

—¿De dónde, niño? Los paraguayos son enemigos.

Y van y dicen: hay que aprender en primeramente a hablar en cristiano para poder ir al país de la gente. Y dice el otro paraguayo: Nos metemos en esa pulpería de allí al lado y nos fijamos cómo hablan para aprender a hablar como la gente. Ahí está, que dijo el paraguayo tercero.

Y van y entran. Sucede que estaba el pulpero con ritrato de fotografía que le habían hecho en Güeno Saires, mostrándolo a todo el gauchaje presente. Y va y dice el pulpero muy entonaio mostrando su ritrato:

—Éste ha sido el hijo de mi madre.

El paraguayo que oye eso, qué más quería, como no lo entendió ni jota, ahí mismo se fijó en el dicho para recordarlo y decirlo en el país de la gente. Entonces uno de los presentes, un mulato malo y peliador, correntino para más señas, le dice a otro de los presentes, guiñando el ojo:

—De gusto... no hay nada escrito.

Y el paraguayo segundo, lo que oye eso, va y se fija en lo dicho para decirlo a su tiempo y hora. Pero sucede que el pulpero, que había oído la cosa, se puso furioso —el pulpero era malo—, furioso se puso y estaba diciendo que el que busca encuentra; y que él había sido chanchero y estaba cansado de

destripar chanchos...

Y el mulato peliador entonces va y le retruca, riendo:

—Pudiendo... estaba una mosca en la tela de una araña...

Y entonces el pulpero agarra una chaira que estaba sobre la mesa y el corrientes saca de la bota un cuchillito afilao y ya se trezaron.

Se trezaron no más ¡Cristo!, porque eran malos los dos y livianos pa las armas, como solemos ser todos los varones por allá por mi tierra.

Y el paraguayo tercero, con la boca abierta entre el refucilo de los cuchillos, en vez de desapartarlos, pensando en el dicho que había oído: «*Pudiendo estaba una mosca en la tela de una araña*».

—¡Ya vas a ver si pueden o no pueden las moscas en esta tierra, correntino catigudo! —gritaba el pulpero que era guapo, mientras los tres paraguayos miraban la trifulca y todos los otros habían ido corriendo a dar parte a la policía.

Y sin embargo, no pudo el pulpero.

No pudo sin embargo. Quedó en el sitio, panza arriba y con el cuchillo clavado en ella, como sandía calada, y el correntino disparó como una luz, lo que vido venir la policía. La policía llegó a tiempo. Fíjese niño, que esto es un cuento. La policía llegó a

tiempo, justamente cuando el pulpero acababa de estirar la pata.

Bueno. Asomó el sargento despacito un remitón colí por la puerta y después la cabeza; y lo que vido que eran tres hombres no más —los tres paraguayos — y desarmaos, se puso bravo como un tigre.

—¡Alto a la autoridá! —gritó—. ¡Desen presos inmediatamente! ¡Déjemelos a mí solo a estos bandidos, sinvergüenzones, asesinos! ¿Quién ha matao este cristiano?

Entonces dice el paraguayo primero:

—Ése ha sido el hijo de mi madre.

—¿Vos has sido? ¿Y por qué lo has matao?

—De gusto... no hay nada escrito —dice el otro paraguayo, lo que vido que el otro se callaba.

—¡De gusto! —gritó el sargento—. ¡Soldados, preparen, arr! ¡De gusto, no más, maleducao, sinvergüenzón, asesino! ¡Cabo Gómez, agarrelós presos, mientras que yo defiendo la retaguardia!

—Pudiendo... estaba una mosca en la tela de una araña —dijo el paraguayo tercero.

—¡Pudiendo! ¡Vos también te metés, piojoso, maleducao! ¡Pudiendo! ¡Cabo Gómez, encájele un planazo a ése! ¡Te vi a enseñar a andar *desencantando* la autoridad toda la vida, maleducao! Sí, métale los grillos nomás, aunque se hagan los

mansitos.

Y así amarraron los paraguayos, que no sabían lo que les pasaba, y los llevaron para la prevención.

Pero aquí no acaba el cuento. Sucede que cuando los paraguayos vieron que la fiesta iba de veras, y que los arriaban para la prevención con más grillos que un bañado, sucede que no les gustó la cosa, y que en cuanto se descuidó la partida apretaron el gorro y se juyeron. Y la policía, cuando los ve, atrás. Y van y van. Y la policía atrás, pisándoles los garrones. Y van y llegan a un monte más tupido que un ñandutí, y se esconden en la espesura los paraguayos, el primero en un garabato, el segundo al pie de un árbol, el tercero arriba en las ramas, bien cerquita los tres uno de otro. Y la policía atrás. Y estando en ésta, pasa la policía al ladito mismo del garabato y dice el paraguayo primero:

—Guarda muchachos, no hablen, que pasa la policía.

Y claro, ni bien habló, le echan uña los soldados y lo engrillan. Y el paraguay segundo, que esto vido, muy enojao, grita al pie del árbol:

—Pedazo de burro, decís que no hablemos y vos sos el primero.

Y van los soldados al sonido y lo agarran al pobre como un cachilo. Y entonces dice el tercero de

arriba del árbol:

—¡Lo que es yo no voy a decir ni una palabra!

—¡Abajáte vos de ahí, lechuzo, si no querés que te baje a tiros —le dijo el sargento que lo vio al instante mismo—. Dése preso a la autoridá y ríndase y no se retobe, que será para pior!

Y así fue como agarraron a los tres paraguayos y aquí se acabó el cuento.

¿Me da una limosnita?

—¡Pero qué sonsos son los paraguayos! —decía yo riéndome.

—¿Sonsos? —decía el loco Ibarra—. ¡Más malos son que yagaretés, y como mandingas pa esconderse! ¡Lo quería yo ver a usté enfrente de Curupaití, con el mal de *la cólera* en el cuerpo y de centinela en el bañado, que salían paraguayos de la tierra atrás de usté y sin usté oír ni gota, le arriaban un lanzazo! ¡Ahí fue donde me hicieron esta herida, que me bandió el pecho, y me dejaron por muerto, los maulas!

—¿Eran valientes?

—¡Tigres!, ¿no le digo? ¿No está viendo que este cuento lo inventamos nosotros en la trinchera, de la rabia que nos daba no poder reventarlos? ¡Juna! Nunca me ha gustao peliar con ventaja, y en esta ocasión éramos tres contra uno; pero ese uno

acorrallao en sus quebrachales, era más fuerte que los tres. Y peliábamos por necesidad y la culpa la tuvo Solano López.

—¿Y quién ganó, Marucho?

—¿Y quién va a ganar? Nadie, niño. Al Paraguay le pasó como un potro que lo quieren domar; y va entonces, se para en dos patas, se volca y se tira de lomo al suelo y allí se queda, roto el espinazo, *pero no lo doman*.

¿No saben lo que dicen del Paraguay los libros que tiene mi muchacho?

—¿Qué dicen, Marucho?

—Dicen: «*Es el pueblo más independiente de América*».

Buenos Aires, 1926.

Oración del pobre

—Mamá, ¿Piquento sabe el catecismo?

—¡Qué va a saber! ¿No ves que es bobo, el pobre?

—¿Y cómo todos los domingos va a misa y reza?

—¿Qué va a rezar? Está embobado mirando la gente y las luces y los vestidos del cura y mueve los labios porque... no sé, porque tendrá la costumbre de estar hablando solo, como los bobos. Sí, recuerdo que lo he visto mover los labios.

—¿Es cierto que tiene los pies llenos de piques?

—Sí. ¿No has visto cómo camina el pobre, de puntillas? Tiene todos los pies hinchados. Y en su casa tienen la culpa... No lo cuidan. Y lo único que hacen es quitarle la limosna que recoge y maltratarlo si lleva poca. Por eso yo en vez de darle plata, le doy de comer aquí. ¡Es una lástima! Su padre fue un borrachón y por eso es un bobo Piquento.

—¡Pobre! ¡Cómo le harán picar los piques! ¿Él no se los sabe sacar, mamá?

—¡De adónde! ¡Si tiene los pies hechos una miseria, con centenares de piques... y para sacárselos uno a uno con una aguja...! Una vez se los hice sacar con Genaro; fíjate que le tuve que

prometer a Genaro cinco pesos, porque no quería por nada, porque decía que eran una asquerosidad. Y estuvo toda la mañana entera curándolo; y el Piquento a los gritos y llorando y defendiéndose de modo que Genaro estaba furioso y Dios sabe cuántos sopapos le habrá dado cuando yo no lo veía. Después lo soltó jurando que ni por 50 pesos volvía a hacerlo. ¿Y qué sucedió? Que porque anda siempre descalzo por el polvo y no se cuida ni lo cuidan... o por alguna bolsita de huevos que le habría quedado en el pie, a las dos semanas ya estaba el Piquento de piques peor que antes. ¡Qué se le va a hacer!

—¿Y por qué alguno no le enseñará el catecismo?

—¿Y para qué?

—Oh, y para que... se pueda ir al cielo.

Mi madre me miró con cariño. Yo había hecho por entonces la primera comunión y las cosas sobrenaturales me preocupaban intensamente y el catecismo ocupaba todos mis capitales pensamientos. ¡Oh tiempos rosados de la infancia, aún llega vuestro recuerdo hasta mí, como un perfume!

Mi dulce madre sacudió la cabeza entonces.

—¡Catecismo! ¡Imposible! Creo que el padre Olessio probó una vez a enseñárselo. Pero no hay modo. Se necesitaría la paciencia de Job... y ni con eso. Lo mira fijo a uno, sonrío, intenta repetir lo que

se le dice, tartamudea, lucha, echa cuatro o cinco sonidos sin sentido y se vuelve a reír... ¿No ves que el pobre ni a hablar casi ha podido aprender? Y no es que le falte buena voluntad... Es igual que un animalito.

Pero yo me seguí preocupando del Piquento, que era para mí un misterio. Todos los días lo veía pasar para la iglesia, miserable, roto, babeando, hamacándose como navío sobre sus pobres pies llagados, de borlavento a sotavento, con una bolsa de recoger limosnas sobre sus vestidos verdosos y harapientos, los grandes ojos estúpidos en la cara barbada, flaca y morena; y me daba una lástima y una curiosidad inmensa. Lo cual se aumentó la célebre noche en que caí a su casa a eso de las doce pasadas.

Fue el día que me perdí, uno de los dos grandes disgustos que le he dado a mi madre en mi vida. El otro fue cuando me metí cura. Me perdí por soberbio y desobediente. Habíamos ido a comer al campo todos los chicos de la escuela, porque era el santo de la madre superiora. Al volver nos pusimos a correr carreras sobre el camino polvoriento bordeado de algarrobos. Eso no tiene nada de malo. Lo malo fue que yo, porque me ganó el otro, seguí corriendo nomás, exclamando: «*¡Es a cinco cuadras!*», a pesar de que de atrás todos me gritaban:

—¡Geromio, Geromio, Geromio! ¡Que te podés perder!

Quise demostrarles mi independencia, que yo sabía mejor el camino que ellos y no necesitaba ir en tropilla; tomaría un corte y los saldría a esperar atrás del algarrobo. Bueno. *Me perdí*. Fui a parar al otro lado del pueblo, por la vía del ferrocarril, muerto de cansancio por la caminata enorme y caminando no obstante febrilmente, espoleado por los temores trepidantes de la noche que se me venía encima.

¡Qué horitas aquellas que pasé, qué miedos, qué fantasmas, qué arrepentimiento y qué lágrimas! Ví al lado de la vía un ranchito miserable, y llamé llorando para preguntar el camino. Y cuando se hicieron mis ojos a la oscuridad, me llevé un susto espantoso, porque vi una cosa como una bestia, acurrucada en un rincón, que me miraba en silencio con sus ojos blancos.

Era el Piquento. Ése era el rancho en que vivía abandonado Piquento. Ahora bien, el *Piquento estaba rezando*. Lo podría jurar.

Esa misma noche volví a casa, hallado por un muchacho, un tal Nardelli, porque mi madre, desesperada, había puesto en movimiento la policía y medio pueblo para buscarme. Y como es propio de los corazones buenos agradecer aun la sombra de un

beneficio, mi madre le quedó reconocida al Piquento, porque dijo que de no haber entrado yo en su rancho me tenía que haber matado el tren de carga que pasó esa noche por la vía donde yo caminé. Así que el Piquento fue muchas veces más a mi casa, a comer en la cocina. Pero yo nunca pude hacerlo hablar sobre el misterio de sus largas oraciones.

Hasta que una tarde, después de confesarme, lo conseguí. Mire que yo tardaba mucho en confesarme a los diez años, porque era escrupuloso en cumplir la penitencia, que la rezaba diez o doce veces por miedo de hacerla mal. Y sin embargo el Piquento, que estaba ya allí, en la abierta iglesia solitaria, sentado en un rincón al entrar yo, no había salido al yo salir. Y todos los trámites que hacía yo para confesarme: primero prepararme; después mandar a mi hermano menor a buscar al cura... Yo tenía vergüenza de llamar al cura, y tanta, que si no venía mi hermano a confesarse conmigo, yo no me confesaba por no llamarlo. Mi hermano Carcho era más valiente; fue el que me averiguó un día, con gran consuelo de mi conciencia, que decir *pavo* acompañado de un genitivo cloacal, interjección criolla a que yo estaba mal acostumbrado, *no era pecado mortal*. ¡Qué alivio del corazón y qué alegría! Lo sospechaba, pero no estaba seguro.

Los inhumé pues aquel día concienzudamente, recibí la alegre absolución, recé y salí después de una hora y pico. Y al salir vi al Piquento, todavía inmóvil en el suelo, rezando.

¿Rezando? ¿Qué podía rezar? ¿Y cómo podía pasar tanto tiempo, cuando yo, que era mucho más instruido e inteligente, me aburría soberanamente de rezar mis doce credos o salves y me dormía todas las noches en el rosario?

Me planté en la puerta, dejé ir a Carcho que protestaba y lo esperé. Salió al fin, tambaleando. Le pregunté:

—¿Qué reza usted Piquento?

Me miró receloso y no contestó nada. Yo añadí:

—Venga a casa conmigo, que si no los muchachos de la plaza le van a tirar cascotazos y mamá tiene una ropa que darle.

Me acompañó dócilmente como un perrito. Y al llegar a la plaza, yo insistí:

—Piquento, dígame, no sea así. ¿Qué hace usted en la iglesia?

—Nada, niño. *Ahí está Dios.*

—¿Y usted qué le dice a Dios, Piquento?

—Nada niño. *Yo lo miro y él me mira.*

¡Yo lo miro y él me mira! ¡Oh, dichoso mendigo!
¡Cuándo será la hora, Señor, en que me enseñarás a

hacer la oración de aquel llagado que te miraba sin verte, te miraba y se sentía mirado por Ti!

PARTE SEGUNDA:
FÁBULAS CAPITALES

Soberbia

Del libro de LAS TRANSFORMACIONES de Ovidio Nasón se han perdido varios fragmentos. El relato que sigue pertenece a uno de ellos; aunque la mala prosa del Leoncillo no tiene nada que ver con los bronceos exámetros del poeta latino.

Hubo dos nobles gemelos, que fueron hijos de un favorito del rey Teseo; el cual cayó en desfavor del monarca, salvó la cabeza por milagro y se fue a refugiar escondido en una selva, donde crecieron sus hijos, que salieron selváticos; mas él los instruyó como pudo en la doctrina de los héroes. Por lo menos hablaban la lengua de los héroes, siendo del linaje de Herakles Almécide.

Uno d'ellos llamado Oseocrates se juntó a una gavilla de bandidos, llegó a ser caudillo d'ellos, dominó la región por la fuerza de las armas, derribó al rey y se apoderó del reino, vengando a su padre: pues Hércules entonces ya había sido llevado al firmamento. El otro, llamado Cardiocrates, después de haber formado en la gavilla de su hermano, hizo una peregrinación al Templo de Apolo en la Eubea, obtuvo un oráculo del dios, y volvió a su selva natal y a la cueva de su padre, donde vivió ignorado.

El rey Osteocrates exterminó a todos los partidarios del viejo rey, conquistó el Tmolos, el Helicón y la Othrys en tres expediciones fulminantes, y disolvió el Senado y el Cuerpo Sufragal Ciudadano. Después escribió una nueva constitución y un libro de astronomía sobre el carro de Apolo y el de la Luna, que los sabios opinaron era pamema; por lo cual decapitó a tres d'ellos y el resto huyó a las Islas; reformó la religión antigua y creó una religión nueva; cambió los días de las fiestas y erigió un templo a Pluto. Como el sumo pontífice de Zeus le reprendiera esas hechurías, le dio muerte por su mano, y se nombró pontífice supremo. Hizo obligatorios su nueva religión y su libro de los meteoros, proscribiendo a Homero y a Hesíodo. Quiso cambiar la lengua, sin resultados; y al fin, ayudado por una falange de poetas, rapsodas y oradores, pagos, se hizo proclamar dios. Entretanto sus soldados extendían progresivamente su dominio a toda Grecia, bajo la protección de Roma.

Hizo traer a su capital al hermano mellizo, que había dicho que el rey estaba maldito de Zeus y moriría por golpe del rayo. Un mes estuvo Cardiocrates preso y dos veces llevado al tajo para ser degollado; suspendiéndose la ejecución cuando el verdugo alzaba el hacha. Al fin lo llamó el rey a su

presencia.

Los dos se miraron sin hablarse largo rato. Al fin, dijo el monarca:

—¿No me temes?

—No mucho.

—¿De modo que querías derrocar-me?

—No.

—¿O que Zeus me matara?

—Tampoco: que me matara a mí.

—¿Y tú quién eres?

—Soy el último de todos los hombres —dijo el eremita.

El rey consideró un momento:

—Ya lo veo —dijo.

—No lo ves.

—¿Crees tú ser peor que yo?

—Sí.

—¿Crees tú ser peor que todos los que mandé ejecutar por sus crímenes?

—Mucho peor: muchos d'ellos eran justos y ninguno d'ellos criminal.

—¿Crees tú ser peor que Myrra, a quien mandé descuartizar entre cuatro potros por su concúbite incestuoso con su padre Cínyro?

—Creo que soy peor que Myrra,

—Eso es demencia.

—No, es temor de los dioses.

—¿Temes tú a esas ridículas estatuas pintadas?

—Yo no temo eso.

—Yo tampoco temo a los dioses.

—Eso crees.

—Yo no me siento peor que nadie sino mejor que todos.

—Eso crees.

—Yo soy el primero de todos los hombres.

—Eso crees; y te engañas.

—Te mando que te expliques.

—Yo no acepto tu mando.

—Te ruego, yo que soy dios, que te expliques.

—Todo hombre siente que es hombre; y por tanto se siente indeciblemente pequeño.

—Yo he dominado ese sentimiento.

—Lo has dominado en falso; y por eso resucita como un aguijón en tu alma; y es la razón última de todos tus hechos. Él es quien te aguija en tu carrera desatentada de superioridades. Huyes de él como del tábano un corcel enloquecido. Quieres ser cada vez más alto porque te atormenta el sentirte bajo. En el fondo te sientes más bajo que yo.

—Me han dicho que vives en la Cueva y comes yerbas crudas.

—Así es; y doy gracias a los dioses.

—He aquí un animal lleno de Sabiduría —dijo después de una pausa sarcásticamente el rey.

—Todo hombre no puede dejar de sentirse hombre, palabra que viene de *oumos*, tierra; y eso no sienten los animales. Ese sentimiento puede reprimirse rectamente y también en falso; cuando se reprime en falso, eso es lo que resulta, lo que tú tienes.

—¿Qué tengo?

—*Ybris* se llama: soberbia; que es odiosa a los dioses, porque es tratar el hombre de hacerse dios.

El rey se turbó grandemente y la ira le enverdeció el semblante.

—Si eso que dices fuera verdad —dijo— yo pediría al rayo de Zeus que me fulminara; porque de los dos últimos retoños de la sangre de Hércules, el uno es el último de los hombres, y yo, que soy el primero, odio a todos los hombres y a mí el primero. Y así, ya que temes a los dioses, y yo estoy mal con Zeus, implora del cielo que caiga el rayo... y veremos.

—No me lo pidas, porque a mí el cielo me oye.

—A la obra pues, si eres hombre.

El eremita Cardiocrates levantó los ojos y las manos al cielo, que estaba enteramente azul sereno, y se derrumbó el palacio. Mas lo increíble es que el

eremita quedó muerto y el tirano salió ileso y por sus propios medios de las ruinas. Reinó aún cuatro años, hasta que finó en un convite por el puñal de Aristogitón. Por lo cual los dioses, por respeto a la hebra que hubo en ellos de la sangre de Hércules, transformaron al uno en higuera, que tiene la madera blanda, y al otro en espina-corona, que tiene la madera dura.

Esto contó el Leoncillo a su madre, y la Leona dijo:

—Mala religión me parece ésa.

—No es religión, es fábula —dijo el cachorro.

—¿Y están los tiempos de ahora para fábulas? Religión es lo que se necesita.

—Es para pasar el tiempo, señora, cuando uno no tiene qué hacer.

—¿No les dije yo al salir el orden de todos los ejercicios y entretenimientos?

—Bien, señora madre, todavía sobró tiempo; y los ejercicios son demasiado violentos.

—Yo no sé adónde va esta juventud de ahora, y estoy segura que va acabar mal —dijo la Leona.

Mas el Leoncillo se rio, pues estaba seguro que su madre estaba segura que él iba a acabar bien.

Avaricia

Herren Julio era conocido entre toda la barra nuestra porque jamás invitaba y siempre aceptaba; y de una manera sutil incluso sabía provocar las invitaciones. Con todo, nos era acepto, porque tenía la habilidad que jamás en la vida he visto otra igual de hablar mal del prójimo con autoridad; y ya se sabe que hablar mal del prójimo es odioso, pero se vuelve útil y agradable cuando otro lo hace por nosotros. Porque saber ciertas cosas es de necesidad si uno quiere vivir en este mundo; y la mayoría d'ellas son feas.

Mi trágica aventura con Herren tuvo un comienzo estúpido: comíamos los dos en el Sorrento y se le ocurrió a la insoportable Mariana llamarme por teléfono al restorán, y se me ocurrió a mí al retornar embromarlo a Herren de la manera para él más odiosa:

—Me llaman a todo escape de la oficina. *Pagá* y mañana arreglamos —le grité; y salí corriendo... y riendo.

Nadie sabe de qué vive —o vivía— Julio Herren, pero siempre anda bien vestido y se lo ve por todas las partes donde no se hace nada; lo que nunca jamás le he visto es pagar algo; pero que tiene

plata es indudable. Bueno, al otro día salí de la oficina por la calle Bertrán, donde nunca salgo, y me topo con él en esa cortada; y me dice sin saludarme ni nada:

—Son diez pesos tu cuenta.

Eran aquellos tiempos en que por \$ 10^{m/n} y hasta por uno se podía cenar. Decidí prolongar la broma y le dije:

—Me vas a tener que perdonar ahora, ando sin un centavo, y, lo que es peor, tengo que ir a Mendoza por un mes.

Me dijo que iba a ir a despedirme a Retiro; pero yo me fui con el coche de José María Rosa.

Aquella noche murió Julio Herren. Menéndez, el capo de nuestra barra, me lo comunicó por teléfono el mismo día; y después vi el aviso fúnebre en *El Mundo* y me mandaron los muchachos de la oficina la participación del entierro. Tuve un sofocón terrible: yo sabía de qué había muerto, y nadie más en este mundo.

El hecho de estar muerto no quitaba que yo le debía diez pesos. ¿Cómo se los pago? Eso pensaba yo al bajar al bufé del Cosmopolita, un hotelito que les recomiendo; enteramente tranquilo, estrecho, limpio, barato y desolado; o sea enteramente *incosmopolita*. En el bufé dan *minutas*, o sea, bifés

con papafritas o tortillas de acelgas *solamente*; sin embargo estaba repleto; menos una mesa con dos sillas cerca de la puerta. Se abrió la puerta, entró el alma de Julio Herren, se sentó y me miró.

El bife se me hizo de suela y el vino mendocino se convirtió en agua sucia; pero pensar que yo iba a ir a sentarme en la otra silla, era pensar en el planeta Marte. Esperé, esperé y esperé y no salí hasta que se fue. Aunque los demás del bufé como si nada, yo estaba seguro que era un alma. Entonces se me puso el problema que dije arriba: *por estar muerto no quita que yo le debo diez pesos*.

Sin saber qué hacer, entré en la iglesia de los jeromianos que está en la avenida San Martín. Había una misa cantada y una montonera de gente. Una muchacha muy fea pero vestida con elegancia venía entre los bancos agitando una caja donde decía: *Para los pobres de los jeromianos*. Un peso se me levantó del corazón: me acordé de lo que dicen los confesores: «*Si no puede restituir al dueño, dé una limosna a los pobres, o a nuestra orden*»; y deslicé los diez pesos de Herren con gran espanto de la elegante muchacha en la ranura de la caja. Respiré.

Pero al salir, el espanto fue mío: a la puerta de la iglesia estaba el alma de Julio Herren mirándome con enojo. Me acordé que el peor uso de la plata que uno

podía hacer era darlo a un pobre, según Herren. Me di una bofetada en la cabeza. Me parecía oír su voz irónica: «*Los jeromianos son ricos; y los pobres de los jeromianos no existen*». Me pareció que me seguía, caminando pesadamente. Me encerré en mi cuarto con llave, y ni por la ventana me animaba a mirar.

Pero tenía que comer. Ni por sueños se me ocurrió volver al bufé. Me fui a un restorán donde Herren iba a entrar mucho menos que en la iglesia: al Royala, el más caro de Mendoza. En efecto, el alma no estaba allí. Empecé a cobrar ánimos; pero al salir me la veo leyendo el menú que estaba a la puerta. Esta vez no me miró, pero se dio cuenta que yo lo vi.

Pasé la noche sin dormir. Me dormí pesadamente con un barbitúrico a eso de las seis. A las nueve me levanté, me vestí, y salí con grandes precauciones para ir a ver a un padre jeromiano. Vi al alma que me seguía cautelosamente. Había misa otra vez, y otra vez vino la muchacha de la alcancía. Para alcanzarla, una viejita al lado mío hacía enviones, con un billete de 10 pesos y yo me ofrecí a alcanzárselo; y al tenerlo en la mano se me ocurrió una idea genial: lo escabullí en la manga y puse en vez el de un peso que suelo yo poner. La viejuca ni nadie se dio cuenta. Había robado a los pobres los diez pesos de Julio

Herren, ¡viva! Pero no me animaba a salir de la iglesia.

Estuve hasta medio día desesperado tratando de rezar o de tomar una resolución. De repente vi que un moreno andrajoso andaba haciendo algo contra una alcancía de las que andan contra la pared. Supuse que andaba queriendo robar, pero vi que no: al momento dejó y se fue. Me arrimé a ver qué había hecho; simplemente había borrado el letrero que decía: *Para las almas del purgatorio* y había puesto con carbón: *del infierno*. Un comunista sin duda.

Sin vacilar un instante tomé los diez pesos, los metí por la ranura y salí de la iglesia.

En la puerta de la iglesia, el alma de Julio Herren me sacó el sombrero —el suyo—, me hizo una gran reverencia, y desapareció para siempre.

Apenas acabó el cuento, le dijo la Leona al Leoncito:

—¡Ay, qué inverosímil!

—Es que estamos haciendo fábulas sobre los pecados capitales, y la Avaricia es poco poética.

—¿Y por qué no cuentan lo que yo les conté del hombre que era ministro y después se hizo millonario, y perdió la llave de la caja de fierro y adentro había una rata?

—¡Es más inverosímil, mami! —dijo el

Cachorro.

—¿Inverosímil que un ministro en la Argentina se haga millonario?

—No, mami; lo otro.

—Ustedes son los inverosímiles; y yo no puedo más sufrir que anden perdiendo el tiempo en cosas de religión.

—Y, mami, total la gente aquí en la Argentina es así.

De lo cual se enojó no poco la Leona.

Pereza

Había una vieja colina sobre un monasterio... quiero decir, un viejo monasterio sobre una colina, que se llamaba Asilo de la Santa Pobreza; aunque un rayo había volteado una letra y mordido otra, de modo que se leía: de la Santa *Pereza*. Le dijeron al superior que fuese a ver el desastre, y él dijo:

—Más fácil es creerlo que ir a averiguarlo.

Y lo dejó estar así.

Eran tres frailes y un lego cocinero; y el un fraile, que se llamaba Stúprica, no hacía absolutamente nada, o, mejor dicho, hacía las cosas a medias, que quizá es peor; porque su divisa era: *Sinere res vadere quomodo vadunt, facere omnia taliter qualiter, et esse bene cum Patre Priori*. El otro fraile, llamado Fúnelblick, decía el breviario de noche y dormía de día, menos cuando lo despertaban para confesar a alguna señorita; y entonces primero preguntaba si era de la aristocracia, porque decía que era llamado por Dios «*para dirigir a la clase dirigente*»; de modo que el popolino le había sacado un verso que decía:

«*Confesor de Grondonas y Pereas*

¿Quién confiesa las viejas y las feas?».».

Dios hizo lindas a las mujeres con la intención principal de que los chicos al nacer vean cosas lindas; aunque hay que confesar en este país que con algunas se ha descuidado bastante; aunque con otras, hasta se le fue la mano; pero esas otras no son de la aristocracia; de modo que se equivocó el versito. Digo esto simplemente como una observación científica, que no tiene nada que ver con la fábula.

En suma, ahí el único que trabajaba era el cocinero. ¡Y cómo trabajaba! Y el superior, que tenía el nombre inverosímil de Bígabigs. (En realidad, creo que estos nombres son de casas de comercio de Buenos Aires; pero así lo contó el Leoncillo).

El superior trabajaba como un bárbaro, en toda clase de cosas, supiera o no supiera; porque su divisa era: *Más fácil es creerlo que ir a averiguarlo*. Era director de la Adoración de San Bonifacio, asesor de los Bueyes Escotados de Don Bosco, examinador de la Congregación de Pelotaris Católicos, síndico del Banco El Hogar Católico, colaborador del Diario Católico, miembro del directorio del Partido Católico, y vocal del Café-Bar Católico, un café adonde no iba nadie. La gente de aquel país —un

país de Asia— tenía por norma que donde uno viera la etiqueta *católico*, había que disparar; norma no muy piadosa que digamos: era gente del Asia.

Aunque se alargue la fábula contaré lo que le pasó una vez a mi finado hermano. Vino un colono de la Colonia ofreciendo un tarro de kerosén de grasa de chancho. Mi hermano necesitaba grasa de chancho, y dijo:

—¿Cuánto?

—Siete pesos —dijo el colono; era en aquellos tiempos de antes.

—Es caro —dijo mi hermano...—. ¿Es grasa pura de chancho?

El colono aseveró. Mi hermano iba ya a pagarle y al alzar los ojos vio que tenía un botoncito celeste en el ojal.

—¿Qué es eso? —le dijo.

—La divisa.

—¿Qué divisa?

—De la Acción Católica.

—¿Usted es de la Acción Católica?

El otro aseveró. Entonces mi hermano tomó un fuentón y le dijo:

—¡Vuelque inmediatamente la grasa aquí!

No quería y la volcó mi hermano; y apareció una capita de grasa de chancho y todo el resto grasa de

vaca. De este episodio fue que salió lo que decía la gente de aquel país del Asia.

Entremos en materia: un día el cocinero compró hongos y quería probarlos con una cuchara de plata alemana; y el superior, siempre apurado, le dijo que más fácil era creerlo que ir a averiguarlo. Resultado, que se envenenaron todos; y toda la noche anduvieron haciendo turno delante del —excusado es nombrarlo— que era uno solo. Pero lo curioso del caso fue que quien se murió de veras fue el superior, y los otros tres mal que bien salieron a flote. Y entonces quedaron consternados, porque Buddha —que es el Dios de ellos— les reveló que el caso era un castigo de la pereza.

Se pusieron en oración preguntando cómo Bígabigs, que era activísimo, había muerto; y ellos, no. Y entonces se les apareció Buddha, con aquella carota, los ojos mirando el ombligo y las piernas y los brazos cruzados, y les dijo: *«El superior era el más haragán de todos; porque hay tres grados de pereza; el primero, pereza del cuerpo, gandulería, que es pecado venial; el segundo, pereza de las emociones, o séase acidia, que es pecado mortal; y el tercero, pereza del entendimiento, o estulticia, que es pecado de apaga y vámonos. Por eso murió el superior»*.

Espantáronse los monjes y dijeron:

—De ese modo, va a haber en este país una mortandad espantosa de superiores.

Dijo Buddha:

—Dios lo quiera; pero temo que con este escarmiento que he hecho, los demás van a pensar un poco.

—Y así fue —le dijo el Leoncito a su Madre. Y la Leona, muy enojada, le dijo:

—¿Quién les manda a ustedes meterse con los curas?

—No nos metemos con los curas —dijo el Cachorro Mayor—, solamente componemos algunas sencillas fábulas.

—¿Y por qué no toman otra materia? —dijo la Leona.

—Tomamos la materia que raye —dijo el Leoncito—, la que caiga más a mano.

—¿Y no pueden tomar otra materia?

—Bueno, mami, si usted quiere... pero ésta nos resultó fácil, porque los curas son como un monasterio sobre una colina, que los ven todos.

—Mal hecho —dijo la Leona— yo los voy a arreglar a ustedes.

Pero, como sabía pasar siempre, no los arregló nada.

Lujuria

Tuve un sueño de lo más raro. Dicen que uno sueña de lo que ha visto el día antes; pero aquí ni el día antes ni ninguno de la vida entera había visto yo sus elementos; de modo que creía haberme vuelto loco, o que el diablo me estaba haciendo el cinema.

Había un zapatero remendón, todo mugriento de pez y grasa, no sólo las manos sino los vestidos también, y el cuerpo, a lo que se podía ver. Se pasaba lustrando a betún un montón de botines todo cachuzos y rotosos. Me dijo:

—Si quieres llegar al monte sagrado, éste es el camino —y me mostró una sendita sinuosa y descendente.

Yo me estremecí.

—¿Y cómo voy a acertar con el camino?

—Te presto un guía...

Y me mostró un gato negro que estaba a su lado.

La senda era húmeda y mojada, cada vuelta más. El gato cada rato volvía a mí la cabeza y me hacía señas de *Sí, sí*; y me fijé que los ojos eran los mismos del zapatero: tristonos y malignos, amarillos.

—Pero esto se va poniendo fangoso.

—Sí, sí.

—Y cada vez más.

—Sí, sí —hizo el gato.

A ambos lados había paja brava, garabatos y grandes flores carnosas a modo de girasoles de todos colores que daban un olor capitoso. Se entrevían animales sin saberse cuáles. De repente una mujer morena asomó entre dos flores, y el gato se rio. Todo lo que lo veía estaba desnuda. «*La Ménada del Monte Sagrado*», oí con asombro decir al gatazo. Gatos que hablan y ríen, a mí me desconciertan. Tuve un vago temor.

La cañada se iba espesando, y el barro me cubría los botines. «*Pero aquí vamos bajando y no subiendo*», digo yo; y me dio ganas de volverme; pero la idea de la montaña me impulsó adelante.

Cuando chico, no me acuerdo el tiempo, yo tuve otro sueño de la cúspide llana de una montaña soberbia, que me pareció un edén, y me dejó ansioso d'ella para siempre. No la voy a describir porque no se puede describir; que me hirió para siempre de un sentimiento agridulce, añorante. Todo lo que he hecho o caminado en mi vida ha sido de un modo u otro por la visión de la Montaña. El zapatero parecía conocerla perfectamente.

—Pero aquí debe haber *ciénegas*, como en Salta —dije, al ver que me hundía más.

—Hay, pero yo te libraré —dijo la Voz detrás de mí.

El gato había crecido, y había devenido un cabro negro grandote, con ojos de fuego y la mismísima voz; y venía detrás de mí. Ahora pasó algo raro: toda la sendita estaba cruzada de otras picadas, con una cruz de palo delante; y yo quise meterme por una dellas, y el cabrón se me puso delante furioso:

—Volteá esa cruz —me intimó.

Yo no quise.

—Pero esto es un disparate —interrumpió la Leona.

—Ya se sabe, mami —dijo el Leoncillo—. ¡Si es un sueño! Pero no deja de ser algo verdadero.

—Acabálo pronto.

Para acabar pronto, dejaré los pormenores. A los lados de la senda había entre el pajonal casitas de todas clases, algunas lujosas como *bungalós* de finsemana, otros tugurios hechos de latería; y así; de todas las casas salía música de radio, tangos y valsecitos. La mujer del comienzo andaba de casa en casa, vestida solamente de dos pequeños taparrabos, como usan ahora para bañarse. De repente tropecé en un raigón, y me di un chapuzón de barro líquido; entonces me di cuenta había víboras o culebras por ahí. Me levanté con ira y busqué lo seco en una

transversal; era muy pendiente, escarpada, y el suelo duro pedregullo con filo; mis pobres zapatos empapados se hicieron polvo y mis pies chillaron. Se me hizo muy duro, y volví atrás. El cabrón estaba a la entrada con ojos furibundos y con la mujercita del taparrabo.

—¡Vóltiá esa cruz! —me intimaron con rabia.

Yo la voltié.

Encontré en la senda dos zapatastros de los que lustraba el zapatero. Me fui al matorral y arranqué una floripondia désas, color rosa, y me la apreté en el pecho. Nadie me dijo nada. Era linda; pero el olor al principio emborrachaba y después cansaba. Cuando estuve harto la tiré; el cabro rio. El barro me llegaba casi hasta las rodillas. Pero era chirle, yo caminaba bien; el cabro no se hundía una pulgada, no sé por qué.

—Todo eso son macanas —dijo la Leona—. Y son aburridas de llapa.

—Paciencia, ahora viene lo bueno —dijo el narrador.

Arranqué otra flor, esta amarilla, y era mejor que la otra. Pero me pasó lo mismo. Al rato la tiré.

—Y así sigue todo, badulaque —dijo la Leona.

—Paciencia mami, que ya llegó el desenlace. A vos no te gusta porque sos mujer —dijo el Leoncillo

muy orondo.

A los dos lados aparecían ahora muchas mujeres morenas como la otra, algunas gordinflonas, otras flaquísimas, y otras más o menos; todas pintarrajeadas. Quise atrapar a una, y me hallé entre las manos una flor morena, quiero decir, parduzca. Ésta estaba llena de espinas, pero yo no podía soltarla. El cabro se rio fuerte. Se había convertido en un mono.

—¡Mama mía! —dijo la Leona.

Ahora sí que el fango era bruto; pero el mono me agarraba la mano y me tironeaba. Tenía los mismos ojos amarillos refucilantes. Quise agarrar otra flor, porque había pillado una angurria de flores; pero el mono me dijo que dejara, que ya llegábamos. Le dije tenía ganas de matar a alguna de las mulatas, de hacerla curubicas. Se oían murmullos, risas, gemidos, y alguna vez un grito desgarrador, como si alguna fiera hubiera agarrado alguna de las desnudas, o viceversa. Eso se me contagiaba.

Dejo a un lado el episodio de las dos palomas, y otros parecidos de diversos animales, perros, gatos, zorros, cabras, carneros. A los tirones el mono me hizo llegar al borde de un barrancón; tenía ya el agua a la cintura, si eso era agua: era maloliente y pegajosa, parecía cloaca.

—¿Y ahora? —dije yo.

—Tirarse abajo: ésta es la Montaña Sagrada.

Miré trás y esta vez era el Zapatero Remendón muy risueño él.

—Tirarse su agüela —le dije.

—Abajo hay colchones.

—Colchones su agüela.

—No podés hacer otra cosa; no podés volver atrás.

Miré la sima y era profundísima. Del fondo venía una música deliciosa que hacía languidecer hasta morir. Yo conocí estaba hipnotizado.

—En el fondo crecen hongos gigantes, que al tirarse uno hacen de colchones.

Dijo, y agarrándome por la cintura intentó tirarme. Yo luché, primero lánguidamente, después a toda furia. Me agarré del brazo de una de las cruces, porque me sentía arrastrado. Ya me vi perdido, di un grito y me desperté.

—Mami, no era la Montaña Sagrada; que ahora no sé si existe. Era una imitación; pero al revés.

—Todo esto es una reverenda macana —dijo la Leona—. Todo eso lo han copiado ustedes de alguno desos libros modernos que no tienen pies ni cabeza...

—Pero mami —dijo el Leoncillo—, es una fábula sobre la lujuria.

—¿Y qué saben ustedes de lujuria?

—Solamente lo que dijo el cura el domingo, que no entendimos ni la mitad.

—Está todo mal; y éstas no son cosas que deban saber los chicos.

—¿Y vos las sabés?

—Yo tampoco.

—Y entonces, ¿cómo sabés que están mal?

De lo cual se enojó la Leona no poco.

Envidia

El diablo de la envidia, que llaman los teólogos *bisojo*, es el más infeliz de todos los diablos. Cayó del cielo por envidia del hombre como todos los otros, cuando Dios les reveló la Encarnación del Verbo y les dijo: «*Adórenle todos los ángeles*»; pero no envidió en el Cristo el que fuese Dios, como hizo Satán, sino lo más infeliz de lo que vieron por ciencia infusa: la multiplicación de los panes y el que los irlandeses —o galileos— quisieron hacerlo sobre el pucho rey. Quedó marcado como patrono de la envidia; por ser la envidia el más infeliz de todos los vicios; y la señal de esa marca fueron los ojos bizcos: *in-video* en latín: *in-vidia*.

Quedó rodando por ahí a envidiar royéndose los codos, a todos los hombres, pues a los diablos no envidiaba, ya que la envidia no se da sino entre pares y no nos causa envidia alguien que esté en un plano muy superior al nuestro; sino acaso despecho, odio o rebelión. Todos los diablos le eran superiores; y él envidiaba a todos los hombres, al que cayera, grandes y chicos, dotados e idiotas; tanto que a un infeliz que no tenía nada envidiable, se puso a envidiarle lo único que lo singularizaba, una enorme

goroba.

La envidia de Caín no fue obra dél, sino de Satán, pues fue del dominio religioso, sacrílega en el fondo; la de Rómulo y Remo fue de Belial, por ser en el fondo ambición y fariseísmo; la de Catilina fue de Moloch, pues fue encono. Quiso superar a esos tres, y tentó a Julio César. Fracasó rotundamente; y Satán le dio un puntapié que lo mandó dando vueltas por el aire hacia arriba como pelota de fútbol; y fue a caer en el Egipto. «*Salí de aquí, Malenconía*», le decían los otros demonios.

Para ver a los hombres los diablos necesitan hacerse semejantes; o sea labrarse un *cuerpo aéreo* dotado de cinco sentidos; y así el bisojo andaba disfrazado con la apariencia de mendigo, envidiando al que rayase, y tratando de sembrar envidias entre mujerucas y changadores; y no hacía más que andar mudando lugar, pues todos ellos lo atediaban y andar royéndose las uñas y los dedos, como es propio de envidiosos: cuando le ocurrió la aventura de su vida, que lo magnificó entre los diablos.

Tropezó con una choza y un jardincillo en las afueras de Heliópolis; y se puso a envidiar al jardincillo, pues era mejor en su pequeñez que los ostentosos jardines de los ídolos, que había tres: Osiris, Isis y Anubis; a cuyos jardineros sacerdotes

él les había infundido envidia recíproca. Este jardín no tenía comparación: era una maravilla por donde quiera se lo mirara; había hasta lirios del Jordán y anémonas, que no se dan en Egipto; y estaba tan bien delineado y fresco, sin una hoja seca ni una babosa, con las flores haciendo dibujos cambiantes día a día, como cosa de magia.

—Hebreos —dijo el diablo—. Hebreos llegados recientemente. Tres malditos hebreos. Me dan envidia.

La choza era de un carpintero y una mujer jovencita; y el jardín lo hacía la joven para un niño pequeño del cual hablaban los dos esposos, y que el diablo nunca pudo ver, a pesar de sus dobles ojos bis-ojos: bichó diez veces por la ventana y no veía nada en la cuna; y sin embargo allí tenía que estar el niño. No podía verlo.

Ésta era la primera cosa rara. La segunda fue que estando la mujer en el jardinillo, él no podía entrar. Y cuando entraba no estando ella, sentía un malestar indecible, como una fuerza invisible que lo impeliese fuera, desde el centro a la periferia.

Eso fue lo que le dio rabia; la *magia*. La magia trimegista pululaba *all right* en Egipto, pero aquea magia se le sometía, y en cambio estotra no. En vano un día se corporizó en culebra: la *fuerza* lo hizo

correr sin parar por todos lados y al fin salir por un forado demasiado estrecho. Entonces juró por todos los diablos menos él, que iba a destruir el jardín aunque tuviera que dejar el pellejo en la demanda. La envidia apetece destruir.

Entró disfrazado o *corporizado* con un hacha y una tea. Se dirigió al centro, donde había un cedro joven, todo rodeado y enredado de rosas, que parecía un ramo; o, mejor, una llama. De allí partían los efluvios que lo repelían, contra los que tenía que nadar contracorriente; pero como no lo paralizaban, él se dijo que pechando fuerte tenía que llegar. Pegó un enviñón feroz y llegó a dos metros, todo sudado y mareado. Se paró a juntar aliento. Dio otro enviñón desesperado, cayó contra el árbol y se reventó un ojo con el pomo de la espada de San Miguel, que estaba plantada en el cedro, de la cual fluía el misterioso rádium. Se le cayó el hacha; y la tea le incendió la camisa; y en eso oye que viene San Miguel muy paso a paso a recoger su espada. Salió corriendo a los bramidos *hopping mad* como dice el inglés; saltó el seto y se topó con el diablo Anubis, que lo había visto, y estaba asombrado.

—A esa casa ninguno de nojotro ni se arrima, porque está endiablada, contra —le dijo con gran admiración—. ¿Cómo diablos entraste? Hay como

una gran hoguera allí dentro.

—La envidia dentra por todo —dijo el bisojo sosteniendo su ojo: no es nada lo del ojo, y lo tenía en la mano— y nadie la para. Por ella somos lo que somos. Hasta en el Cielo entró.

Desde entonces la envidia no sólo es bizca sino también tuerta. Ve las cosas de un solo lado; y ése, torcido.

—Bueno —dijo la Leona, que venía muy fastidiada del Club de Leones—. Menos mal que por fin ustedes no atacan la Religión. Me gusta la fabulita; pero digamén: ¿Quién era la mujer?

—Mami —dijo el Leoncillo—, me parece mentira no lo *haigas* atisbado.

—Algo atisbé —dijo ella—, pero no estoy segura.

—Así deben ser las fábulas —dijo el Leoncillo—, porque la claridad daña a la profundidad.

—Al contrario me enseñaron en la escuela.

—Pero mami, ahora, estamos en el arte moderno.

—Tu padre no la pensaba así —dijo ella.

—Por eso se murió —dijo el Leoncillo.

De lo cual se enojó no poco la Leona.

Ira

—Bueno, mami: vamos a hacer otra fábula sobre la ira, ya que la que viste en borrador te sulfuró, la de la señora Llobegrat.

Velay: había dos chacreros en Formosa, Plascovic y Bentivoglio, metidos en el riñón del monte, a un kilómetro lo menos de la chacra más próxima, y a una legua de la Estafeta. Hachaban quebrachos para tanino, que les recogían los de la Estafeta, pagándolos míseramente.

El monte virgen hormigueaba de lobos *aguarás* y hasta el yaguareté desaparecía a veces como un refucilo por el garabato; y hacían estragos en las chacras; pero estos dos, en vez de unirse contra el común enemigo, eran lobo el uno al otro, con una enemistad sórdida y salvaje, por una franja de terreno, pocos metros, que cada uno reclamaba por suya, y andaban cambiando las estacas de la linde vuelta a vuelta. Y no eran malos hombres, esto es lo curioso; eran buenos más bien. Pero la iracundia hace salir a flote en nosotros lo peor que hay allá en el fondo, cosas que ni sabemos; y nos hace decir y hacer palabras irreparables.

—¿Y de dónde sacaron esa máxima? —dijo la

Leona—. ¿De San Agustín, sermón 55, por si acaso?

—Mami ¡de Guzmán de Alfarache!

¡No se habían visto nunca! En esa franja miserable cada uno armaba trampas de lobo para hacer caer al otro; o sea, hoyos hondos cubiertos de maleza y hojas secas, con un palo puntiagudo de punta en el fondo.

La enemistad surgió por nada: Bentivoglio achacó al yugoslavo la pérdida de unas gallinas, y le pegó un escopetazo al perro del vecino una vez que lo divisó. El otro le mandó decir con una china —que era de los dos— que le pegaría un tiro a él mismo; el gringo le hizo responder que hiciese no más la prueba. Y de ahí comenzaron a insidiarse el uno al otro.

Eso da siempre mal resultado; y así fue aquí. Plaskovic una noche que andaba aguaitando con un cuchillo se cayó en una trampa desas muy hondas, y se rompió una pierna; y comenzó a gritar socorro. El otro al oír agarró la escopeta y se allegó hacia los gritos; y al querer asomar la cabeza ¿no se le desmorona el borde del hoyo y se va de cabeza encima del otro, disparándosele de llapa los dos tiros de la escopeta?

—Inverosímil —rezongó la Leona—. Ya veo cómo va a acabar.

—Aquí fue el chaguarazo: el eslavo quiso usar su cuchillo, pero no podía bullir; el gringo quiso darle un culatazo en la cabeza, pero el otro le pidió misericordia, notándole que los dos estaban en el mismo incordio.

—Le pido perdón, don Bentibollo —le dijo— de lo qu'hecho y dicho contra usted; estaba enojado y el enojo es como una locura breve. La lonja de tierra donde estamos sepultado yo sabía qu'era suya.

—La lonja de vera hablando es suya —dijo el gringo—; o por lo meno, a mí no se m'importa niente; ¡tengo 13 legua! Yo también hice mucha macana. Ni tan siquiera l'había hablo a osté. Hablando s'entiende la quente.

(—Los hago hablar en castilla, porque en el cocoliche que ellos usaban sería complicar las cosas).

(—Ni tampoco lo sabés —dijo la Leona).

—No señor, la lonja, se lo juro, es suya —dijo el eslavo.

—No me contradiga en esto.

—Lo voy a contradecir, porque no es verdad.

—A mí ningún turco me alza el gallo.

—Yo alzaré lo que se me antoje, napolitano de m... iércoles.

Se sulfuraron de nuevo los dos, como animales.

Pero el turco, que no era turco, al ver que echaba mano a la escopeta, de nuevo le pidió perdón llorando, y le dijo:

—¿Ahora nos vamos a pelear que estamos en esta sepultura?

—Vamos a salir —dijo el italiano—. La gente oyó los dos tiros.

—No ha oído nada. Y si oyó, creyó usted andaba cazando vizcachas.

—Vamos a gritar los dos a una. La Ulalia por lo menos nos va a oír.

Se pusieron a gritar como marranos: «*Socorro. Auxilio. Por amor de Dios*», procurando superponer las voces. De tanto en tanto se enojaban otra vez y comenzaban a insultarse. Después se reían de ellos mismos. Es decir, Plaskovic no se reía, porque le dolía horrores la quebradura.

Bentivoglio le propuso pusiera las manos en estribera y lo levantase a él hasta el borde; imposible; porque el hueso del fémur quebrado le salía abajo la piel. Entonces al revés, que Bentivoglio lo izaría. Qué esperanza: no podía ponerse en pie. Quería incorporarse y se caía de nuevo, chillando como un marrano.

—¡Socorro, auxilio, por amor de Dios!

Las horas nocturnas pasaban lentamente; tan

lentas que les parecía un siglo habían pasado allí en la hoya.

—*Encoméndati* a Mahoma que yo me *vollo encomendarmi* a San Yenaro —dijo Bentivoglio.

—¿Serai posiple tengamo que murire aquí? —gimió el otro.

Apuntaba el alba y los dos estaban roncós. De repente se oyó un nutrido rumor entre las malezas.

—¡Viene kente! —rugió el yugoslavo.

Mas el italiano levantó la cabeza, paró la oreja izquierda y escuchó sin resollar siquiera. Después maldijo a Dios, a su padre y a su madre; y a San Genaro.

—¡Maledizione!

—¿Qué pasa?

—¿Los aguarases atacan al hombre, decime?

—Cuando andan hambrientos solamente.

—*¡Gesummaria, mi à comparso il diàvolo! ¡Achidente e maledizione!* Es una manada de aguarases hambrientos.

FINIS.

—¡Y! ¿Se acabó la fábula? —dijo la Leona.

—*Finis*, mami.

—¿Se los devoraron a los dos pobretos?

—Pero mami, los aguarás son capaces de treparse por las paredes de un pozo, cuantimás de

echarse adentro.

—No me gusta esa fábula: es inverosímil.

—Pero mami ¿ahora vas a pretender hagamos otra? Se nos acaba la inventiva.

—Pero eso no puede suceder, lo mismo que en la otra de antes.

—Mami, *ha sucedido*; me lo contó un formoseño —dijo el Leoncillo.

—Son inventos; ustedes andan perdiendo el tiempo inventando imaginaciones.

—¿Y cultivar santamente la imaginación, quién dijo que es pecado, mami?

De lo cual se enojó no poco la Leona.

Gula

La alabanza a Dios, Señor de los Mundos.
El Clemente, el Misericordioso.
Rey del Día del Juicio.
A ti adoramos y pedimos ayuda
Y el camino recto Para hacer una Azora
buena Acerca del pecado de Gula.

—La gula no es pecado —dijo fastidiada la Leona.

—Mami, está entre los Siete Pecados Mortales —dijo el Leoncillo.

—Eso está cambiando —dijo ella—, en el Gran Cambiamento que ha hecho un papa sonriente y gordo, en la religión. Así como ha suprimido el amito, el manípulo y la estola de los prestes, así ha suprimido el pecado de gula de entre los Capitales, siendo él como era un poco comilón; y válgale que no los haya suprimido los otros seis. Pero eso puede venir, progresando el mundo.

—Mami, nosotros somos antiprogresistas y preconciliares. Nosotros estamos todavía en el catecismo viejo.

—Está todo equivocado, y no es razonable. ¿Me

van a venir a decir que porque una sea un poco aficionada de más al dulce de leche y al mate amargo Dios la va a mandar de golpe y porrazo al infierno?

—Mami, el padre Amancio dice que el mate amargo no es gula, solamente es vicio; es a lo más guluzmería. Vos todo lo que decimos te lo aplicás a vos, y nosotros ni pensamos en vos.

—Ya sé que no piensan en mí, porque son ingratos, porque ésa es la filiedad de los muchachos de ahora. Pero dejen no más. Yo lo voy a arreglar a ese profesor Pérez Borje, con sus *azoras*. Lo que deben escribir es contra la mentira. Ése sí que es pecado y no macana.

—Mami, la mentira no es pecado; y vos siempre nos estás cargando con la mentira; y vos también, algunas mentirijillas...

—Porque son unos mentirosos de mil diablos. Y para que vean, las mujeres nunca mentimos.

—Bueno mami, ésta es la última fábula; y si al final no te gusta, la incineraremos—:

Había un cadí medinés que comía muchísimo, porque el ALCORÁN dice en la Azora 5 Aleya 90: «*Comed de todo*». Eso sí, beber no bebía ni gota, porque El Libro en la Azora 2 Aleya 216 dice: «*Si os preguntan sobre el vino y el juego del truco (maysir) responded: En ambos hay gran utilidad,*

pero hay también gran pecado; sobre todo en el vino».

—¿Y de dónde sacaron ustedes eso, quieren decirme?

—Mami, no interrumpas, que no acabamos nunca. El profesor de Historia Media Moderna y Contemporánea nos ha dictado 77 aleyas para que componamos con ellas una azora.

—Está loco. ¿Es árabe, por si acaso?

—Galleguísimo es y anticlerical y franquista; pero se ha hecho *muslim* de rabia que les tiene a los judíos. Dice que la religión cristiana es la mejor como dice Mahoma en la Azora 9 Aleya 30, pero no la que predicán ahora los curas, sino la que tuvo el Patriarca Abraham, que Mahoma no hizo más que restaurar, corrompida como estaba por judíos y cristianos. Tres meses se ha pasado explicando los árabes; y cuando viene un inspector le recitamos de memoria una lección sobre Ricardo Corazón de León, para disimular.

Borje enseña que Ricardo Corleón se hizo mahometano por amor de su amigo Saladino, y por eso lo echó de Inglaterra su hermano Juan Sintierra.

Este cadí ¿cómo era que se llamaba? Vener ben Walija empezó a engordar por demás, y ya era rechonchito de nacimiento, y como era petizón, se iba

haciendo más ancho que largo; y comía hasta cuando estaba oyendo los testigos de un juicio, pues tenía siempre una fuente de chaluzz y otra de emhri alao la mesa. Así que lo echaron de Tribunales.

No fue al principio; a él el cargo de cadí le venía del padre... Fue a raíz de una sentencia a favor de un ricacho que quería divorciarse a la vez de sus cuatro mujeres sin devolver la mitad de la dote, como manda el Libro en la Azora 4, *Las mujeres* y en la 65, *La repudiación*; y el tal ricote le había mandado una mula cargada de dátiles y charqui de chanco, prohibido por el Profeta. Empezó a comerse literalmente todos sus ahorros y sus muebles; porque daba a sus amigos comilonas espléndidas. Como los dos imanes de la ciudad lo retaban cada vez que lo topaban —y uno d ellos era bastante dado a la tragonía— y le cobraban multas en la mezquita, se salió de la secta mediní, y se inscribió en la mequí, que es la primera fase de la evolución de Mahoma y no tiene imanes; y después se salió también desta y se adscribió a la jarichí, que ya es herejía, pues no admite más que el pelado texto, como los caraítas judíos, y los protestantes cristianos; y rechaza la Tradición o *Sunna* y los comentarios o *tanaín* y la teología o *amorain*; y, sobre todo, permite la interpretación libre de todas las aleyas no abrogadas.

Porque la Azora 5 Aleya 90 («*Comed de todo lo que Dios permite*») éste la interpretaba suprimiendo el *permite*, que decía era *abrogado*.

—Pero ¿qué demonio de enredos son éstos? —dijo la Leona.

—Mami ¡los apuntes del profesor Borje, que es una biblioteca nacional ambulante!

Bueno, cayó en la última miseria. No le daban empleo ni tampoco tenía gana de trabajar. Quiso emplearse de vigilante; pero tenía el cerebro entorpezado por los vapores.

—Los turcos son buenos —dijo la Leona ahogando un bostezo—, mejores que los judíos. ¿Dónde han visto un judío que trabaje de vigilante? Y yo conozco un turquito que trabaja de chafle.

—Perdió los muebles, perdió las joyas, perdió la casa; y quería seguir dando francachelas; y hasta un pergamino del ALCORÁN completa versión consonántica diacrítica tuvo que entregar a un usurero judío. Un tío que tenía, que era hereje chiís, con esa solidaridad familiar del árabe, lo quiso salvar, y le daba de comer moderadamente; pero cuando éste vio que le tasaba más y más la comida, un día se puso furioso y casi lo mata. Andaba en la compañía de las mujeres hipopotánculas y los varones adefágicos; que no los admiten en las literas colectivas, porque

aplantan a todos los viajeros y ocupan lugar de dos; y a veces hasta las mulas protestan. Bueno, no solamente no podía empiparse sino que comenzó a pasar hambre; y hay que ver cómo enflaqueció, que antes decía él no podía enflaquecer con ningún tratamiento.

—Bueno, enflaqueció y se murió —dijo la Leona—. ¿Y ésta es la famosa fábula?

—No mami, recién empieza; y no es fábula, sino un poema del obispo árabe católico Quuss o Quoss que recogió de la trasmisión oral once siglos más tarde el padre Cheikho de San Marón.

Canta el obispo Quoss que nuestro Vener ben Walija desesperado por el hambre y más por el vicio hizo un pacto con el diablo, para lo cual tuvo que salir de la secta jarachí, que no cree en el diablo, y hacerse de la secta persa Mazdú. Los pormenores del pacto no los cuenta el obispo, deben de haber sido los corrientes. El diablo le prometió volverlo a la vieja bonanza, y asegurarle morfe para toda su vida, sin decirle que la de los obesos es corta; con tal que cometiese uno de tres pecados graves, a elección: o matar a su padre, o ultrajar a su madre, o emborracharse. Escogió el más chico, por supuesto. Fue a la taberna del Francés, junto con el diablo que iba a salir garante. Se emborrachó en forma.

Y una vez que estuvo borracho, ultrajó a su madre y mató a su padre.

—Qué horrores —dijo la Leona—. Válgales que lo han leído en un libro de un obispo, y no lo han inventado ustedes; aunque yo no sé por qué diablos los obispos católicos deben ocuparse en hacer poesías. Le voy a contar esta poesía a mi primo el de Flores que es un borrachón perdido y no me paga nunca los dos mil pesos que le presté cuando se casó. ¿Qué se ha creído?

PARTE TERCERA: *EL NUEVO*
SÓCRATES

Enseñanza privada

Estaban aquel día con nosotros, oh excelso Theletes, los tres mancebos de la Ínsula del Argento, Fubites, Hebetes y Sarpicoluthos, delegados de los que en su remoto país se estaban «ocupando» universidades para festejar la «Reforma». Y el diálogo fue de esta suerte:

—Oh Sócrates, con perdón de la curiosidad, ¿tú eres libre o laico?

—¿Y si a mí se me antoja ser liblaico? — preguntó sonriendo el Maestro.

—No puede ser, oh maestro de la juventud; porque serías partidario del libro; y no de cualquiera, sino del libro hebraico; y como el libro hebraico es la Biblia, caerías en las amarras del oscurantismo, de donde serías libre y al mismo tiempo laico; lo cual es contradictorio.

—Pues ¿qué entendéis ahora por libre?

—Libres son los cosos que quieren llenarnos la cabeza de dogmas.

—¿Y laicos?

—Los que quieren dejarnos vacía la cabeza.

—¿Y qué son dogmas?

—Dogmas son así unos cosiacos que persiguen a

la Ley 1420.

—¿Qué es la Ley 1420?

—Lo que impide la división del Gran País.

—¿Qué gran país?

—El de estos tres nobles mancebos —interrumpí yo— que acaban de llegar por avión a Atenas para averiguar si tú eres libre o laico; cosa que está allá en discusión trascendental y progresiva.

—Medrados estamos —reflexionó Sócrates— si tenemos que arreglar desde aquí los asuntos de Franco, de Chiang Kai-Shek y del Viet Nam, a distancia.

—Es lo que hacen arreo en la tierra déstos; y no estará mal imitarlos en este caso, me parece, aunque no sea más que para ver. Porque en este caso hay que tomar partido. No es como la Ley de Hidrocarburos, que todos estamos ya de acuerdo.

—¿Es verdad eso? —preguntó el Maestro a los tres mancebos, los cuales se pusieron colorados y dijeron, uno en pos del otro: ¡Curas no! ¡Risieri arriba! ¡Viva el pensamiento libre! ¡Abajo Devoto!

—¿Qué es pensamiento libre?

—Es la norma que produce el desenvolvimiento del desarrollo de la plenitud cerebral.

—¿Qué es plenitud cerebral?

—Es nuestra tradición liberal.

—¿Qué es liberal?

—Liberal es aquel que es libre.

—¿Libre no es lo contrario de laico?

—Cabalmente, Maestro.

—La Ley 1420 ¿es libre o laica?

—Es laica, ni qué decir.

—Tenemos entonces que la Ley 1420 al producir la plenitud cerebral conserva la tradición liberal; y por lo tanto es libre y laica a la vez; lo cual es contradictorio.

Al oír esto, los tres mancebos se descompusieron gravemente, y escupiendo unos chicles, a no ser fuese lo que llaman *cigarrillos*, desfundaron unas cachiporras gritando sucesivamente: «*¡Maniobra de Bordo! ¡Ataque a la democracia! ¡División del país!*»), por lo cual tuve yo que intervenir rapidísimamente.

—Me he equivocado en una definición, oh Sócrates. Ley 1420 es lo opuesto al Artículo 28, el cual ataca a la democracia para llevarnos al totalitarismo por medio de la enseñanza convertida en mercachiflería de la oligarquía burguesa.

—¿Hay que empezar todo de nuevo?

—Es lo que acostumbran en el país éstos hace ya como 30 años. Pero aquí no es necesario. Basta atenernos a la definición verdadera.

—¿La cual sería?

—Atentado contra la democrassia.

—¿Qué es democrassia?

—Ya comienzas como siempre con tu preguntonería. ¿Es posible que siendo griego, oh Maestro, no sepas esa palabra griega?

—Le han cambiado una letra, mecachis —dijo Sócrates—. ¿Quieres decir *gobierno de pueblo*?

—En el país éstos traducen de otra manera, aunque equivalente: *gobierno de los democráticos*.

—¿Qué son democráticos?

—Sócrates, me extraña: democráticos son los contrarios al tota-lita-ria-nismo.

—¿Qué es tota-lita-ria-nismo?

—Pues viene a ser el aluvión zoológico, la tiranía, los fascistas encubiertos, Franco, el padre Meinvielle y, en suma, los católicos. No me vas a preguntar ahora qué son los católicos...

—¿Se trata pues de una cuestión de religión, oh Platón?

—A mí me parece que sí —contesté modestamente.

—¡De ninguna manera! —se adelantó uno de los mancebos, llamado Hebetes—. Es una cuestión de cultura, de progreso y de solidaridad humana, por encima de todas las razas y religiones. Yo no he visto

jamás a la Ley 1420 perseguir a nadie; en cambio son ellos los que quieren perseguimos con sus universidades privadas.

—¿Qué es universidad? —preguntó Sócrates.

El mancebo principal se volvió a sus congéneres y les hizo un gesto lunfardo que significa ¡araca!, en la lengua d'ellos. Después miró a Sócrates de arriba abajo y respondió desdeñosamente:

—Es una gran casa con profesores oficiales que se inventó en la Edad Media para reventar a los curas y hacer medrar a la democrassia; y si a mano viene, a la Ciencia. De ahí es donde hay que echar a los católicos.

—¿Por qué?

—Porque si te descuidas, al enseñarte el problema de Pitágoras, te encajan al mismo tiempo un dogma. Además, no quieren enseñar a Darwin, ni a Freud, ni a Ingenieros. Ni los saben, si vamos a eso. Por eso los echamos de todas sus cátedras.

—¿Y cómo entraron?

—Bueno, algunos saben el problema de Pitágoras.

—¡Araca, no lo saben! —saltó el otro mancebo, Fubites—. Los dejamos entrar para echarlos apenas haya una Revolución Libertadora y un Ministro Católico.

—¿Y ellos?

—Ellos se van despacito, ayudados por Frondision, y pretenden con su plata, que les sobra, fundar otra universidad para enseñar ellos también. Que es lo que hay que impedir.

—¿Por qué?

—Por los dogmas. Allá en la Argentaria hay gente que tiene dogmas y gente que no tiene dogmas. Hay que acabar con los dogmas, para acabar con la división del país.

—¿Hay pues división en el país?

—Horrible; pero no tiene la culpa la Ley 1420. De suyo, con la Ley 1420 ya no debería existir un solo dogma. Pero existen; y a nosotros nos aterran.

—¿Cómo es eso?

—Pues necesitamos que el gobierno nos alargue unos mil millones de denarios oro para sueldos, viáticos, publicaciones, *eudebas*, prebendas, subsidios, pensiones, viajes de estudio al extranjero, congresos y otros gastitos; y los dogmas van contra todo eso.

—¿Y no puede darlos a vosotros el Gobierno, y a la vez dejar en paz a los otros; a esos «privados», como en el caso del Sanatorio Privado de Piel?

—Ahí está lo malo: que si los deja enseñar, a lo mejor la gente se va allí a aprender; y se acabaron

los mil millones.

—¿Y por qué ha de ir allí la gente?

—Por causa de los dogmas; la gente en nuestro país es demasiado dogmática. Ahí está todo el mal.

—No entiendo este asunto —dijo Sócrates—. Me parece que aquí hay algo que está al revés.

Y conforme a su costumbre en estos casos, se bajó de su camilla y se puso patas arriba para ver todas las cosas al derecho. Al rato dio un suspiro, y dijo, volviendo a su camilla:

—¡Platón! Tengo la cabeza toda oscura, como si hubiera tragado medio litro de cicuta.

—Es la primera vez que te pasa.

—Sólo sé que no sé nada.

—Eso no es la primera vez que lo dices. Pero es falsa modestia.

—Platón, ¡confiésalo! Tú también tienes la cabeza oscura a estas horas.

—Lo confieso, oh Maestro.

—¡Tú has estado hablando demasiado con estos muchachos!

—¿Y qué hay con eso? Son simpáticos. La juventud siempre es simpática y es la semilla refulgente y esplendorosa y el faro subterráneo de la emancipación total. Sobre todo, la juventud reformista.

—¡Platóón! Te prohíbo terminantemente volver a hablar con muchachos reformistas.

—¿Por qué?

—Por los dogmas.

Al oír eso, los tres mancebos del Argento se abalanzaron como fieras contra nosotros dos —que si fuera contra Sócrates solo, vaya y pase— gritando a voz en cuello: «¡*Curas disfrazados! ¡Curas disfrazados!*!». Uno le erró un cachiporrazo a Sócrates, otro lanzó una bomba lacrimógena y el tercero una bomba de veras, que si no le arranco a tiempo la mecha, se acabó la escuela de Sócrates, y todas las escuelas gratuitas del Colegio del Salvador; después de lo cual salieron al galope.

Por lo cual Sócrates, arrojándose majestuosamente en su raído jitón, llamó por teléfono a la policía. Pero como la policía quiere andar bien con todos, y no encontró a los muchachos, lo apresó a Sócrates, y lo condenó a beber la cicuta.

La democracia

Fue el día en que se verificó en Atenas la restauración de la democracia, después del gobierno de facto de Agiospotamos y Rodomorfos, cuando vino el carcelero con una urna vigilada por dos milicos para que votara Sócrates; pues aunque por la Ley 203 785 inciso 6 los encarcelados no pueden votar, por el decreto adicional 203 786 c. f. están obligados a votar todos los tipos prominentes de la república, como lo era el gran Sócrates, bajo pena de multa y cárcel; y él de todos modos ya estaba en cana. Así que preguntó con murria:

—Dime, oh Platón, ¿qué es la democracia?

—Es el gobierno del pueblo.

—¿Qué quiere decir *del pueblo*? Esta partícula *de* es ambigua en nuestra lengua. ¿El pueblo gobierna? ¿O es gobernado?

—El pueblo gobierna.

—¿Y a quién gobierna?

—Al pueblo.

—Entonces ¿el pueblo gobierna y a la vez es gobernado?

—Así parece, oh maestro.

—¿No son contrarios gobernar y ser gobernados?

—Lo son, Sócrates, porque gobernar es mandar y ser gobernado es obedecer.

—¿Y qué dice el axioma N° 8?

—Dice que dos contrarios en un mismo sujeto se destruyen.

—Por tanto, con la democracia el pueblo se destruye.

Yo no tenía inconveniente en conceder que sí, porque como todos saben he sido bastante *fascista*; o como decíamos entonces, *laconizante*; pero estaban conmigo Cleón y Demólalos, que habían llegado ese mismo día de la Reocia con noticias frescas; y dijo Demólalos:

—Te equivocas, oh maestro; porque el pueblo no gobierna sino por medio de sus representantes.

—¿Y los representantes gobiernan al pueblo?

—Ciertamente: después que han sido elegidos por nosotros, tal como lo harás tú dentro de un momento en uso de tus derechos soberanos.

—Demodoqué ¿dentro de un momento gobernaré yo al pueblo de Atenas?

—Cierto, Sócrates; y en eso justamente consiste la soberanía del pueblo.

—¿Por cuánto tiempo gobernaré?

—Por el tiempo que metas la boleta en la urna.

—¿Y puedo en este tiempo derogar todos los

impuestos de Atenas e imponer el Impuesto-Único-Al-Capital-Financiero, que no me agarra a mí?

Aquí vaciló Demófalos, que tenía capital financiero, y tomó la palabra Cleón, diciendo:

—Sin duda, Sócrates; siempre por medio de tus representantes, si lo son también de todo el pueblo; o de la mitad más uno.

—¿Y si no lo son?

—¡Oh, lo serán sin duda, Sócrates! Tú eres vivo, y has votado siempre por el candidato de la mayoría.

—Pero es el caso —dijo Sócrates— que ahora la mayoría no quiere el Impuesto-Único-Al-Capital-Financiero.

—Pues paciencia y barajar, Sócrates: la mayoría nunca se equivoca, teóricamente al menos; y si nosotros mantenemos el Impuesto-Único-A-Los-Productores es que eso conviene más a todo el mundo.

—¿También a los productores?

—Desde luego, Sócrates.

—¿Votan por él los productores?

—Directamente no; pero votan por Frondívoros, el cual se ha comprometido secretamente a mantener el dicho impuesto; que nosotros llamamos el Programa Des-arrollista.

—¿Y por qué votan los trabajadores por

Frondivoros?

—No los dejamos votar más que por Frondivoros o por Balvivoros; el cual es peor que Frondivoros; o por lo menos, así se lo creen.

—¿Y por qué se lo creen?

—Lo hemos hecho ver por medio de la Propaganda.

—Pero ¿no ven que si después el pueblo se da cuenta, se levantará?

—Qué importa. La autoridad es sagrada y viene de Dios. Demodoqué con agarrar unos cuantos y fusilarlos de noche, caiga el que caiga, los demás se quedan más quietos que paramento, en homenaje al principio de autoridad. Tenemos a la Religión de nuestra parte; y hacemos un Te-Deum por nuestros pecados cada 25 de Mayo.

—¿Y quién los fusilará?

—Las Fuerzas Armadas.

—¿Y si se levantan las Fuerzas Armadas?

—Imposible, Sócrates: las Fuerzas Armadas están para defender la Constitución; y por eso les andamos aumentando los sueldos, las prebendas y las ventajas desde hace 30 años. No les conviene levantarse contra nosotros.

—¿Quién les aumenta los sueldos?

—Nosotros.

—¿Quiénes son Ustedes?

—¡Pues nosotros los democráticos!

—Entonces Ustedes son el verdadero gobierno de Atenas.

—Y está muy bien así —dijo Cleón—. Nuestra Constitución es democrática. No hacemos más que defender la Constitución.

Aquí tomó la palabra Demólalos, y dijo medio cantando:

—Es la Santa Democracia, la religión verdadera de la Humanidad donde caben todas las otras religiones. A este estado ideal hemos llegado después de grandes esfuerzos, derramamientos de sangre, millones de muertos y millones de libros escritos por los más preclaros cráneos de los siete continentes. Los pueblos han llegado a su mayoredad, teóricamente al menos; porque no es de negar que en la práctica muchas veces se equivocan; pero aquí estamos nosotros para corregirlos y educarlos. ¡Educad al Soberano!

—¡No es tan soberano si necesita ser educado por ustedes! —pero sus palabras se perdieron, porque los dos beocios habían hecho tres pasos de mazurka y ambos enlazados cantaban a voz en cuello los primeros compases del *Himno de los Representantes del Pueblo*:

Somos los - sómoles -
REPRESENTANTES

Y no comó los - cómolos - los de antes.

Sómoles sómoles

Cómoles cómoles

Repre - repre

Represí - Represión - Represionantes

Sentantes

Los verdaderos - los verdaderos -
representantes

Represionantes...

—¿Y cómo lo corrigen al Soberano? —gritó Sócrates en el momento que los dos representantes atacaban la segunda estrofa.

—¿Cómo dice? —exclamaron ellos parando el baile.

—Alguna vez que se equivoca la mayoría... —comenzó Sócrates.

—Oh, se equivoca casi siempre —repuso Cleón—. Está inmadura, impúber intelectualmente. ¡Pues que se equivoque! La corregimos por medio de una revolución libertadora...

—¿Y eso?

—Es un pronunciamiento, un golpe de Estado, o

una chirinada, seguida de una dictadura democrática.

—Pero ¡cómo!, ¿la dictadura no es lo contrario de la democracia?

—Hay dictaduras y dictaduras, Sócrates. Las dictaduras democráticas son muy buenas y necesarias, pues se hacen para restablecer la democracia.

—¿Y cómo se hacen?

—Pues golpe de mano, perjurio, zancadilla, estado de sitio, operativo H, y leña a todos los contrarios. Se suspenden las garantías constitucionales, y palo que te crío, para defender el Estado de derecho.

—¿Y han hecho muchas?

—Todas las necesarias haremos, hasta educar al pueblo. Para eso contamos con elementos nuestros en las Fuerzas Armadas. En tanto, nosotros cobramos; y en tanto el mundo sin cesar navega por la órbita inmensa del vacío.

—Esta democracia —observó Sócrates— me está pareciendo que es una especie de comodín comodán.

Los dos beocios cambiaron una mirada.

—¡Cuidado, Sócrates! —dijo Demólalos—. Insidiosa y subrepticamente parece que en tus preguntas reaccionarias se está insinuando una

ideología cavernícola, atrabiliaria y carcamánica, que configura un *delicio* de traición a la patria: *delictum, delicti*.

—¡Cuidado, Sócrates! —recalcó Cleón—. Te prevengo que en el sufragio universal y libre que tendrás el honor de depositar en la sacra urna, debes votar por Frondívoros.

—¿Y por qué?

—Como tu voto en esta urna será el único, se sabrá por quién votaste y te atenderás a las consecuencias; y aunque no fuera el único, es igual. Lo averiguaríamos.

—¿Y si se me antoja votar en blanco?

—Es pecado mortal según el Obispo.

—Pues yo voy a practicar el voto cantado —dijo Sócrates, con la testarudez que lo caracterizaba, al ver aproximarse al carcelero con su urna, que tenía un vago aspecto de sarcófago, seguido de dos milicos que traían una copa de cicuta.

Sócrates tomó una boleta y escribió en ella, a la vista de todos:

Yo te besaré el brial
Color del lirio morado
Yo te besaré el cendal
Color amoretonado

Yo te besaré los chanclos
Color de los lirios blancos

y puso debajo estas misteriosas letras: LPQTP.

Visto lo cual fue condenado ipsofacto y nemine discrepante a tomar la cicuta por desacato a la autoridad. Y como esta vez por casualidad el boticario la había preparado bien, Sócrates cantó para el camero, en medio de los aplausos de sus discípulos; los cuales le dieron religiosa sepultura, plantando en la tierra fresca una estaca con un cartel de cartón que decía:

AQUI YAZ NA NEGRA TERRA
MOITO CONTRA SUA
[VOLUNTADE
O VISORREY DA FILOSOFIA
[GRECA
SOCRATES SOCRATIDES
DEUS LLE DEA LA PAIX
NO OUTRO MUNDO
XA QUE NESTE NON POUDO.

La verdad

Era el día tercio antes de los Idus de las Kalendas Griegas cuando nos visitaron los dos alumnos de la escuela de Pirro de Cirenaica; que no se ha de confundir con el otro Pirro de Pérgamo, el que ganó la batalla llamada «*victoria de Pirro*», que fue peor que una derrota; por lo cual murió de un ladrillazo en la cabeza que le propinó una vieja desde el balcón veredero. Mas estotros eran verdaderos pirrónicos; y venían con su Bedela, una gurisa de las que llamamos aquí ñanduzas o sea, con minifaldas; los cuales alumnos traían de su Didactós un mensaje consistente en esta pregunta:

—¿Qué es la verdad?

Sonrió Sócrates al leer el pergamino y preguntó a Critias:

—¿Qué es la verdad, oh hijo de Octopus?

—Es una mujer desnuda que está en el fondo de un pozo.

—Bien. Y si no estuviera desnuda sino vestida ¿sería la verdad?

—No lo sería, oh Sócrates, ni tampoco si la sacaran del pozo.

—¿Sería pues mentira?

—Indudablemente: lo que no es verdad es mentira.

—Y dime, oh eximio, ¿una mona está desnuda o vestida?

—Depende, oh maestro: hay algunas monas que se visten de seda; pero por regla general están desnudas.

—Y si una mona desnuda se cayese en un pozo ¿sería la verdad?

—Sería por lo menos muy semejante a ella.

—¿Tanto que se podría dar como verdad?

—Para mí, sí; no sé lo que pensará aquí la señorita alumna.

Los alumnos pirrónicos aprobaron incontinenti; tanto que la mujercita afirmó que una mona desnuda no se diferenciaba esencialmente de una mujer vestida, siempre que lo fuese de shorts, minifalda, modelito o bikini.

—Bien —dijo Sócrates—: tenemos la primera coordenada cartesiana de la definición de la verdad. En cuanto a la segunda, dime, oh Pirroncito, ¿los niños y los locos dicen las verdades?

—Y los borrachos —respondió Pirroncito.

—Y los borrachos —asintió Sócrates—. Ahora bien, los borrachos ¿tienen la verdad?

—Por fuerza: nadie da lo que no tiene; y de la

abundancia del corazón habla la boca.

—¿Y dónde la tienen?

—Adentro —dijo Pirrón Primero.

—¿Podemos pues decir que los borrachos tienen una mujer desnuda o bien una mona desnuda adentro?

—Más bien una mona —dijo Pirrón Segundo.

—¿No hemos quedado en que si una mona se viste se convierte en mentira?

—Así es, Sócrates; y eso es grande; pues justamente estamos plagados de mentiras, que son monas vestidas.

—Vestidas ¿de qué?

—Vestidas de verdad —intervino la ñanduza.

—¿Quieres decir que son imitaciones de la verdad?

—Eso mismo.

—¿No hemos dicho que la verdad es desnuda?

—Así es, oh Sócrates.

—¿Se puede vestir a una mentira, siendo así que la verdad es desnuda, de modo que parezca la verdad?

—Pero perfectamente, Sócrates: en esta ciudad no se hace otra cosa: medias de nilón, corpiño calado, escote atrevido, minifalda, *soutien-gorge* relleno, jopo y polizón y todo lo al. Alta costura, como si dijéramos. Aquí anda lleno de mentiras

vestidas de verdad.

Aquí la Pironia se dirigió a la puerta para retirarse.

—¿Quieres decir de mujeres feas embellecidas con vestidos?

—Nunca, Sócrates: yo hablo alegóricamente, como aquí tu discípulo Platón. Quiero decir, una cantidad de mentiras, con nombre de verdades, como Democracia, Igualdad, Justicia, Constitución, para no hablar de_ Austeridad, Economías y Patriotismo; y de las religiosas como Jerarquía, Caridad y Misericordia, mejor ni mentarlas.

Aquí la Pironia volvió grupas y Sócrates se cubrió la cara y la cabeza con el manto, por lo cual todos los discípulos se cubrieron lo mismo creyendo habría entrado alguna avispa furiosa; pero no era eso, sino que se había puesto a reflexionar.

—He aquí —dijo luego de un rato— que hemos llegado a la tercera coordenada de la verdad.

—No hay más que dos coordenadas —objetó Pirroncito.

—¡Silencio! Estoy hablando de la tercera dimensión, si no es de la cuarta. Vamos a ver, Platón, ¿qué es la verdad?

—La verdad es el ser —dije yo.

—Eso es lo que vos creés —dijo Pirrón Primero.

—Lo creo y es así.

—Y la mentira vestida de verdad ¿es el ser? — preguntó Sócrates.

—Es un poco de ser y un poco de no ser.

—¿Digamos mitá y mitá?

—No, porque el ser está en la superficie y el no ser está adentro.

—El no ser ¿es la nada?

—Correcto, oh maestro.

—¿Sería pues una nada con una cáscara de algo?

—*Ecco*; es como una mona ataviada de persona; con la añadidura de que esas nadas con cáscara son sumamente ponzoñosas.

—Entonces ¿para qué las hizo Dios?

—Solamente para pincharlas y que salga la nada.

—Bien, Platón, veo que has asimilado mis enseñanzas al 23 o 25 por ciento. Ahora bien, y si ello es así, te ruego que las pinches.

—No puedo, Sócrates. No están a mi alcance.

—¿Por qué, oh Mi-Primero-de-Clase?

—¿No ves, Sócrates, lo que pasa? —dije yo.

Y tomando el proyector-estereoscopio proyecté en la pared del calabozo una foto con este título: *Breve imagen del mundo actual*. Todos enmudecieron de asombro; porque apareció una playa de Marel Plata llena de bañistas desnudas; y debajo en medio y

encima d'ellas, llenando tierra mar y cielo, una inmensa cantidad de monas vestidas de seda con carteles al cuello que decían Democracia, Igualdad, Justicia, Misericordia, Caridad y Jerarquía; todas las cuales eran transparentes pero no invisibles, al menos para nosotros los filósofos; y ellas lo penetraban y enredaban todo.

Visto lo cual, Sócrates tomó la cicuta.

La libertad

Este diálogo tuvo lugar el día que metieron *dentro* — del calabozo de Sócrates—, por no haber más lugar en la cárcel, al Defensor de la Libertad, un preso del Pojo Lajánima, según él, aunque después resultó que era de Chumbicha. Éste decía que era el rey de Atenas, descendiente directo de Teseo el Grande, y perseguido por los usurpadores enemigos de la libertad; y lo convencía a uno cuando hacía discursos, porque hablaba como los mismos ángeles, que un discurso que hizo sobre la *Reforma de la Constitución de Aristóteles con los aportes cívicos de Eróstrato y Cleón*, a mí me dejó boquiabierto y patidifuso. A éste le preguntó Sócrates, de acuerdo a su fatídica costumbre:

—¿Qué es la libertad?

—Digo yo, Maestro —saltó Filebo—. Es la continuación de la calle Salta. De modo que si un preso atraviesa Rivadavia ¿qué pasa? Que se halla en Libertad.

—Ése es un chiste más antiguo y más sonso que yo —dijo Sócrates—. Ahora hablo en serio. Y le pregunto a este cumpa de aquí.

—Libertad es poder hacer lo que a uno le da la

gana —dijo el nuevo preso.

—¿Y si le da la gana de matarlo a Onganía, que Dios me perdone?

—Eso ya no sería libertad, sino libertinaje —dijo el presunto rey.

—¿Y de echarlo a Onganía?

—Eso no se puede, aunque a uno le dé la gana.

—¿Y de hablar mal de Onganía en los diarios?

—¿Por ejemplo? —preguntó el preso.

—Por ejemplo, que hace demasiados discursos, y en el fondo no dice gran cosa; y después hace al revés de lo que dice...

—Eso sí se puede; y en eso consiste precisamente la libertad de prensa. Pero Dios te libre y guarde de hacerlo.

—Pero eso ¿no sería ya comenzar a echarlo?

—Comenzar no es como acabar —sentenció el preso—. Acabar son los hechos y comenzar son las palabras. No hay que castigar las palabras, sino solamente los hechos; y éstos, no todos. Por ejemplo a mí, aquí me tienen injustamente castigao, solamente por mis ideas, dónde se ha visto.

—Pero ¿no dicen que comer y rascar, todo es empezar? —insistió Sócrates.

—También dicen que de comenzar y no acabar están los cementerios llenos —dijo el rey de Atenas

—. Y que del dicho al hecho hay que tomar el subte.

—¿De modo que quedamos que la libertad consiste en comenzar y no acabar lo que a uno le dé la gana, por malo que sea?

—Exactamente, oh Maestro. Lo demás es libertinaje. La libertad es el bien más grande del hombre, como dijo un obispo auxiliar, bastante más que la gracia de Dios y la salvación del alma. Cuba ha entrado en el camino de la libertad a fuerza de fusilamientos. Sin libertad no hay democracia, sin democracia no hay soberanía, y sin soberanía no hay huelgas; y sin huelgas no hay aumentos de salarios. La libertad es la diosa esplendente de los tiempos modernos que ha llevado al mundo a su última perfección y a su pacificación. Pronunciad la palabra *libertad* y sentiréis un alivio en el vientre, como dijo Rafael Obligado:

«¡Belgrano! ¡Libertador!
¡Nuestro mejor ciudadano!
¿Quién al pronunciar: Belgrano
no se sentirá mejor?»...
Oiga usted, señor doctor,
si su enfermo tiene un grano
o una pústula o tumor,

deje el sulfamilmetano:
Haga que diga: ¡Belgrano!
Y se sentirá mejor.

Y así seguía el tipo su discurso, de no haberlo parado Sócrates con esta pregunta seca:

—¿Qué es la libertad de prensa?

—Que los diarios puedan decir lo que quieran.

—¿Aunque sea mentira?

—Algunos dicen mentiras; pero hay que tolerar que digan mentiras para que puedan decir también verdades. Ahora, si dicen mentiras en cuestión religiosa, no importa nada, porque hay libertad de cultos.

—La mentira ¿no es lo contrario de la verdad?

—Así es, oh Sócrates.

—Dos contrarios que se encuentran ¿no se neutralizan?

—Para los que se creen las mentiras, sí; pero las mentiras de los diarios no las creen más que los sonsos.

—¿Quiénes son los sonsos?

—Y... los idiotas, los ingenuos, los inexpertos y los frailes: todos los que son contrarios de los sabios.

—¿Así que los sonsos creen las mentiras, y los sabios creen las verdades?

—Seguro.

—¿Y los sabios dicen las verdades?

—Cuando pueden; para eso tienen que comprarse cinco linotipos y fundar un diario de sabios.

—Y si no tienen cinco linotipos ¿tienen que guardarse sus verdades?

—Seguro.

—Y si los sonsos tienen cinco linotipos ¿pueden propalar lo que quieran?

—Así es, oh Sócrates; pues cuando los sonsos se juntan en uno, saben más que los sabios; porque son la mayoría y la mayoría nunca se equivoca.

—¿Y cuándo se juntan en uno?

—En las elecciones; hay que atenerse a lo que vota la mitad más uno.

—¿Y eso es la verdad?

—Es siempre la verdad.

—¿Y si viene un mentiroso, y al uno o dos que sopasan la mitad les paga un millón de pesos para que voten por «el otro lado»?

—Eso sería fraude, oh Sócrates.

—¿Fraude patriótico o fraude democrático?

—Depende: se comienza por el fraude patriótico y se sigue por todos los otros fraudes; y así parece la

democracia y también la libertad.

—¿Por qué?

—Porque viene la dictadura, que es la mayor calamidad que hay en el mundo; como, por ejemplo, Franco.

—¿Y qué se hace entonces?

—Una revolución por medio de las Fuerzas Armadas.

—¿Y no pueden las Fuerzas Armadas armarnos otra dictadura?

—Casi siempre lo hacen; pero entonces se hace otra revolución por medio de cualquier fuerza desarmada, como en Cuba.

—¿Y entonces?

—Viene la guerra civil; y al final se arregla todo, gracias a los Estados Unidos, los cuales defienden siempre la libertad; porque sin libertad no hay comercio y sin comercio no hay dólares.

—¿Y para eso sirve entonces la libertad de prensa?

—Un momento, Sócrates: no basta la libertad de prensa. Es menester también la libertad de cultos, la libertad de opinión, la libertad de reunión, la libertad de asociación, la libertad de comercio, la libertad de los mares y los ríos interiores, la libertad para los inversores extranjeros, y la libertad de exportación

de divisas, que es la principal de todas.

—¿Y nada más?

—Nada más. Todo el resto es libertinaje.

—¿Y la libertad mía?

—Sócrates —dijo el preso libertario—, ¿hoy es jueves 23? Espera a pasado mañana el 25.

—¿Qué hay con el 25?

—Hay una revolución que se está fraguando contra los usurpadores para ponerme a mí en el glorioso trono de mis antepasados; y entonces daré la libertad a todos los presos, menos a los que han hablado contra la libertad; porque como dijo Mazzini: «*no hay libertad para los enemigos de la libertad*».

—¿Y si a mí se me da la gana de hablar contra la libertad?

—Te condenaré a tomar la cicuta...

—Un momento —dijo Sócrates—. Volvamos al punto de partida. Aquí hay algo equivocado.

Pero en ese instante entró el alcaide con la condena a muerte del pretendiente a rey de Atenas, alias, el Vago de Chumbicha, por haber matado a hachazos a tres changuitos, motivado a haberlo visto estos gurises robar un haz de leña; y haber echado los cadáveres desde el borde del Taigeto al abismo; al cual Vago entregó el alcaide la copa de cicuta y se

mandó a mudar. Pero resulta que el Vago agarró a Sócrates por las muñecas, lo tumbó en la camilla, y a pura fuerza lo hizo tragar la cicuta, en medio del asombro de sus discípulos. Los cuales incontinenti elevaron recursos de hábeas corpus a la Honorable Cámara de Representantes; por mal nombre, el Areópago; que al momento libró mandato de hábeas corpus y sobreseimiento total; por desgracia algo tarde, pues Sócrates había muerto.

De donde los Discípulos obtuvieron el hábeas corpus *sine anima*, porque se llevaron el cuerpo, al cual dieron religiosa sepultura, poniéndole una lápida que decía:

El pensamiento libre
Proclamo en alta voz
Y muera el que no piense
Igual que pienso yo.

PARTE CUARTA:
CINCO CUENTOS

Entre el lector y el personaje — El autor no cuenta el cuento

Usted como lector, el Personaje viviendo el papel protagónico dentro de la trama, y yo bajo la responsabilidad de Autor, nos encontramos reunidos como siempre, inexorablemente, ante la incógnita de un argumento a develar. Pero esta vez vamos a cambiar las cosas: usted, señor lector, asumirá por esta vez el papel de Personaje, éste pasará a ser el Autor de un argumento, y yo me ubicaré en la cómoda butaca de Lector desde la cual criticaré el trabajo que realizan ustedes dos. Creo que el planteo es claro: desde trastocados planos los tres continuaremos atados a la trama; de modo que si les parece bien cortamos aquí mismo el prólogo, para que puedan ustedes comenzar a trabajar.

—Suba; suba por acá señor. No se sienta confundido, se lo ruego. Todo debe resultar muy sencillo para nosotros tres. Considere todo esto como el capricho de un autor declarado en huelga...

—Pero esto es absurdo; yo carezco de argumento y no me considero personaje.

—Se equivoca. Todos tenemos una trama y todos somos personajes protagónicos de nuestra propia vida.

—De acuerdo; pero hay cosas que no se pueden contar al público, digamos... literariamente.

—Bueno, para tales casos existe la ficción. Si usted lo acepta yo le proporcionaré un libreto. ¿Conforme?

—Al parecer, no me queda otro remedio.

—Entonces, desde este punto vamos a retomar el diálogo. Ubíquese en la recepción de gala que esta noche ofrece en sus salones el embajador de Filipinas. Viva usted mi personaje ya que renuncia al propio. Lo escuchamos.

«—*¿Ha notado usted el feroz apego que le tienen a la vida aquellos que no creen en Dios? Eso dijo la esposa del diplomático hondureño, mientras jugueteaba con las perlas de su collar*». ¿Era esto lo que usted quería, improvisado autor?

—¡Exacto! Prosiga exponiendo nomás conforme a la situación en que lo ubico. Hable con naturalidad y aplomo, tal como lo hacen los buenos personajes en escena.

«—*La pregunta me tomó por sorpresa; realmente no supe qué responder en un primer momento. Por esas horas sentía yo en el cuerpo el*

tibio cosquilleo de cuatro whiskys bien tomados, y la dama debía andar por el tercero, de modo que nuestras lenguas comenzaron a caminar con graciosa agilidad por los más variados vericuetos. Resultaba divertido escuchar a la diplomática discurrir sobre temas tan dispares. Con tropical naturalidad saltaba en sus monólogos de Christian Dior a Santo Tomás, de Rubén Darío o Carlos V a Silvina Bullrich, o entretejía sus recuerdos de Mallorca con evocaciones de la Puna de Atacama. Toda aquella pintoresca charla transcurría mezclada con bombones y bocadillos de caviar, condecoradas pecheras, rutilantes joyas, y pechugas blancas de pavitas en bandejas de plata...».

—¡Corte ahí nomás! Resulta un poco larga esa descripción; atégase más bien al tema que sugiere la pregunta de la diplomática hondureña. Continúe por favor.

—Me desagrada la derivación que toma luego el diálogo en su libreto. Resulta absurdo tener que recitar este papel de personaje ajeno; no lo siento; no me veo ubicado dentro de su trama.

—Ya se lo advertí al comienzo...

—¡Devuelva usted mi personalidad que yo de mil amores le restituiré la suya!

—Lo lamento mucho, querido señor; eso no me es posible concederle. Si yo traicionara en este punto al señor de la butaca... inexorablemente, moriríamos los dos; ahora él es el verdadero dueño de la situación. ¿No lo comprende?

—Lo único que yo comprendo es que ustedes dos me han hecho trepar a este argumento, poco menos que a empujones.

—Seréne. Continúe dialogando con la diplomática hondureña de acuerdo a mi libreto, o improvise: lo mismo da. Lo único que le ruego es que no se quede como un niño bobo parado y mudo, en medio de la fiesta filipina. Observe con disimulo hacia la butaca del Lector... ¡Mire cómo se sonríe burlonamente del papelón que estamos haciendo acá los dos! Prosiga, se lo ruego.

—Sigamos: *«La dama comenzó ahora a contar la historia de un cónsul británico que conoció en Singapur y que por causas no muy claras enfermó de tedio, quedando al borde del suicidio. Es claro que luego continuó explicando la forma en que logró salvar al tedioso inglés, mediante la aplicación de una terapéutica asombrosa; partidas de bridge matizadas con cacerías por el bosque, y concursos de natación en la piscina del embajador. En tanto yo hacía esfuerzos inauditos para bostezar*

sin despegar los labios, ya que sabía que ésa era la suprema habilidad que debía practicarse en el mundo diplomático de hoy. De todos modos, había quedado flotando en el aire de la fiesta filipina la pregunta inicial de nuestro diálogo, pero la charla continuaba igual; ella con largos parrafones y yo con monosílabos cortísimos...». ¡No aguanto más este libreto! A este paso, el que terminará enfermándose de tedio seré yo, y no el inglés de la hondureña. ¡Esto se acabó! Prefiero contarles un hecho secreto de mi vida que sería, en cierto modo, una respuesta inconclusa a la pregunta inicial de la hondureña.

—No me opongo. Pero le advierto que si el Lector que tenemos en butaca se nos manda mudar... ¡el techo se nos vendrá encima! Adelante entonces con su historia.

—El hecho ocurrió un viernes. Para ser más exacto y prolijo, el primer viernes del pasado mes de marzo. Serían como las siete de la tarde. Había terminado el balance semanal de mis operaciones financieras y bursátiles. ¡Qué semana! Más de medio millón de pesos embolsados en menos de lo que canta un gallo. ¡Eso es manejar finanzas y mover los engranajes económicos en esté gran país! Y no me venga ahora usted con muecas despectivas ni gestos

displicentes...

—Le sugiero estimado señor, por la seguridad de nosotros dos, y por respeto al señor de la butaca, que antes de proseguir su deshilvanada charla tenga la cortesía de identificarse.

—Considero que su sugerencia es una antipática imposición, pero lo complaceré. Ahórrese la petulancia de director de escena o de improvisado autor.

—Estoy en mi derecho y cumplo mi papel.

—Escuche entonces. Me llamo Simón Frinberg pero estoy tratando de cambiar el Simón por un germánico Sigfrido; es que..., debe comprender usted, que a la altura económica y social que ya he logrado, el nuevo nombre entonaría mejor. ¡Ay!, y si pudiera conseguir que en mis papeles me agregaran un *von* antes del Frin y un *ttem* antes del berg... le regalaría un Cadillac igual al mío, a...

—¡Por favor señor Frinberg! Le ruego evitar comentarios marginales. Concrete su identificación y luego vaya directamente a la trama de su asunto.

—Está bien; prosigo entonces. Soy medio soltero y cincuentón, bastante ojo alegre y dueño de una solidísima fortuna que, entre paréntesis, achico cuanto puedo ante el Estado y agrando al máximo ante mis distinguidos clientes. Esto es natural y lo

practica todo el mundo porque consolida la posición en dos sentidos: el Estado saca menos y las relaciones brindan mucho más. En todo lo demás, llevo una vida rumbosa y honorable. Vea si no: poseo una lujosa oficina en plena city porteña, un magnífico departamento en Palermo Chico, un soberbio piso en Mar del Plata, un chalecito en Niza, y algunas otras chucherías más, sin contar los abultados paquetes accionarios, ni los gruesos depósitos de dólares en bancos suizos, holandeses y norteamericanos. Tengo...

—¡Abrumante su identificación, señor Frinberg! Suficiente. Volvamos a su relato, por favor.

—¡Cómo le teme usted al señor de la butaca!...

—No lo negaré. A él le debo mi existencia real de Personaje; él es el creador del derecho y del revés de esta curiosa trama.

—Sigamos entonces. Todo había quedado aquel viernes, terminado, en orden, y bajo llave. Me encontraba completamente solo. Yo no tengo socios, ni empleados, ni indiscretos síndicos: sólo una joven y bonita secretaria. Bien; ya me disponía a salir de la oficina y antes de apagar la última lámpara abrí la puerta, y al caer un triángulo de luz sobre el mármol negro del pasillo, un fugaz destello me hizo un guiño a los ojos. Instintivamente me agaché para recoger

del suelo un pequeño objeto. ¿A qué no adivina qué fue lo que brilló?

Pues lo que hallé fue... un pequeño crucifijo de metal cromado. Alguien debió aplastarlo inadvertidamente, porque uno de los brazos de la imagen colgaba desde la enclavada mano, y se mecía, ahora entre mis dedos, como un péndulo de estaño. Así me quedé algunos segundos, cual un niño con un juguete roto: pensando qué haría con aquella baratija inútil. Sin embargo...

—¿Y cuándo aparece el personaje de su historia?

—No bien deje usted de meter la cuchara donde no le corresponde. Todo esto que le estoy contando es sólo el prelude de mi historia; deje entonces que continúe mi relato. Apagué la luz, cerré la puerta, y bajé por el ascensor hacia la calle. El crucifijo seguía entre mis dedos, pero yo iba pensando en otra cosa. Esa noche me esperaban a cenar, a las 9 en punto, en una gran mansión de San Isidro donde tendría la oportunidad de concretar la operación financiera más importante de mi vida; aristocráticos estancieros medio fundidos... ¿sabe?, una reunión mucho mejor que su maldita fiesta filipina. Me sentía con un ánimo de perlas, y así llegué tarareando a la puerta del edificio una canción francesa...

—¡Por favor señor Frinberg no divague con

puerilidades! Estoy temblando que el señor de la butaca se levante, se vaya, y nos mande al tacho del absoluto olvido. Llegue pronto al desenlace de su asunto.

—¡Un momento, joven insolente! Calle y escuche. Ya en el umbral del edificio, me pareció que lo más original sería arrojar a la calzada aquella baratija rota, con toda la fuerza de mi brazo, como quien tira una jabalina en un olímpico certamen. Así traté de hacerlo. No bien tomé todo el impulso necesario mi codo chocó violentamente contra el filo exacto de la pesada puerta. Un calambre tremendo me crispó la mano, y un dolor agudísimo me arrancó un ridículo quejido paralizándome todo movimiento. La segunda reacción fue coriferar una blasfemia, luego cuatro maldiciones, y, después, una sarta de ajos y cebollas. Pero... el crucifijo continuaba allí, en la palma de mi mano, empapado ahora con mi sangre tibia y dolorosa. Vendé la mano con mi pañuelo y, como soy un supersticioso vergonzante, opté por guardar el latoncillo ensangrentado en un bolsillo del chaleco.

—Bueno, hombre, ¡menos mal! Esto va tomando algún color. Prosiga.

—Luego de aquella cena en San Isidro volví a mi casa como a las 4 de la madrugada, feliz y triunfante, con la brillante operación financiera perfectamente

concretada. Recién al acostarme volví a sentir un dolorcito soportable pero persistente en la palma de mi mano; fue entonces que recordé el *latón homicida* que estaba en mi chaleco. Sentí curiosidad por observarlo nuevamente, con detenimiento, a plena luz, frente a mis ojos. Lo saqué y lo puse sobre el mármol de mi velador: allí estaba el pobre Cristo manco en su cruz de lata, sanguinolento y mudo, con el pecho hundido por algún tacón de caminata apresurado. Sí, allí estaba la diminuta figura de ese paisano mío tan venerado por algunos pocos, y tan vituperado por todos los demás. Entonces comenzó aquel alucinante diálogo nocturno...

—¿Diálogo dice? No le entiendo: explíquese.

—Podría ahorrarme esta explicación, es obvia: era yo y el otro. Bueno, quiero decir, mi otro yo. ¡Cómo explicarlo! Sería, supongo yo, eso que llaman la voz de la conciencia... ¡Vamos, amigo!, que no somos chiquitines como para que creamos en otras cosas raras. No me interrumpa; dejemos las cosas como están. Lo que me interesa es contarle las incidencias de aquel diálogo.

—Está bien, lo escucho; pero remate de una buena vez su historia.

—¿Por qué me has lastimado? —Ésa fue la primera pregunta que me salió así, espontáneamente,

sugerida tal vez al ver manar de nuevo un hilillo de sangre en la palma de mi mano—. Lo cierto fue que dentro mío, o fuera de mí, no lo sé con certeza, una voz imperativa y dulce a la vez, me respondió con nitidez:

«—*¿No comprendes Simón que te esperaba?*».

—¡No puede ser! —le dije yo—. Alguien te perdió junto a mi puerta; yo te encontré por casualidad. Nada tenemos en común. No te conozco.

«—*Te equivocas Simón; ¡YO TE LLAMÉ! En verdad te digo: aquel diáfano destello fue mi llamado; por un segundo tu embotada imaginación creyó descubrir un finísimo diamante, mas sólo hallaste un Cristo pisoteado y roto, abandonado y en completa soledad ¡pero me alzaste!*».

—Mi intención no fue traerte hasta mi casa, bien lo sabes. ¿Qué más puedo decir? No puedo comprender que tú me llames...

«—*Ya lo entenderás Simón. Bastará que caigan de tus ojos dos lágrimas, por mí*».

—¡Mi mano sangra por tu culpa!...

—«*Mi corazón también, por la de todos; sangra desde hace veinte siglos, tal como en aquel viernes del Gólgota entre los tuyos, tal como hoy, en medio de esta desorientada cristiandad que tú explotas y desprecias, y de este nuevo Israel que aún me*

ignora».

—Desde aquel instante ya no tuve fuerzas para proseguir el diálogo. Un baño de transpiración envolvió mi cuerpo; sentí palpitar las sienes, y creo que me quedé como desvanecido. Sólo cuando el primer rayo de sol se coló por mi ventana y acarició mi frente, recién entonces, salí de aquel sopor inexplicable. Recostado sobre el pie de mármol de mi encendido velador estaba el pequeño crucifijo ensangrentado: Cristo parecía ahora sonreír...

—Historia poco original, querido amigo; era mejor mi fiesta filipina. Sin embargo... el lector aún continúa en su butaca. ¡Nos hemos salvado! Pero... dígame señor Frinberg: ¿Ese hecho tan trivial que termina de contarnos, sirvió al menos para que usted creyera en algo?

—¡Grandísimo borrico! ¿No ve que estoy llorando?

El dólar interminable

(En el medio del escenario, una raya gruesa que representa la frontera de México y Estados Unidos. En los dos extremos, una mesa con botellas y dos cantineros. En uno, un letrero MÉXICO; y en el otro, ídem ESTADOS UNIDOS — Personajes: Relator, Guardia, Cantinero Mejicano y Cantinero Yanqui).

RELATOR. —Estamos en la ciudad de Matamoros, a caballo sobre la frontera de Méjico y Estados Unidos, al este sobre el golfo de Méjico. Entra un soldado de estos que llaman Guardia Montada y se dirige al Cantinero Mejicano con un billete en la mano; es un dólar mejicano. Ustedes sabrán que un dólar mejicano en Estados Unidos vale solamente 90 céntimos; y, recíprocamente, un dólar yanqui en Méjico vale lo mismo, 90 céntimos. Pero veamos lo que hace este Guardia con su dólar mejicano.

GUARDIA. —¿Me da una cerveza para mi caballo?

CANTINERO MEJICANO. —¿Para su caballo?

(Sirviendo).

GUARDIA. —Para mi caballo.

CANTINERO MEJICANO. —Son 10 céntimos.

GUARDIA. —Aquí tiene. ¿Me da el vuelto en moneda yanqui?

CANTINERO MEJICANO. —Aquí tiene un dólar yanqui. Usted sabe que aquí esta moneda de los gringos vale solamente 90 céntimos.

GUARDIA. —Hasta la vistesita.

(Cruza la frontera y se va a la otra cantina, después de beber).

GUARDIA. —¿Me da un vaso de cerveza para mi caballo?

CANTINERO YANQUI. —No haber cerfeza de caballo aquí.

GUARDIA. —Para mí entonces.

CANTINERO YANQUI. —Estar 10 céntimos dólar americano contado rabioso.

GUARDIA. —Aquí tiene un dólar americano. ¿Me da el vuelto en moneda mejicana?

CANTINERO YANQUI. —Aquí tiene una dólar mejicana de porquería. Vale 90 céntimos.

(Después de cruzar la frontera el guardia).

GUARDIA. —¿Me da otra cerveza para mi caballo?

CANTINERO MEJICANO. —Tu caballo es un borrachito. Y veo que andás de fondos. ¿Otro dólar mejicano?

(Sirve la cerveza al Guardia).

GUARDIA. —Poca plata, poca plata. ¿Me da el vuelto en moneda yanqui?

CANTINERO MEJICANO. —Aquí tenés un dólar gringo; y que Dios ayude a tu caballo.

GUARDIA. —Yo siempre convido a mi caballo. Pero él me deja más de la mitad, casi todo-todo el vaso.

CANTINERO MEJICANO. —Bueno andás vos, y tu caballo.

(El Guardia comienza a cruzar cada vez más de prisa de Yanqui):

GUARDIA. —¿Me da una cerveza para mí solo?

(Pausa).

RELATOR. —Así anduvo todo el día tomando dos cervezas cada vuelta, una en cada cantina.

(El Guardia comienza a cruzar cada vez más de prisa de una en otra cantina, tres o cuatro veces).

RELATOR. —Y así anduvo hasta la noche, y se

tomó treinta vasos de cerveza. Y cuando ya no podía ni caminar, se encontró en México con un dólar mejicano en la mano,

(Se ve el Guardia).

GUARDIA. —Tengo un dólar mejicano, el mismo de esta mañana. ¿Qué diablos ha pasado acá? ¿Estaré borracho? ¡Pagué todas las copas y me queda toda la plata!

RELATOR. —¿Qué diablos ha pasado allí, querido Guardia? Es muy fácil. Éstas son las diabluras de los cambios de monedas. Vos has estafado a los dos cantineros el valor de 30 vasos de cerveza. Pero esto es moco de pavo: hay otros que estafan miles y miles por medio de lo que llaman «el control de cambios».

GUARDIA. —¿Y quién pierde plata en esos casos?

RELATOR. —Los países mal gobernados. Casi siempre la Argentina.

GUARDIA. —¿Y de ahí vendrá esto que llaman ahora «la fiebre del oro»?

El misterio del médico matado

(Personajes: El Relator, el sargento Mácferson, el médico forense Trenche, el mucamo Alberto y el detective O’Cónnor).

RELATOR. —El asesino del doctor Winthrop Brett nunca fue habido. El doctor Brett fue el primer psicoanalista norteamericano, uno de los primeros discípulos directos de Freud. Fue hallado muerto de dos tiros en su consultorio el 22 de noviembre de 1900, un día muy frío. El sargento Mácferson no pudo hallar ninguna pista de significancia; no había huella de pies ni de dedos, el asesino llevaba guantes, entró y salió sin ser visto y en el libro de consultas no había ningún nombre para las 15 horas. El sargento llamó a su paisano Patricio O’Cónnor, pesquisa del Scotland Yard, Londres, que estaba de paso por Nueva York.

O’CÓNOR. —¿Está todo igual?

ALBERTO. —Sí. Así encontré todo anoche cuando llegué. Llamé enseguida a la policía. No he tocado nada.

SARGENTO. —Yo tampoco.

O'CONNOR. —¿El cadáver contra aquella pared, frente a la caja de fierro abierta, como ahora?

SARGENTO. —Sí. En medio dese charco de sangre.

O'CONNOR. —¿El grifo del agua fría abierto?

SARGENTO. —Medio abierto. Así estaba.

O'CONNOR. —¿Aquel papel en el suelo al lado del radiador?

SARGENTO. —Así estaba. Es la primera hoja del diario *La Nación*. El resto del diario está allí, sobre la mesa.

O'CONNOR. —¿Se fijó en la hoja, sargento?

SARGENTO. —Sí. Estaba arrugada.

O'CONNOR. —No toda.

SARGENTO. —Así es. Por el medio hay una faja de unos cinco dedos arrugada, el resto no.

O'CONNOR. —¿Qué quiere decir?

SARGENTO. —¡Que el diablo me lleve si lo sé!

O'CONNOR. —¿No le parece que esa parte ha sido mojada, y después se secó? Está *ondulada*.

SARGENTO. —Sí, ahora que me lo dice caigo. Así es: mojada y después secada.

O'CONNOR. —¿Está seguro? ¡No la toque!

SARGENTO. —Sí, es seguro. ¿Qué otra cosa podría ser? Pero ¿qué sacamos deso?

O'CONNOR. —Oiga, Alberto. ¿Usted no tocó nada, ni el cuerpo ni nada?

ALBERTO. —No, nada, inspector.

O'CONNOR. —¿Sabía alguien que usted no volvía hasta las 19?

ALBERTO. —Eso lo sabe todo el mundo. El jueves es mi día de salida.

O'CONNOR. —¿Tenía el doctor Brett una cita para las 15, dijo usted? ¿Cómo lo sabe?

ALBERTO. —Sí. Cuando ayer mañana vine a pedir licencia, estaba dando hora por teléfono; se interrumpió un momento y me dijo: «*Puede irse, Alberto: hasta las 7 no lo necesito*» y siguió hablando, y oí que decía: «*a las tres en punto*».

O'CONNOR. —¿Oyó la voz del interlocutor?

ALBERTO. —Nada. Ni rastro.

O'CONNOR. —¿Pudo oír la otra persona que usted no volvería hasta las 19?

ALBERTO. —Seguro. Por supuesto.

O'CONNOR. —Gracias. No se vaya, doctor Trenche; dígame, ¿cuál será su informe?

DOCTOR. —Muerte por dos balazos por la espalda, uno d'ellos atravesó el pulmón derecho; los

dos mortales.

O' CÓNOR. —¿Por qué tanta sangre?

DOCTOR. —El otro balazo cortó la arteria que llamamos *abdominalis*. Muerte enseguida.

O' CÓNOR. —Dígame, sargento. ¿Estaba abierta como ahora la caja de fierro?

SARGENTO. —Lo mismo. Con las llaves puestas.

O' CÓNOR. —¿Falta algo allí dentro?

SARGENTO. —Eso no sé. Plata hay bastante adentro.

DOCTOR. —Falta algo, inspector. La libreta tapas verdes.

O' CÓNOR. —¿Qué es eso?

DOCTOR. —La libreta donde anotaba sus casos. Se la vi guardar con llave una vez en el cofre. Y allí está la caja de metal de la libreta: mas de la libreta, *minga*.

O' CÓNOR. —¿Había en esa libreta datos peligrosos para los clientes, cosas personales, secretas, comprometedoras?

DOCTOR. —Más que probable. Y eso explicaría una cosa: la ingente fortuna del psicoanalista. Supo hacer uso de la libreta.

O' CÓNOR. —¿Qué quiere usted decir? ¿Chantaje? ¿Extorsión? ¿*Torcedor*, como dicen en mi

tierra? ¿Es posible esa canallada en un médico famoso?

DOCTOR. —Vea, inspector, diga usted mismo. El psicoanalista Brett en dos años compró dos autos, una casa de campo sobre el Hudson, y un departamento en calle 5; y me callo otras cosas. ¿Cree usted que eso se puede hacer con 4 horas de consulta 3 veces a la semana?

O'CONNOR. —De modo que según usted tiene que haber habido alguna persona interesada en eliminarlo...

DOCTOR. —¿Alguna? Más de media docena. Vea, inspector, Dios me perdone, ese hombre está mejor muerto que vivo.

SARGENTO. —Se sabe que tres personas lo amenazaron de matarlo. Dos hombres y una mujer.

O'CONNOR. —Se sabe. ¿Cómo?

SARGENTO. —Aquí Alberto lo oyó.

O'CONNOR. —Vos, Albertito, sos de los que escuchan a la puerta...

ALBERTO. —¡Yo no, señor! ¡Si lo dijeron a gritos! ¡Lo amenazaron a gritos!

O'CONNOR. Dos hombres y una mujer. Humm. Óigame, doctor, y ya lo dejo irse, ¿puede alguno abrir ese cofre y sacar la libreta después de muerto el

dueño sin mancharse de sangre?

DOCTOR. —No sé. Sí. No. Sí. Es decir...

O'CONNOR. —Fíjese bien.

DOCTOR. —No. No puede, sin mancharse los zapatos. El charco es muy grande y la caja está lejos.

O'CONNOR. —¿Y las medias?

DOCTOR. —También las medias casi seguro. Tuvo que pasar por encima del cadáver; y la camisa está pasada de sangre.

O'CONNOR. —¿Se manchó las medias?

DOCTOR. —Me parece probable,

O'CONNOR. —Yo estoy seguro, doctor. ¡Sargento!

SARGENTO. —¡A la orden!

O'CONNOR. —El asesino es una mujer.

SARGENTO. —¿Cómo lo sabe?

O'CONNOR. —Busquen a la mujer que lo amenazó. Aquí en el libro de consultas deben estar todas las clientas, con dirección y todo. Alberto debe conocer de vista a la mujer de marras.

SARGENTO. —¿De qué? ¿Y cómo sabe usted que fue una mujer?

(El detective se ríe, saluda con la mano y se va).

RELATOR *(Al público)*. —¿Cómo supo el Inspector que era una mujer? ¿Lo saben ustedes?

Tienen todos los datos que tuvo él. ¿Cómo lo sacó?

(Pausa).

Solución

RELATOR. —No atinan. La mujer se manchó de sangre las medias: medias claras de nailon, desas que están ahora de moda. Era peligrosísimo para ella si se lo veían; un varón no pudo ser, por los pantalones y por las medias negras u oscuras, pues estamos en invierno: además un varón no usa medias largas sino calcetines. La mujer tuvo que lavarse las medias en el grifo de agua fría; que es mejor que la caliente para manchas de sangre. Después la puso a secar sobre el radiador, poniendo un papel debajo: no tenía apuro, el mucamo no volvería hasta las siete: la faja mojada en la mitad de la hoja indica también medias de mujer. Al sacar las medias, cayó la hoja; si se le hubiera ocurrido eliminarla, no sabríamos absolutamente nada... Pero la dejó allí.

SARGENTO. —¡Por San Patricio! ¡Así es! Ahora que me lo dicen caigo. Mi paisano O'Cónnor es grande.

ALBERTO. —Así tuvo que haber sido...

SARGENTO. —¡Al galope a buscar a esa mujer!

(Salen los dos).

RELATOR. —No encontraron a la mujer. Había salido de viaje la tarde misma del crimen, y nunca nadie la volvió a ver. En el archivo del Departamento Homicidios está el legajo de *Muerte del Dr. Brett* con esta inscripción: INCONCLUIDO.

Aritmética entretenida — Los diez pesos desaparecidos

(Personajes: El Relator, la Viajera, la Mucama, la Gerenta, la Maestra, las Niñas 1, 2 y 3.)

RELATOR. —Le voy a poner un problemita de aritmética entretenido. Una vez, una señora provinciana *bajó* —como dicen en Salta— al Hotel Awful y le pidió a la Gerenta o la Portera —la que está allí en el bufete— un cuarto por una noche y un día. La Gerenta dijo... pero es mejor que lo vean ustedes mismos...

VIAJERA. —¿Me da un cuarto tranquilo para una noche y un día? Unito solo.

GERENTA (*dando una llave*). —El 205 es tranquilo. Son... 300 pesos.

VIAJERA. —Aquí tiene (*sale*).

MUCAMA. —¿Cómo Gerenta? ¿No son \$ 250 los cuartos sobre el patio?

GERENTA. —Calláte, sonsa. Ésta es una ricachona

pajuerana, desas que pasan un día y no vuelven más. Ave de paso, cañazo.

MUCAMA. —Desa laya, podía haberle pedido 350; 50 para mí. No le conocía a usted esas mañas.

GERENTA. —La verdad es que es la primera vez que lo hago. Hice mal. Me dio así un golpe cuando le vi los brillantes. Me equivoqué. Al final sale mal, porque después se enteran y no vuelven más a este hotel, y le cuentan a sus amistades. Tomá vos los \$ 50 de la estafa, subís y le decís que yo me equivoqué.

MUCAMA. —Veo tiene una buena conciencia de buena cristiana. Pero no tengo que subir; ahí baja ella, que se dejó aquí olvidado el bolso.

GERENTA. —Me voy porque me da calor. Decíle disculpe me equivoqué en el precio.

MUCAMA (*sola*). —Me quedo con 20 pesos. Me hacen falta 20 pesos. Le doy 30 y chao. ¿Qué sabe ella, la salteña?

VIAJERA. —Diga, joven, ¿dejé aquí mi bolso?

MUCAMA. —Aquí lo tiene. Y aquí tiene \$ 30 que son suyos. Se equivocó la Gerenta en el precio.

VIAJERA. —¿Eran 270? Gracias.

MUCAMA. —Para usted solamente. Quiero decir, usted las merece.

VIAJERA. —Me gusta este hotel porque son gente

honrada...

MAESTRA (*a las alumnos*). —Ahora díganme ustedes. ¿Qué se han hecho los 10 pesos que faltan?

NIÑA 1. —¿Qué 10 pesos?

MAESTRA. —Fíjensen. ¿Cuánto pagó la viajera en realidad?

NIÑA 1. —\$270, porque pagó 300 y le devolvieron 30.

MAESTRA. —Muy bien, 270 más 20 que se quedó la mucama. ¿Cuántos son?

NIÑA 1. —290.

MAESTRA. —La viajera entregó 300. ¿Dónde están los 10 que faltan?

NIÑA 1. —Se cayeron al suelo, seguro (*risas*).

NIÑA 2. —Están en el bolso.

NIÑA 3. —Los tiene la Gerenta.

MAESTRA. —No los tiene la Gerenta, que entregó 50; no los tiene la mucama, que se quedó con 20; no los tiene la viajera, que se llevó 30. ¿20 más 30 son 50 o no? ¿Dónde están los otros 10 pesos?

NIÑA 1. —No existen.

MAESTRA. —Muy bien, alumna Almada. Muy bien.

NIÑA 1. —Maestra mentirosa.

RELATOR (*al público*). —¿Saben ustedes dónde se fueron los otros 10 pesos?

Veo que no lo saben.

No existen. No hay que sumar los 20 a los 70, hay que restarlos, y quedan 250, el precio del cuarto. De los otros 50 que enteran los 300 primeros, la viajera se lleva los 30 devueltos, y la mucama los 20 estafados.

¿Saben poner la ecuación del precio del cuarto?

$$X = 300 - 50 + 50 - 30 - 20$$

$$X = 250$$

El enigma del ácido prúsico

(Personajes: El inspector de policía; la señora Warton, viuda; el doctor Mídelton, viejo; el ama de llaves; el barón Skuda, embajador; sir Beresford, gentleman; el chofer; el sirviente; la sirvienta; el relator).

RELATOR. —Vamos a ver quién envenenó al opulento señor Warton. Cayó muerto de golpe al tomar una copa de jerez. Se creyó se había envenenado él mismo con veronal, porque siempre tomaba veronal. Éste es el cuarto del señor Mídelton, el dueño de la casa, un médico que se dice «investigador». El matrimonio Warton vive en el piso de abajo, un piso de lujo. Estaban de fiesta allí, y el tipo se fue al otro mundo de un tirón. Pasó a mejor vida, como dicen, pero yo digo: *¿A mejor todavía?* Allí está el señor Mídelton sentado con su perrito y al lado la señora. Ahí vienen el inspector Santiago y miss Betty, el ama de llaves.

AMA. —Ésta es la señora de Warton, ya la conocen, y éste es el doctor Mídelton, mi amo, a quien no conocen.

INSPECTOR. —Con permiso, doctor. Señora Alicia

de Warton, dése presa en nombre de la ley por el asesinato de su esposo, don Amadeo Warton. Le prevengo que todo lo que diga desde ahora podrá ser usado en contra suya.

MÍDELTON. —Vaya con cuidado, inspector. Está equivocado.

BARÓN. —Sí, inspector, está equivocado. Yo eché el veneno en el vaso de Warton. He mandado a Scotland Yard una confesión jurada y firmada. No quiero condenen a una inocente. Pero ustedes no me pueden juzgar aquí, soy embajador de Suecia, tengo inmunidad diplomática, seré juzgado si acaso por mis pares en Estokolmo.

SIR BERESFORD. —No haga caso, comisario, éste es un locatelli. Está locamente enamorado desta mujer hace años y ahora quiere salvarla. Yo fui el que echó el veneno en el jerez de Warton. He mandado una confesión firmada y jurada a...

BARÓN. —Es él quien está locamente enamorado, molestando hace cinco años.

INSPECTOR. —Aquí hay demasiados asesinos para mi gusto.

MÍDELTON. —Y ninguno de los aquí presentes es el asesino.

BARÓN. —No le haga caso, inspector. Es un viejo

excéntrico; todo Londres lo sabe: anda siempre con un perrito a las rastras y anda siempre en la luna.

SIR BERESFORD. —Ayer no más se dio un golpazo tremendo contra un poste. De puro distraído. Yo lo vi.

INSPECTOR. —Aquí hay un solo asesino, esta mujer de apariencia encantadora, que tuvo el motivo, la oportunidad y el veneno. ¿Ustedes dos de dónde van a sacar ácido prúsico? La capsulita de vidrio con ácido prúsico como para matar tres hombres se la dio este doctor Mídelton que es su amigo del alma y le ha dado ahora *también* por protegerla. De las dos «confesiones» de ustedes nos hemos reído en la comisaría. ¿Qué dice usted, doctor Mídelton?

MÍDELTON. —Siga, comisario. Va bien. Explique todo.

INSPECTOR. —Claro que los tres estuvieron abajo musiqueando y bailando, y los tres estuvieron en algún momento cerca del doctor Warton, que estaba adormilado en su sillón; pero...

SEÑORA WARTON. —Estoy perdida, Mídelton. Uno destos dos me ha perdido. Jamás debieran haber entrado aquí. Por mi gusto. Pero mi marido.

SIRVIENTE. —Ella no les daba bolilla, comisario. Se lo digo yo. Pero el marido como era senador, y

éstos son, pitucones... El marido no le quería conceder el divorcio; pero ella quería irse a su casa.

SIRVIENTA. —Ella lo odiaba al senador Warton. ¡Pobre mi senador querido!

INSPECTOR. —Ahí está lo que yo digo: el motivo y la oportunidad: ella le sirvió la copa de jerez a su marido; al que ella creía su marido...

SIR BERESFORD. —¿Cómo? ¿Al que ella creía...?

INSPECTOR. —El senador Warton estaba casado de antes. Ésta no es su mujer. Su mujer legítima es la «patrona» de un burdel. Ayer la interrogamos.

SEÑORA WARTON. —¡Dios mío! ¡Qué horror! ¡Y ahora parece que yo lo maté! ¡Oh, doctor Mídelton, usted me conoce! ¡Yo no soy capaz! Dígaselo. Es horrible. *(Se echa llorando en brazos del viejo)*.

MÍDELTON. —Calma, hija. Cinco minutos de calma y está todo resuelto. Cuénteles al comisario lo que me dijo a mí el jueves por la tarde, el día de la muerte...

SEÑORA WARTON. —Supe de golpe de dónde provenían los ingresos de mi marido. Vino esa mujer, esa que usted dijo, llamándose la señora de Dicky Warton y me contó todo. ¡Qué horror! Subí corriendo a consolarme aquí con el doctor mi amigo; pero él no me dio ninguna cápsula de veneno, se lo juro por

Dios.

(*La señora Warton se cubre el rostro con las manos.*)

CHOFER. —Arrendaba 10 casas de prostitución en Londres. Yo lo llevaba cada semana a cobrar el arriendo. Pasaban como inquilinatos y pensiones. Esa mujer, *su mujer*, regenteaba la principal. A mí me tenía agarrado, sabía que yo... sabía algo que yo hice hace mucho y que no se debe saber... Yo...

INSPECTOR. —También lo sabemos. Señora, ¿por qué se casó con él si lo odiaba?

SEÑORA WARTON. —Lo odié recién cuando supe era un malvado.

INSPECTOR. —¿Y cuándo lo supo?

SEÑORA WARTON. —A la semana de casado. Era homosexual y era... otra cosa que no importa y era mejor para mí...

INSPECTOR. —Ya caigo. Bien, caso concluido. El doctor Mídelton me acompañará, como cómplice antes y después del asesinato. El veneno proviene de su botiquín.

MÍDELTON. —Ciertamente. ¡Quieto, Fidel! El inspector no me va a hacer nada. Procede de mi botiquín, pero yo no se lo di a nadie. Me olvidé simplemente que estaba sobre mi mesita. ¡Pasaron

tantas cosas! Vino el barón Skuda, vino el chofer, vino ésta llorando, vino el marido más tarde a pedirme una píldora para el insomnio. Me olvidé.

SIR BERESFORD (*Iluminado de golpe*). —¡Y el canalla confundió la cápsula con una píldora contra el insomnio! ¡Padecía de insomnio! ¡Andaba angustiado por el insomnio! ¡Hacía cuatro días que no dormía!

BARÓN. —No sea estúpido. ¿Cómo va a confundir? Lo que pasó es que quiso asesinar a su mujer, que se le quería escapar, ¡y confundió las copas!

CHOFER. —No sea estúpido. Había una sola copa. Lo que pasa es que se suicidó. La mala conciencia.

MÍDELTON. —Por ahí por ahí anda la cosa. Pero no dan en el clavo.

INSPECTOR. —¿Quién es el asesino según usted?

MÍDELTON. —El asesino no existe.

SIR BERESFORD. —Inspector, hágalo callar a este viejo estúpido que está estorbando.

INSPECTOR. —¡Se van ustedes dos ahora mismo de aquí, ustedes están estorbando, él está en su casa!

(Los dos se quedan).

MÍDELTON. —Ahora resulta que el único estúpido

que hay aquí soy yo. Vamos a ver, chofer. ¿Ha visto usted esa cajita de plomo y esa cápsula? Muéstrole la cajita, comisario.

CHOFER. —Claro que sí. Se la traje yo del botiquín, creyendo que era la píldora lombrices para el perrito. Usted me maldijo diez veces diciendo era veneno. Usted la dejó sobre la mesita. ¿Ahora me van a culpar a mí?

MÍDELTON. —Calma. ¿Qué había junto a la cápsula?

CHOFER. —Había dos papelitos, uno en inglés que decía no sé que cosa y otro en no sé qué idioma. No es que yo sepa curiosear, pero los leí.

MÍDELTON. —La etiqueta en latín decía: *Toxicum non est sumendum*, o sea: *Veneno, no hay que beber*; y la otra, ¿qué decía?

CHOFER. —No recuerdo. Algo de Dios y los santos.

MÍDELTON. —Decía: «*Dios dará a los suyos el descanso en el sueño*». Es un trozo del *Psalmo 17*. Lo escribió el pobre judío alemán al cual le quité la cápsula porque quería suicidarse. Lo salvé al pobre. Ahora vive en la isla de Man. Pueden preguntarle si quieren.

INSPECTOR. —Y todo eso ¿qué tiene que ver?

¡Estamos perdiendo tiempo!

MÍDELTON. —No, inspector, está usted ganando tiempo. ¿Dónde encontró la cajita de plomo?

INSPECTOR. —Debajo de la cómoda, sin cápsula, sin veneno y sin papeles.

MÍDELTON. —La dejó Fidel mi cuzquito, que siempre anda jugando con cosas así. Póngamela sobre la mesita; y abra muy bien los ojos, más que yo. Fijese. Ahora lo sujeto al cuzco. Ahora lo suelto y le hago una castañeta con los dedos. ¿Qué pasa?

(El cuzco ha saltado sobre la mesita, ha mordido la cajita y ha salido corriendo escaleras abajo. El ama y el chofer salen corriendo detrás de él).

MÍDELTON. —He ahí. Eso es lo que hizo el otro día, después que el senador se fue. Se fue muy enojado conmigo, porque no le quise dar ese somnífero Amictal, que ha salido ahora y es muy fuerte. En la escalera el perrito le pasó entre las piernas y él le dio una patada, Fidel aulló. Y el senador recogió la cajita.

INSPECTOR. —¿Y usted no lo vio, pedazo de estúpido?

MÍDELTON. —No, inspector, créalo o no. Lo vi después, con mis ojos internos. El senador recogió la cajita con la cápsula y los papeles y ¿qué leyó? Leyó

el latín: «*Veneno, no tomar*»; y no lo entendió, porque ése casi ni inglés sabía. Leyó el inglés: «*Dios dará a los suyos el descanso en el sueño*»; creyó que era el Amictal y que yo se lo había escrito; y después mientras su mujer bailaba con sir Beresford...

BARÓN. —Conmigo bailaba...

SEÑORA WARTON. —Me obligaba él a bailar con estos dos posmas...

MÍDELTON. —Eché el contenido en el vaso de jerez, lo tomó de un trago y tomó el trago del infierno. ¿Quiere las pruebas, inspector? Los dientes del perrito están marcados en el plomo, la cajita está pegajosa de la baba del perrito, y en esa baba están las impresiones digitales del senador Warton. Hágala examinar.

SEÑORA WARTON. —Gracias, Dios mío.

CHOFER. —Se autosuicidó, como yo dije. Me alegro. Lo merecía.

INSPECTOR. —Queda libre, señora. Queda libre, doctor Mídelton. Y yo muy agradecido. Quedan libres los dos asesinos frustrados voluntarios. Doctor Mídelton, ¿me pasa por favor mi pluma fuente, que tengo que hacer mi protocolo?

MÍDELTON. —No puedo.

INSPECTOR. —¿Cómo no puede? ¡Está a su lado!

¿No la ve?

MÍDELTON. —No la veo. Soy ciego. Ciego de guerra.

INSPECTOR. —¿Usted es ciego?

MÍDELTON. —Sí, inspector. Los ciegos ven más que los estúpidos.

(Se quita las gafas negras).

INSPECTOR. —¡Ciego! No puedo creer a mis ojos.

MÍDELTON. —Nadie lo cree, inspector. Éstos son dos ojos de vidrio.



LEONARDO LUIS CASTELLANI CONTEPOMI nace en Reconquista, (Santa Fe, Argentina) el 16 de noviembre de 1899. Pierde a su padre —periodista y maestro librepensador— en la niñez, muerto en una reyerta política; también pierde en su niñez el ojo izquierdo, que será reemplazado por uno de vidrio. Termina el bachillerato en Santa Fe, y en 1918 ingresa al noviciado jesuita de Córdoba. Estudia letras, filosofía y teología en Santa Fe, luego en Buenos Aires y comienza a escribir (*Camperas*). Vistas sus grandes dotes intelectuales, es enviado en 1929 a Europa a proseguir sus estudios.

Es ordenado sacerdote (1931), y estudia Filosofía y

Teología en la Gregoriana de Roma, Después estudia Psicología en la Sorbona de París. Tras unos meses en Alemania, en 1935 vuelve a Argentina.

Primera época (1935-1946).

Desde su regreso a Europa y hasta 1946 trabaja en docencia y periodismo; escribe más de 12 libros y traduce la primera parte de la *Suma Teológica* de Santo Tomás. De esta época son los cuentos reunidos en *Historias del Norte bravo, Martita Ofelia y otros cuentos de fantasmas, Las muertes del Padre Metri*; ensayos y artículos reunidos en *Las canciones de Militis, Crítica literaria, El nuevo gobierno de Sancho*. Participa activamente en revistas y diarios (*Criterio, La Nación, Cabildo, Tribuna*) e incursiona en política, llegando a ser incluido en la lista de diputados del partido nacionalista en 1946. Estas actividades y sus actitudes críticas hacia la educación y las estructuras sociales, políticas y religiosas comienzan a ocasionarle enemigos y dificultades.

La crisis: Manresa (1946-1949).

Sus superiores religiosos lo presionan para que abandone la Compañía de Jesús (la orden jesuita); se niega, y las sanciones y presiones van en aumento.

Viaja a Europa para intentar aclarar su situación, sin éxito. Es recluido en Manresa (España) durante dos años, mientras su salud física y psíquica se derrumba. Al borde de una neurosis y en medio de una aguda crisis espiritual, consigue huir y vuelve en 1949 a Buenos Aires. Es entonces expulsado de la Compañía y suspendido como sacerdote.

Tiene entonces 50 años, su salud decaída, el alma lastimada en lo más profundo, difamado, con su carrera intelectual tronchada y sin medios de vida.

Segunda etapa (1950-1969).

Es acogido por el obispo de Salta, donde vive entre 1950 y 1951, enseñando y escribiendo. Vuelve en 1952 a Buenos Aires, y dicta cursos de filosofía y conferencias varias. El período más difícil de su vida ha pasado, y aunque las heridas no cerrarán nunca, comienza a ordenar sus papeles e inicia una nueva etapa en su producción intelectual, que se revelará aún más productiva y profunda que la primera.

En este tiempo escribe *El apocalipsis de San Juan, ¿Cristo vuelve o no vuelve?, El ruiseñor fusilado/El místico, Los papeles de Benjamín Benavídez, El evangelio de Jesucristo, Las parábolas de Cristo, Su majestad Dulcinea...*

En 1966 se le restituye el ministerio sacerdotal. En 1967 funda la revista *Jauja*, que dirige hasta su cierre, en 1969.

El ocaso (1969-1981).

El fin de la revista *Jauja* coincide con el fin de una década en que mueren otras esperanzas: han pasado el mayo francés, la primavera de Praga, el Concilio Vaticano II y la llegada del hombre a la luna... Castellani, sin dejar de ser un referente entre los sectores más tradicionales del catolicismo, y una figura destacada del nacionalismo argentino, se aparta cada vez más de la actividad política y, en general, de la sociedad. Volcado a su interioridad religiosa, su actividad se limita a escribir libros y dar conferencias. Profesa una gran devoción por el filósofo luterano Soren Kierkegaard, a quien dedica *De Kierkegard a Tomás de Aquino*, uno de los principales libros de la última etapa de su vida.

Muere el 15 de marzo de 1981 en Buenos Aires.

Notas

[1] He oído a un campesino leonés, de cerca de Segovia, decir *aláu'l fuego* lo mismo que un criollo del Azul o de Boedo. Ambos tienen toda la razón del mundo contra el pesado *al lado del* del pueblero. Así también el campesino del Tirol que dice *bei'm fóa* (*bei bem feuer*). <<